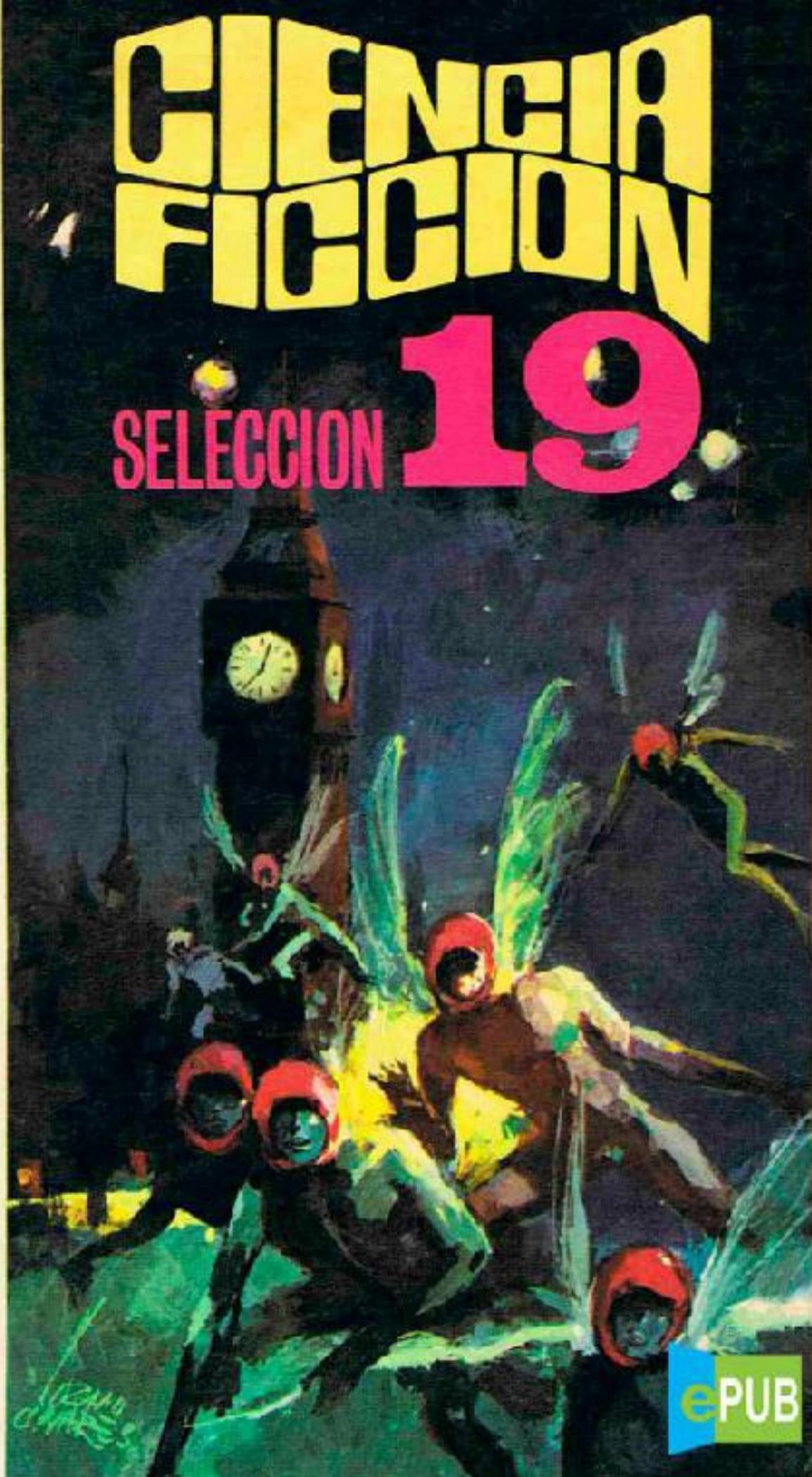


# CIENCIA FICCION

SELECCION **19**



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

# Ciencia ficción. Selección 19

ePub r1.0

viejo\_oso 26.12.13

Título original: *Ciencia ficción. Selección 19*

VV. AA., 1975

Traducción: M. Giménez Sales

Portada: Lozano Olivares

Editor digital: viejo\_oso

ePub base r1.0

---

más libros en **ePubGratis**

---

## Contenido

Presentación: *Tradición y vanguardia en la SF*, Carlo Frabetti.

*Los días del perro (Dog Days)*, Kit Reed, 1971.

*La aventura del cliente marciano (The Adventure of the Martian Client)*,  
Manly W. Wellman & Wade Wellman, 1969.

*Londres Melancolía (London Melancholy)*, M. John Harrison, 1969.

*Fórmula para un bebé especial (Formula for a Special Baby)*, Julian F.  
Grow, 1969.

*Por el amor de Grace (For the Sake of Grace)*, Suzette Haden Elgin,  
1969.

*Enigma en Kort (Trouble on Kort)*, William M. Lee, 1969.

# PRESENTACIÓN

## Tradición y vanguardia en la SF

*La relación de la ciencia ficción con la ciencia no es meramente —ni siquiera principalmente— temática. Al ser la SF<sup>[1]</sup> un género eminentemente especulativo, se parece a la ciencia, entre otras cosas, en la posibilidad (o casi habría que decir la necesidad) de investigar a partir de lo ya investigado por otros, por lo que con el tiempo se han ido estableciendo una serie de convenciones y símbolos que constituyen un patrimonio general de los escritores del género, una especie de lenguaje técnico de la SF al que se puede y se debe recurrir para lograr una economía de expresión. Por no poner más que un ejemplo, muchos autores utilizan la hipótesis de un «hiperespacio» para compatibilizar los viajes a velocidades superiores a la luz con la teoría de la relatividad, sin molestarse en explicar qué es ese hiperespacio, dando por sentado que el lector ya conoce el convencionalismo.*

*Es por tanto frecuente, más que en cualquier otro tipo de narrativa, que un autor recoja, abierta y solapadamente, un tema de otro para prolongarlo o enfocarlo desde un nuevo ángulo, del mismo modo que un matemático puede establecer una variante o una derivación de un teorema enunciado por un colega.*

*En La aventura del cliente marciano, por ejemplo, los autores narran una anécdota relacionada con la invasión de Londres por los marcianos tal como la describió Wells (que, por cierto, aparecía como «estrella invitada» en un*

*relato similar de Aldiss publicado en la selección 16: El árbol de saliva). Por otra parte, Fórmula para un bebé especial se acoge a un viejo recurso de la SF, consistente en imaginar una participación extraterrestre en determinados sucesos más a menos trascendentales.*

*Pero, al igual que a menudo ocurre en la ciencia, ha habido momentos y corrientes de la SF en que tanto barajar una y otra vez los mismos símbolos y convencionalismos ha dado lugar a un cierto estancamiento. Contra este peligro de anquilosis de lo que podríamos llamar la SF «tradicional» —que conoció en la primera década de la posguerra su llamada Edad de Oro—, se produjo en los 60, especialmente en Gran Bretaña, un movimiento de renovación llamado Nueva Cosa, que pretendió dotar a la SF de un nuevo lenguaje y nuevos campos de especulación. «Hemos de preocuparnos menos del espacio exterior y más del espacio interior del hombre», propugnaba el autor británico J. G. Ballard, iniciando una interesante corriente de SF psicologista que merecería haber tenido más continuadores.*

*En esta selección se incluye un relato del editor de New Worlds, la desaparecida revista británica que durante un tiempo fue el principal órgano de expresión de la Nueva Cosa, relato en el que el lector sensibilizado al género detectará un claro intento de renovación formal. Pero también cabía una renovación «desde dentro», una SF formalmente «clásica» y que, sin embargo, supusiera un avance y una profundización en los temas especulativos. Tal es el caso, por ejemplo, de esa primera dama de la SF que es Kit Reed, vieja conocida de nuestros lectores habituales, con uno de cuyos últimos relatos comienza esta decimonovena selección. Lo cual, como comprobará usted inmediatamente, es un excelente comienzo.*

CARLO FRABETTI

# LOS DÍAS DEL PERRO

Kit Reed

*La especialidad de la excelente autora estadounidense Kit Reed, de quien nuestros lectores ya conocen varios relatos (La parra, Tengo un tigre en casa, Cinosura...), consiste en poner en evidencia las contradicciones de nuestra sociedad planteando situaciones límite y aparentemente absurdas, pero que resultan altamente desazonadoras por su indudable conexión con la realidad actual. He aquí una irónica alegoría sobre nuestras cada vez más inhóspitas «junglas de asfalto», al final de la cual el lector no sabrá si echarse a reír o a temblar.*

Aquella tarde, cuando Norton Enfield volvía a casa por el parque, estaba contento y pesaroso por no tener consigo a «Dirk». Mientras lo tuviese escondido en su casa, «Dirk» estaba a salvo, igual que todo lo del apartamento. Además, Enfield nunca se sentía cómodo con él; «Dirk» se movía con gracia aterciopelada, sin que apenas bastase la mano de Enfield para sujetar su correa. El joven tenía que reconocer que se sentía más a gusto enfrentado a fotógrafos, desviados y otros diversos peligros, que bajo la vigilante mirada amarillenta del perro. Siempre se había sentido inquieto ante el aura de poder comprimido del Doberman, sus colmillos rutilantes, y los músculos tensos y acerados bajo el reluciente pelaje. «Dirk» cuando él y Myrna hablaban, les contemplaba paseando la mirada del uno al otro, y Enfield, más de una vez, había llevado a su esposa a la cocina, a fin de poder conversar con ella a solas. No podía ahuyentar la sensación de que el perro comprendía y desaprobaba cuanto él decía. Sin embargo, con «Dirk» a su lado, Enfield no habría perdido su cartera, ningún canalla se habría atrevido a atacarle y, ciertamente, nadie le habría vapuleado; al contrario, Enfield habría experimentado el placer de ver cómo «Dirk» desgarraba las gargantas de sus agresores antes de que pudieran gritar pidiendo auxilio.

Había dejado a «Dirk» en casa porque Myrna insistió en ello: las brigadas de contaminación empezaban a ampliar sus búsquedas y sus misiones de destrucción, y emboscados detrás de cada arbusto había vigilantes civiles con redes y automáticas bien cargadas. Al salir del apartamento, le pasó por la mente que, si perdía a «Dirk», él y Myrna estarían ya completamente solos, pero Myrna había dicho simplemente:

—No te llevarás a «Dirk», no; al menos, tal como están las cosas.

Y el perro enseñó los dientes, empezando a gruñir.

«Dirk» era el perro de Myrna, realmente; lo había llevado a casa después de que la habían atracado en el ascensor por cuarta vez en una semana. Enfield volvió del trabajo, y la encontró en la salita con un cachorro de patas delgadas que no correteó ni saltó como suelen hacer los cachorros, sino que levantó la cabeza como un caballo de carreras y le miró con un ojo bordeado de blanco.

—¿Qué es esto?

—Mi protección.

Myrna estaba acurrucada en el suelo, junto al perro, mirándole a través de una mata de pelo oscuro, muy brillante.

—¿Verdad que es adorable?

La cabeza del perro tenía forma de diamante, como la de una serpiente, y dirigió a Enfield una mirada madura, de cálculo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Enfield.

Myrna, que siempre había llamado Norty a Enfield, y se burlaba de él por no tener un nombre cortante como una daga, repuso:

—«Dirk». Es muy cariñoso, y es tan hermoso como un chiquillo. «Dirk Storm».

—Bien, supongo que vas a posponerlo al bebé.

—Por algún tiempo.

Graciosamente, la joven ladeó la cabeza, que era tan sedosa como la del cachorro.

—Bien, habrá que adiestrarlo.

De modo que el perro, desde el principio, fue de Myrna y vigilaba todos los movimientos de Enfield con gran celo, tensándose sobre sus patas traseras cuando éste pretendía abrazar a su esposa, y gruñendo roncamente cuando Enfield levantaba la voz. Más de una vez, el joven se despertó sobresaltado, casi seguro de haber escuchado una respiración dentro de la habitación, y no había podido abrazar a su esposa en la cama sin pensar en el perro. Aunque «Dirk» estaba encerrado en la cocina, Enfield no lograba librarse de la vívida imagen del perro erguido en el tocador, dispuesto a abalanzarse al más ligero movimiento de Enfield hacia Myrna. Aunque «Dirk» le había salvado de que

le robaran más de una vez y había atacado a un ladrón en el vestíbulo, salvándole de esta manera la vida, Enfield siempre lo consideraba con emociones encontradas. Precisamente con estas mismas emociones, había visto a los celosos vigilantes entrar en acción, por lo que pudo compartir el pesar de Myrna cuando el alcalde eligió su espectáculo nocturno musical del domingo para anunciar la creación de lo que, eufemísticamente, llamó la brigada anticontaminación.

—¡Es un asesino! —gimió Myrna, echándose a llorar—. Es como en los campos de concentración.

—Los perros ensucian las aceras, Myrna. Nos hundimos hasta las rodillas en sus excrementos y, además, ellos despedazan a los chiquillos en las calles.

—Sus madres deberían tener más cuidado.

—Temo que este asunto haya ido ya demasiado lejos —replicó Enfield, y añadió—: Y ha escapado a nuestro control.

Así, cuando aquella tarde llegó a su casa por el parque, pudo oír el distante sonido de unos disparos y unos gritos de dolor, alaridos y gruñidos, y, más cerca, un búho que dejó oír su ulular en medio de los otros rumores, entremezclándose a los demás en su incalculable dolor. Cuando dobló la última esquina, Enfield tropezó con el origen de todo eso: una vieja dama con la nariz levantada y la garganta hinchada por la angustia, inclinada sobre el cadáver de un pequinés.

—Nunca ladraba —gimió cuando él trató de calmarla—. Nunca mordió a nadie ni apenas molestó, al menos que yo sepa, y siempre tuve mucho cuidado de él. Y cuando se ensuciaba, yo lo recogía con mi palita de plata, me lo llevaba a casa y lo tiraba por el retrete... y... oh, oh, oh... —sollozó, acabando por articular un gemido ronco.

—Estoy seguro de que significaba mucho para usted, señora —manifestó Enfield, que habría hecho cualquier cosa para que aquella dama dejara de sollozar—. Tal vez hubiera usted podido disecarlo.

—¡Disecarlo! —chilló la dama—. ¡Disecarlo!

Enfield se marchó precipitadamente, ya que la mujer se había vuelto hacia él con la sana intención de destrozarle.

En la avenida, otro dueño de un perro, muy alterado, luchaba por salvar

su vida; la brigada de anticontaminación había atrapado a su animal y una manada de perros salvajes se había precipitado sobre su cadáver. Ahora ya habían terminado con él y estaban atacando al dueño, sedientos aún de sangre. Enfield miró a su alrededor en busca de un bastón u otro objeto contundente, pero no había nada.

—¡Póngase a salvo! —le gritó el otro, desapareciendo entre un torbellino de colmillos y garras.

Enfield miró otra vez en busca de la brigada anticontaminación, pensando que quizá ellos podrían hacer algo, pero debían de haberse metido ya en su camioneta tan pronto como concluyeron su trabajo. Al fin y al cabo, era más seguro perseguir a los perros sujetos por correas que correr tras los perros salvajes que se ocultaban en el parque. Era más fácil seguir la ley al pie de la letra y caer sobre el chuchito bien educado de una casa de postín o sobre el grueso perro de aguas que sigue sumisamente la correa. Casi todos los dueños de perros los tenían dentro de sus casas, o los sacaban sólo de noche, intentando esquivar la brigada que patrullaba las veinticuatro horas del día. Cuando la brigada se abatía sobre un animal para cumplir su deber, el propietario de aquél contemplaba ensimismado el collar vacío, y la correa colgante, murmurando:

—¡Si el pobrecito gimió y suplicó hasta que no tuvo más remedio que sacarlo!

Los que poseían más fuerza de carácter habían ya liberado a sus perros, esperando que sobreviviesen en el parque. Podían acudir a una cita nocturna ocasional y, con suerte, los dueños conseguían cruzar algunas palabras amables con el amado perrito, antes de que volviese a huir, perseguido por la manada de colegas salvajes. Enfield se preguntó si a «Dirk» le gustaría citarse con Myrna en el parque, pero ya tenía la respuesta: a veces, parecía como si ellos estuviesen al servicio del perro, y no éste al suyo.

A sus espaldas oyó gruñidos y ruidos más siniestros aún. Era la época en que un perro se zampaba a otro, era verdad, y Enfield huyó por la avenida.

La marcha le resultó pesada; el tráfico no avanzaba desde varias semanas antes, lo que significaba tener que saltar por encima de los «Volkswagen» mohosos, y de los taxis arrimados uno al otro. Los autos abandonados

ocupaban tanto espacio que los perros estaban como aprisionados en las aceras, y por entonces éstas se hallaban llenas de basura, desperdicios y excrementos, con alguna carcasa que mostraba huellas de galantería o carnicería, según. Desde el anuncio del alcalde, sanidad se había dedicado al exterminio, y no parecía poder solucionar el problema. El programa se hallaba en su quinta semana y el maldito asunto no había mejorado, sino empeorado. Los perros vagabundos habían aumentado y, además, varios seres humanos habían tomado las aceras como lavabos, formando parte de un movimiento radical destinado a demostrar algo ignorado.

Tal vez debido a la falta de éxito, las brigadas de anticontaminación se tornaban cada vez más rudas y crueles; habían empezado ya a trabajar en los portales de los edificios, sobornando a los porteros para que les dijeran cuántos perros habitaban en ellos y cuándo solían sus dueños sacarlos fuera.

Ante la insistencia de Myrna, Enfield mantuvo a «Dirk» dentro del apartamento desde el principio. Myrna creía, por lo visto, que fuera de vista significaba también fuera de pensamiento, y había hecho cuanto pudo para ejercitar al perro dentro del apartamento, enseñándole a saltar sobre la mesita del café a rebotar contra la puerta y luego a dar otro salto. Cuando Enfield contemplaba a «Dirk» con expresión de duda la joven se ponía a la defensiva, y determinó enseñarle a «Dirk» a ir al lavabo. Enfield supuso que esta crisis terminaría como habían terminado otras, pero no le gustaba la expresión que ofrecía el perro, como si estuviese enterado de la amenaza exterior, ni le gustaba su aguzado nerviosismo ni la forma inquieta en que se paseaba, al no poder bajar al parque. El perro, decidió Enfield, estaba a punto de estallar, y a su regreso al hogar aquella tarde, el joven decidió también que aprovecharía el momento adecuado y pondría un poco de veneno en el plato del chuchó; el veneno lo llevaba ya en el bolsillo. Myrna nada sabía, y a pesar de su subsiguiente vulnerabilidad a los ladrones y atracadores, estaba convencido de que todo saldría bien.

Myrna le recibió en la puerta.

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Ya no atrapan a los perros en las calles. Los buscan de puerta en

puerta.

Enfield miró hacia «Dirk»; el perro se hallaba encaramado a su silla favorita, contemplándole con una mirada tan salvaje, que Enfield balbució:

—Bien vamos a...

Su mujer le colocó un dedo en los labios.

—Chist..., lo entiende.

Enfield dedicó al perro una aguda mirada; «Dirk» se lamía las costillas. Enfield empezó a deletrear:

—T E N D R E M O S   Q U E   D E J A R   Q U E   L O   A T R A P E  
N.

Myrna le dirigió una mirada cargada de desesperación.

—¡Nunca nos dejará que...!

El perro volvió la cabeza a su alrededor.

—Chist... —pidió Enfield.

—No podemos permitir que lo cojan —exclamó Myrna, en tono demasiado alto—. ¿Lo has oído, «Dirk»? Nunca permitiremos que te atrapen... —su voz se convirtió en un susurro—. Ahora están en el edificio.

—Entonces, lo cogerán más pronto o más tarde —murmuró Enfield. Tenía la extraña sensación de que el perro sabía que él llevaba veneno en el bolsillo—. Y si vienen, N O S O T R O S   L E S   D E J A R E M O S...

—¡No! —ella sacudió la cabeza—. He pensado algo mejor.

El perro saltó de la silla y se situó al lado de su cama.

Los tres pegaron un brinco cuando oyeron una fuerte llamada a la puerta.

—Son ellos —susurró Enfield. Luego—: ¿Qué es esto?

Myrna había cogido un objeto peludo de una silla.

—Tu disfraz.

—Estás bromeando...

La llamada a la puerta se había convertido en empujones. Otro minuto, y derribarían el obstáculo.

Myrna trasladó la mirada desde su marido al perro, y éste gruñó.

—No, no bromeo, Norty. Se trata de elegir entre él o tú.

—¡Pero yo soy tu esposo!

Enfield vio, alarmado, que había un batín suyo encima del diván, junto

con un pañuelo y una toalla para envolver la cabeza.

—Cariño, tú no puedes...

El perro se dispuso a saltar.

—Lo siento, «Dirk» no me deja otra elección.

La puerta estaba cediendo. Myrna cogió el disfraz de perro, con decisión inexorable.

—Será mejor que te lo pongas sin rechistar.

# LA AVENTURA DEL CLIENTE MARCIANO

Manly W. Wellman & Wade Wellman

*¿No se le había ocurrido pensar que en la época en que Wells sitúa la invasión de Londres por los marcianos («La guerra de los mundos»), Sherlock Holmes tenía abierto su famoso bufete de Baker Street? Pues a los señores Wellman & Wellman sí se les ha ocurrido, y se han preguntado cómo habría reaccionado el genial detective ante un «caso» tan extraordinario. Como es de rigor, dejemos que sea Watson quien nos lo cuente...*

*La guerra de los mundos*, de H. G. Wells es una crónica frecuentemente inexacta, redactada por un conocido radical y ateo, compañero de Frank Harris, George Bernard Shaw y otros peores aún. Exagera sin necesidad y pretende poseer un conocimiento científico del que carece. No obstante, los científicos y los profanos le aplaudieron, al mismo tiempo que se mofaban de las brillantes deducciones de Sherlock Holmes y el profesor George Edward Challenger.

Wells se refiere al magnífico y casi completo espécimen de un invasor conservado en alcohol, en el Museo de Historia Natural, pero pasa por alto la historia de su captura y presentación. Las revistas científicas y la prensa popular no publicaron la prueba del profesor Challenger, según la cual los invasores no eran marcianos. Después de consultar con Holmes, he decidido dar a conocer los verdaderos hechos a la posteridad.

Cuando empezó la invasión, el temor se apoderó de todos los seres humanos, excepto de dos de los más sabios y valerosos que he conocido. Aquel viernes por la mañana cuando el primer cilindro venido de Marte cayó en Woking, yo estaba en Highgate, donde el pobre Murray, mi ordenanza en la Segunda Guerra del Afganistán, se hallaba críticamente enfermo, en su casa. Cuando llegué allí los periódicos y los vecinos me informaron de que unos extraños seres, al parecer procedentes de Marte, estaban destruyendo los suburbios de Londres. Algunos ocupantes de la casa huyeron, sin que jamás supiese dónde ni cuál fue su sino. Durante siete días hice cuanto pude por mi paciente, mientras a nuestro alrededor sólo reinaban el terror, el fuego y las

nubes de lo que desde entonces se llama el Humo Negro. Yo oía el tronar ensordecedor de las máquinas de combate, y en ciertas ocasiones llegué a divisarlas muy lejos, a treinta metros de altura, sobre sus patas escurridizas y unidas. Sus Rayos de Calor convertían las viviendas cercanas en inmensas hogueras, pero la nuestra se salvó.

Murray falleció al octavo día, o sea, el segundo viernes que yo estaba allí. Coloqué su cadáver encima de la cama en la debida postura y le crucé las manos sobre el pecho. Luego fui a atisbar hacia fuera, sin saber cómo podría huir de allí.

El mugriento polvo dejado por el Humo Negro se arremolinaba en las pendientes de más abajo, y le agradecí al Señor que la elevación de Highgate me preservase del contacto mortal. Vi a un perro extraviado que trotaba, lo cual significaba que el vapor se tornaba inofensivo al posarse en el suelo. Entre las distantes casas distinguí también una máquina de combate, y decidí no aventurarme en pleno día. Un poco de queso rancio y un mendrugo de pan duro, con una botella de cerveza, fue la cena de aquella noche, con el pobre y silencioso Murray por toda compañía.

Cuando el crepúsculo de junio se convirtió en noche, salí y me encaminé al sur, hacia la calle Baker.

En línea casi recta, apenas había cinco millas entre ambos puntos. Pero al aproximarme a Primrose Hill, divisé unas mamparas caminantes, de luz verde. Agazapadas detrás de unos arbustos rojizos, cerca de las carreteras de Londres y el noroeste, conté media docena de máquinas, juntas, erguidas y calladas. Esto era una concentración central del enemigo, pensé, por lo que decidí seguir la vía del ferrocarril.

En la oscuridad, me extravié por entre multitud de callejuelas. Al amanecer me refugié en una casa medio derruida. Encontré agua en un recipiente, pero nada de comida. Dormí con intermitencias en un sofá, levantándome de cuando en cuando para mirar por las ventanas. No apareció ninguna máquina, aunque dos veces vi unas sombras que se deslizaban, sin duda, arrojadas por las máquinas volantes. Al anochecer, volví a encaminarme hacia el sur, teniendo que salir a menudo de mi camino para rodear los enormes montones de ruinas.

A medianoche divisé unas luces blancas, no verdes. Apresurando el paso hacia ellas, juzgué que procedían de Piccadilly Circus. Pero antes de llegar allá, vi una reluciente torre de metal (otra máquina de combate), y me escondí en un sótano. Allí estuve, acobardado, sumamente hambriento y sediento, hasta el domingo a mediodía. Al fin me animé, como animal acosado en que me había convertido, a cruzar Regent Street y continuar hacia el oeste por Piccadilly. Llegué a la calle Baker y no observé ninguna destrucción. Continué andando, dispuesto a cada momento a meterme en cualquier refugio, hasta que llegué, por fin, ante la puerta del 221-b. El familiar portal me pareció extraño y sosegado. Trepé por la escalera, recorrí el pasadizo y giré el picaporte. La puerta no estaba cerrada, por lo que al momento me encontré en casa.

Sherlock Holmes levantó su afilado rostro. Estaba sentado en su butaca favorita y llenaba su pipa de cerezo con el tabaco de la zapatilla persa.

—¡Gracias a Dios que está usted ileso! —exclamé roncamente, hundiéndome en mi butaca.

Holmes se puso en pie al instante y me sirvió un vaso de brandy, que bebí lentamente.

—¿No se ha movido de aquí? —inquirí al fin.

—En absoluto. El domingo por la noche, al enterarme de las primeras nuevas del desastre, acompañé a la señora Hudson a la estación. Había tanta gente en los trenes, estaba todo el mundo tan alborotado, que fui con ella hasta Donnithorpe, en Norfolk, donde sus parientes se hicieron cargo de ella. El lunes, los londinenses empezaron a huir hacia el este, más abajo de Donnithorpe, perseguidos por los marcianos. Luego reinó ya una calma relativa, y el miércoles regresé cautelosamente a pie, en busca de usted. Cuando llegué, el jueves por la tarde, esperaba encontrarle aquí. También esperaba saber algo de mi amigo el profesor Challenger.

Sobre la mesa había sardinas, chicharrones y una botella de clarete. Comí y bebí mientras relataba mis aventuras.

—¿Quién es el profesor Challenger? —pregunté luego.

—Uno de los zoólogos más inteligentes de Inglaterra. Naturalmente, él diría el más inteligente, porque su egocentrismo es tremendo, aunque

perdonable. ¿Recuerda un artículo de una revista, hace unas semanas, referente a un cristal en forma de huevo que reflejaba seres y escenas extrañas?

—Lo leí porque se relacionaba con el joven Jacoby Wace, el demostrador ayudante de «Santa Catalina». Antes de poder asegurar el cristal de la tienda donde lo había cogido, un tipo alto y de color oscuro, con un traje gris, lo compró y desapareció.

—¿Qué le sugiere ese hombre alto, oscuro y con traje gris? —me preguntó Holmes.

—¿A mí? Pues... nada que tenga la menor trascendencia.

—Diantre, Watson, precisamente usted admiró mi traje gris de Singleton. Yo le di el cristal a Challenger, para su observación. Cuando el primer cilindro invasor cayó en Woking, corrí a su casa de West Kensington. La señora Challenger me dijo que su esposo estaba reunido con otros científicos en Woking. Temo que haya muerto a causa del Rayo de Calor, junto con Ogilvy y Stent, el astrónomo real.

—¿Puedo pasar? —tronó un vozarrón desde el pasillo.

Se abrió la puerta y entró en la habitación un individuo achaparrado y grueso con el pecho de un gorila y la barba negra de un rey asirio. Juzgué que tendría unos treinta y ocho años. Llevaba pantalones negros y una chaqueta de lanilla, bastante juvenil. En una de sus manos, enormes y peludas, llevaba una caja rectangular de plomo, de la clase en que se guardan las exquisiteces del té.

—He venido dos veces, Holmes —manifestó—, pero usted no estaba.

—Debí estar fuera observando a los marcianos, o en busca de provisiones —repuso Holmes.

Sus brillantes pupilas azules, bajo las espesas cejas, me examinaron de pies a cabeza.

—Estatura mediana, buena constitución —murmuró el vozarrón—. Dolicocéfalo..., pómulos prominentes. Celta. Tal vez escocés. Es usted muy bondadoso, Holmes, al tener refugiado a este pobre vagabundo.

—No, Challenger, se trata de mi socio, el doctor Watson.

—Será mejor que me afeite y me mude de ropa —admití, marchándome a

mi cuarto.

Me quité la suciedad y me afeité mi difícil barbilla. Después me mudé de ropa y volví a nuestra salita.

—El lunes cogí un coche y llevé a mi esposa a la costa del canal —estaba contando Challenger—. Después de dejarla a bordo de un barco con destino a Francia, regresé a pie.

—¿Por qué no tomó también usted el barco? —quiso saber Holmes.

—Mi presencia aquí es necesaria —gruñó Challenger—. Mi inteligencia (tal vez también la de usted, aunque sea de menor grado), puede luchar victoriosamente contra esos marcianos. En alta mar, el acorazado *Thunder Child* destruyó a dos, antes de irse a pique. Primero, cerca de Woking, la artillería destrozó una máquina antes de que el Rayo de Calor borrara de la tierra a todos los hombres con sus armas —su barba se inclinó ligeramente—. Nosotros podemos sobrevivir, y hasta triunfar.

—¿Cómo? —pregunté—. Ellos poseen la ciencia y un armamento muchísimo mejor que el nuestro.

—Reflexione, Watson —me apremió Holmes—. Esos marcianos han traído un equipo relativamente escaso a través del espacio. Son como cazadores con rifles deportivos, sin artillería ni grandes explosivos, dispuestos a atacar a un enjambre de mandriles. Y éstos se hallan en su terreno familiar. Pueden hacer rodar las rocas por las laderas a fin de aplastar a sus enemigos, o tender una emboscada para atraparles. En algunas ocasiones, las bestias han destrozado a los hombres. Las ratas esquivan las trampas, las zorras burlan a los cazadores...

—¡Maravilloso, Holmes! —no pude por menos de aplaudir, ya que su sereno análisis me había dado cierta esperanza.

—Elemental —murmuró Challenger, antes de que Holmes pudiera reanudar su discurso—. No basta con establecer lo obvio. Cuando vi que las máquinas marcianas llevaban desventaja en el mar, se me ocurrió que su desconocimiento de la guerra marítima sugería otros desconocimientos de las dificultades terrestres. Las máquinas marcianas podrían ser destruidas por algo distinto a nuestras pobres armas. Por tanto, podemos empezar asegurando que no son invulnerables.

—Ni, como deduzco, intentan destruir a la humanidad —añadió Holmes.

—No. Han descendido sobre Londres por ser el mayor centro de población del mundo, y piensan utilizar a los hombres. Anoche estuve en Piccadilly Circus, donde habían encendido las luces y una enorme multitud de personas bebían y bailaban. Llegó una máquina y capturó aproximadamente a unos cien.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para obtener comida —repuso Challenger—. Con el cristal he observado a los marcianos en sus principales campamentos. Holmes dice que usted los localizó en Primrose Hill —el robusto profesor se acarició la barba—. Nos consideran comestibles.

—Ya lo había pensado —musitó Holmes.

—He visto en tres ocasiones qué les ocurre a los cautivos humanos —continuó Challenger—. Los sujetaban con los tentáculos de unas máquinas más pequeñas (vi sus bocas abiertas para chillar), mientras los marcianos les taladran las venas con unas pipetas de metal. La sangre caliente penetra directamente en los cuerpos marcianos.

—¡Horrible! —exclamé.

—Esos locos borrachos de Piccadilly Circus no serán ninguna pérdida para la sociedad humana —comentó Challenger—. En cuanto a ser horrible, ¿cómo consideraría un cerdo inteligente nuestro afán por los de su especie? Sus métodos alimenticios, junto con su obvio desconocimiento de muchos factores terrestres, sugiere un plausible plan de campaña contra ellos.

—¿Cuál? —preguntó Holmes.

—Dándoles víctimas enfermas para que les contagien —replicó Challenger.

—¿Entregarles seres humanos? —exclamé asombrado.

—No personas sanas como nosotros —me aseguró Challenger—. Esto no sería eficaz en nuestra campaña, y si no nos capturan ayudaremos mejor a nuestra causa. Bien, Holmes, hemos de determinar la logística preliminar de nuestra contraofensiva.

—Watson es nuestro veterano militar —indicó Holmes—. Probablemente, dirá que lo mejor sería imitar a los marcianos: capturar un

prisionero y estudiarle a fondo.

—Esta es precisamente la sugerencia que iba a hacer —sonrió Challenger—. Con algunos de nuestros recursos, me aventuro a confiar en que muy pronto tendremos a uno de esos seres a nuestro alcance.

—Y yo me aventuro a asegurar que no —protesté—. Cuando corren detrás de un hombre con sus máquinas, todo lo que el perseguido puede hacer es intentar eludir la persecución. Yo me considero muy feliz por haber sabido esconderme. Si un marciano ve a uno, puede darse por capturado.

—No inevitablemente —objetó Holmes, golpeando la pipa para verter las cenizas—. Hace dos días fui a una tienda donde encontré una docena de latas de carne, y una máquina estuvo a punto de aplastarme.

—¿Y escapó usted? —exclamé admirado.

—Su presencia aquí es la mejor demostración de ello —rió Challenger sonoramente.

—Corrí hacia la tienda —explicó Holmes—. La máquina destruyó la fachada, pero yo bajé al sótano. Al fondo había una carbonera, y por su trampilla me deslicé al callejón. Luego, por la parte trasera de una casa de más allá gané la calle siguiente, y a través de otras casas me puse a salvo. Ni siquiera perdí las provisiones que había adquirido. Seguramente nos servirán de gran ayuda en los próximos días.

—Mi querido Holmes, demostró usted una gran presencia de ánimo —le felicité.

—Diga mejor que demostré una gran agilidad —sonrió para ocultar su turbación ante mi cumplido—. Tuve que comprimirme un poco para pasar por la trampilla de la carbonera, pero lo demás ofreció pocas dificultades. Mi aventura demuestra que tenemos la ventaja de conocer nuestro territorio.

—Fue usted muy afortunado —observó Challenger, estudiando el delgado cuerpo de Holmes—. Su proeza hubiese sido imposible para otra persona más recia, de proporciones físicas más impresionantes. Pero las máquinas también estuvieron en mi casa. Y mientras llegaban a las ventanas, yo las burlé dos veces. No destruyeron nada.

—Posiblemente buscaban un objeto de valor —sugirió Holmes—. ¿Ha visto por el cristal a los marcianos sin sus máquinas?

—Sí, y muy bien —replicó Challenger—. Permita que le bosqueje uno.

Sacó un sobre y un lápiz estilográfico del bolsillo. Rápidamente trazó un cuerpo ovalado, con ojos y una boca en forma de V en un extremo, entre dos penachos de tentáculos parecidos a látigos.

—Como un pulpo —sugerí.

—Casi, en apariencia —asintió Challenger—. En realidad, el cuerpo, en su mayor parte, es un estuche cerebral gigantesco con un movimiento que supongo es la función pulmonar. En la espalda —sombreeó una zona circular—, se halla lo que parece un tímpano, aunque tal vez sea poco eficaz en nuestra densa atmósfera.

—Utilizan unas sirenas de señales extremadamente altas —comentó Holmes—. Opino que esta especialización anatómica, que apenas es más que un enorme cerebro y unas manos ágiles, representa un avance evolutivo sobre el hombre, mucho mayor que el nuestro sobre los mandriles. Mejor podríamos compararlo con nuestra propia evolución respecto a los mamíferos inferiores.

—¿No podrían ser los marcianos el resultado de una especialización altamente organizada y controlada, de tipo eugenésico? —aventuré—. La cría con métodos científicos desarrolla unas especies, de manera rápida, hacia una forma física deseada de antemano.

—Buena analogía, doctor —aprobó Challenger—. Me siento agradablemente sorprendido. Bien, Holmes indicó que podían estar buscando el cristal. No sé cómo, el cristal fue enviado a la Tierra, para efectuar aquí unas observaciones semejantes a las de otro aparato que antaño estaba en Marte y ahora está aquí, con la invasión. Un cristal torna visibles los acontecimientos con la vecindad de su compañero. Entre las dos imágenes transmitidas existe una relación definida.

—Como el telégrafo transmite mensajes escritos o el teléfono los hablados —amplió Holmes.

—A falta de un término mejor, podríamos llamarlo el proceso televisivo —sugirió Challenger—. Los hombres no podrían comprender las propiedades de este cristal, tal como los monos no podrían razonar sobre los poderes de unos prismáticos que encontrasen en la selva. Bien, echémosle una ojeada.

Abrió el estuche de té y sacó algo envuelto en un paño negro. Tras soltar los dobleces, dejó al descubierto un cristal claro y pulido, en forma de huevo, y tan grande como el macizo puño del profesor. Me pareció ver en su interior un juego de luces.

—Cuando empezó la invasión usted tenía este objeto en su casa —razonó Holmes—. ¿Por qué cree que no fueron en su busca en el primer avance sobre Londres?

—Bueno, antes cabe preguntar: ¿lo buscan ahora? —intervine—. ¿No pueden poseer otros cristales con las mismas propiedades?

—Tal vez ninguno como éste, que proyecta imágenes a través del espacio, hasta Marte —respondió Challenger—. Sé que estaba en Marte, porque antes vi el paisaje de aquel planeta, con dos lunas en su cielo. Sugiero que los invasores necesitan con urgencia este cristal, para comunicarse con su base de Marte.

—Y aún no hace una semana —prosiguió Holmes—, lo cual indica un afán, mejor, una necesidad desesperada.

Volví a examinar el cristal.

—¿Muestra ahora imágenes? —pregunté.

—Para verlas bien necesitamos oscuridad —dijo Challenger.

Holmes cogió una tela negra del sofá. Los tres nos agazapamos, cubriendo con la tela nuestras cabezas y hombros. En la penumbra, el cristal dejó ver una fuerte luminosidad. Era posible divisar algún movimiento... luego, una imagen clara..., como un rostro aplastado con unos ojos negros y fijos.

—Un marciano está contemplando un cristal que se coordina con los impulsos de éste —murmuró Holmes, mientras observaba la imagen con su semblante de halcón.

—Repetidas veces he logrado divisar a algún marciano —explicó Challenger—. Sin duda, viajaba en una máquina para localizar este cristal. Se aproximaron mucho, pero se vieron burlados cuando encerré el cristal dentro de una caja de plomo. Posiblemente, el plomo obstaculiza los impulsos orientadores.

Salí de debajo de la tela.

—¿Viene el marciano hacia aquí? —pregunté.

—Indudablemente, hay uno guiado por las vibraciones del cristal —asintió el profesor apartando a un lado la tela negra—. Aunque todavía se halla a varias millas de distancia.

Holmes se dirigió a la ventana.

—Challenger, me anima un poco saber que cuando el objeto estaba en su casa, los marcianos no la destruyeron.

Un miedo helado se apoderó de mi.

—¿De modo que un marciano viene hacia la calle Baker? —exclamé.

—Exactamente —asintió Challenger—. Como un cliente que busca ayuda.

—Y aquí llega, Watson, si no me equivoco, nuestro cliente —informó Holmes, mirando hacia fuera.

Corrí a su lado, con la mirada hacia Portman Square. Una máquina de combate se hallaba afirmada sobre la calzada, sobrepasando la altura de los edificios circundantes. Sus tres altas patas temblaban, como atacadas de parálisis. Los brazos de acero del enorme cuerpo redondo que albergaba la maquinaria se retorcían constantemente. Su cabeza acorazada giraba en todas direcciones, escudriñándolo todo.

—Cuando saqué el cristal no debía de estar lejos —gruñó Challenger, reuniéndose con nosotros.

El monstruo se aproximaba lentamente, no como las máquinas deslizantes que había visto una semana antes, sino como un cazador siguiendo el rastro.

Challenger cruzó la estancia. Metió el cristal dentro de la caja de plomo y la dejó, con la tapa abierta, sobre una butaca adosada a la pared del fondo.

—El impulso funcionará, pero sólo reflejará la imagen del techo —anunció—. Su cliente, Holmes, abandonará la máquina para entrar, para no destruir la casa y perder con ello el cristal. Luego...

Holmes cogió un frasco de una esquina de la repisa de la chimenea. Luego, sacó una jeringa hipodérmica de un estuche de piel de becerro.

—¡Holmes! —protesté—. ¡Después de doce años de abstinencia total no irá ahora a...!

—No usaría esta jeringa por nada del mundo, pero ahora es necesaria —

me hizo callar, moviendo el émbolo.

Volví a mirar hacia fuera. El marciano se hallaba delante de una casa, unos portales más abajo.

—Al rincón, Watson —ordenó Holmes. Obedecí.

Él y Challenger se apretaron contra la pared, uno a cada lado de la ventana.

Fuera resonó un ruido metálico. Una sombra oscureció la luz del sol de junio. Holmes estaba en tensión, tan delgado como un cable. La enorme mole de Challenger acechaba poderosamente.

Un manojito de tentáculos empezó a palpar el alféizar de la ventana como varias serpientes oscuras, rastreadoras. Acto seguido asomó un extraño rostro. Sus ojos se fijaron en la butaca donde se hallaba la caja de plomo. La boca triangular dejó manar un poco de saliva. Los tentáculos se apalancaron en el suelo y se elevaron. Entró un bulto grande, como una vejiga enorme, tan grande como un oso. Su piel brillante y apergaminada se retorció. Cayó pesadamente al suelo.

Challenger saltó instantáneamente sobre él. Los tentáculos se movieron y lo aferraron. Pese a toda su fuerza, el profesor pareció agarrotado, estrangulado.

—¡Ahora, Holmes! —jadeó, con la cara enrojecida.

Holmes se agachó y clavó la jeringa en el cuerpo del marciano, detrás de la cara.

El extraño ser lanzó un grito burbujeante. Challenger se libró del mortal abrazo. Holmes metió la jeringa en el frasco, volvió a llenarla e inyectó una segunda dosis. Nuestro visitante se relajó. Sus tentáculos se aflojaron, y sus ojos se tornaron vidriosos. Sólo su respiración jadeante indicaba que vivía.

Me acerqué a mirar. Mi olfato se vio asaltado por un fuerte y nauseabundo olor de descomposición.

—Este marciano se está muriendo —murmuré—. Padece una enfermedad mortal.

—Se muere, sí —asintió Challenger, limpiándose las manos en su chaqueta—. Y de enfermedad, sí. Pero no es un marciano, oh, no, mi querido doctor.

Le miré con ojos asombrados. Holmes volvió su rostro aquilino hacia el profesor.

—¡Pero sabemos que viene de Marte! —argüí—. El cristal lo demostró. Los astrónomos cuando partieron de allí los cilindros, lo vieron. Y en las oposiciones de 1894 y 1896 hubo evidencias de una construcción artificial y gigantesca en Marte.

—No tengo conocimiento de estos fenómenos —respondió el profesor, estudiando aquella masa bulbosa que se agitaba a sus pies—. Aunque opino que no hubo pruebas de ninguna construcción en Marte antes de la oposición de 1894.

—Tal vez debería evitarle el dolor a ese ser —comentó Holmes, dejando el frasco y la jeringa en la repisa—. ¿De qué sufre, Watson?

—A juzgar por el olor, se pudre pese a estar vivo —opiné.

—Lo que indica que, sea de donde sea que procedan esos invasores, no hay bacterias de descomposición —indicó Challenger—. Oh, no previeron este mortal aliado del hombre. Nosotros sobrevivimos porque nuestros organismos han desarrollado una gran resistencia a través de los siglos. Pero ellos han venido hacia nosotros respirando, comiendo, bebiendo y absorbiendo la muerte con todo ello. Y ahora patrullan por nuestras calles con pereza. Se han reunido desmayadamente en Primrose Hill. Este llegó hasta aquí para apoderarse del cristal y enviar señales a través del espacio, para impedir que sus camaradas sigan invadiéndonos.

—O sea que la invasión está dominada —resumió Holmes, llenando su pipa—. No necesitamos ya calcular cuánto tiempo podrán resistir con vida.

—Ah, usted ha dicho que no son marcianos, aunque vengan de Marte —le recordé a Challenger.

—Porque Marte, que posee una gravedad mucho menor, era una base muy apropiada desde donde lanzar los cilindros. Pero los pulmones de este ser demuestran que Marte no es su planeta natal.

—Sus pulmones se mueven ampliamente —reflexioné.

—Para esta gran masa de carne, que calculo en unos ciento cincuenta kilos, no son particularmente grandes. En la atmósfera marciana resultarían fatalmente inadecuados. ¿No se halla usted familiarizado con las

observaciones espectroscópicas de Marte llevadas a cabo por Stoney? Allí la atmósfera está sumamente enrarecida, con poquísimo oxígeno. No, estos seres llegaron a Marte y vivieron allí temporalmente, con alguna clase de respiradores, hasta poder llevar a cabo su proyectado ataque contra la Tierra.

—¿De dónde podrían ser Challenger? —inquirió Holmes—. ¿De un planeta más distante del sol?

—Podemos suponer que de un lugar del espacio mucho más alejado. De otro sistema. ¿Quién sabe cuántos mundos habitables contiene nuestro universo?

El extraño ser dejó de moverse.

—Ha fallecido —diagnostiqué.

—Entonces, bajémoslo al sótano —sugirió Holmes—. Allí lo meteré en una bañera. Luego podremos aventurarnos a salir, a salvo, según creo, en busca de ron, brandy y whisky, y llenaremos la bañera para conservar este espécimen para la ciencia.

Los tres nos inclinamos para levantar la pesada carcasa, que olía de modo insoportable.

#### POSTDATA DE WELLMAN, HIJO:

*Este relato es el resultado final de una idea que me asaltó varias veces después de ver la película de Sherlock Holmes Un estudio en terror el año pasado, en Dubuque, Iowa. La película, seguramente la mejor de Holmes que he visto, trata de Holmes y Watson contra Jack el Destripador; la época, hacia 1890. Durante la proyección de la película estuve preguntándome de qué modo un hombre como Holmes podría haber reaccionado ante la invasión marciana de diez años más tarde. H. G. Wells imaginó este acontecimiento como si hubiese tenido lugar cuando Holmes, según Doyle, estaba solucionando misterios en Londres, lo cual significa que pudo participar en la fuga catastrófica descrita en el capítulo titulado El éxodo desde Londres. La cuestión de lo que Holmes y Watson hacían cuando*

*aterrizaron los marcianos me estuvo preocupando todo el tiempo que duró la película. Y esta preocupación la trasladé a mi padre; así se inició nuestra colaboración, y con ella el relato que antecede.*

*La guerra de los mundos, de H. G. Wells, publicada por primera vez en 1897, ha adquirido mucho más relieve en nuestra época que cuando se publicó... según demostró el grotesco fracaso cinematográfico de 1953, con la película del mismo título, que intentaba modernizar la novela; cosa que la arruinó por completo. Esta historia no necesita modernizaciones. No es en realidad una novela de ciencia ficción, sino una concepción extremadamente profunda, filosófica y narrada de forma magistral. El hombre conoce su relación con los animales inferiores de la Tierra, pero ¿cuál es dicha relación con los animales superiores de otros mundos? El narrador de Wells, con una asombrosa concisión, muy eficaz, describe la reacción marciana ante los esfuerzos efectuados para comunicar con ellos: «Los marcianos hicieron el mismo caso de tales adelantos como nosotros lo haríamos del mugido de una vaca.» La tesis que se desprende de la novela es eterna y nunca quedará anticuada. Sin embargo, hasta cierto punto, nosotros nos vemos obligados a desviarnos radicalmente de la estructura ficticia de Wells; en la actualidad, que haya en Marte una inteligencia nativa parece tan improbable que tuvimos que alterar esta fantasía de su obra.*

*La profundidad y la magnitud de la idea de Wells resultan mayores con el paso del tiempo. Por mi parte, opino que los OVNI pueden representar una tecnología muy superior a la civilización humana, como la humanidad se halla muy por encima de las especies animales de la selva. Sus observaciones de la Tierra podrían compararse a las de un equipo de zoólogos que estudian unas cebras en la jungla. Un ser humano que observase a un OVNI planeando en el aire estaría en la situación del mandril que viese los movimientos de un helicóptero. Tengo la sospecha de que tal es el caso. Pero, sea cual sea la realidad que se esconde tras los OVNI, creo que, de modo inevitable, nuestra salida al espacio debe, en algún momento, ponernos en contacto con «mentes que a las nuestras son lo mismo que nuestros cerebros a los de las bestias», volviendo a citar el texto de Wells. No podemos rechazar este reto, aunque me siento un poco perturbado por los*

*esfuerzos realizados para enviar señales a otros mundos, Hace años, un científico espacial dijo que «para ciertas razas alienígenas, nosotros podíamos ser los mejores animales comestibles». Conocía bien la obra de H. G. Wells, y el hecho de que este aviso no haya tenido más eco es un reproche a la falta de sensibilidad de sus colegas.*

*De todos modos, la conquista del espacio y la vigilancia de los OVNI son el principio de unos acontecimientos que ensancharán tremendamente nuestros horizontes, sea cual sea el resultado final. Por este motivo, todo aquel que posea inteligencia y afán de estudio, debe conocer la idea original de Wells y aplicar su significado y sus implicaciones a nuestra época.*

WADE WELLMAN

# LONDRES MELANCOLÍA

M. John Harrison

*M. J. Harrison fue editor de New Worlds, la revista británica que, en los años 60, se convirtió en baluarte de una renovadora y polémica tendencia de la SF denominada «New Thing» (Nueva Cosa), que pretendía romper, sobre todo a nivel formal con la «tradición» del género.*

*La Nueva Cosa ha dado en Gran Bretaña autores tan interesantes como Ballard o Aldiss, y esta extraña y sugestiva narración sobre un Londres invadido por libélulas gigantes es una peculiar muestra de esta discutiva tendencia.*

Llegamos a Londres Melancolía a la hora del crepúsculo. Era un paisaje abandonado; lo que quedaba de los edificios se elevaba en un silencio gris desde los vacíos charcos de sombra y niebla fría. Thin Molder plegó las alas, husmeó y dijo:

—Como ahora soy el jefe...

Pero no pudo sacarse una orden de su cabeza, por más que se la rascó y a pesar de la piel arrugada entre sus ojos, señal segura de que reflexionaba intensamente. De modo que nos reímos de él, cosa que no le gustó. Sólo Malice no se unió a las burlas. Conservó su cara alargada y mohína.

Morag-Morag no había acertado con una corriente hacia arriba el día antes y se rompió el cuello en un mástil de radio doblado en Hillmorten Hard-Edge. Era vieja, aunque fuese un jefe hermoso que meditaba profundamente. Al momento la echamos de menos, revoloteando sobre su cuerpo encogido, amortajado en sus pálidas alas rotas. Sus miembros se habían enredado con las vergas de reluciente metal, a sesenta metros del suelo. El viento envió su pelo rubio, que era como alambre de oro, contra el enmohecido poste; ella agitaba constantemente las alas, de forma que captaban y perdían el reflejo del cielo gris alternativamente; y allí quedó colgando, muerta. De pronto, no tuvimos a nadie que nos dijera qué debíamos hacer. Ni sabíamos qué hacer con ella. Fay Glass, la chica loca encaramada sobre su cadáver, se aferró al mástil y susurró:

—En mi juventud yo di mi pequeña contribución. Venecia se convierte en Charco Negro, sin dejar a nadie. La rebelión es buena y necesaria.

Y empezó a llorar. Asentimos a sus palabras, hasta cierto punto con simpatía, aunque también arrojados en nuestra tristeza. Después, para

nosotros ya sólo quedaba un lugar.

—Londres de los pesares —propuso Malice Priest.

—Londres de las miserias —añadió Two Jane.

—Londres de las melancolías —insistió Thin Molder—. ¡Yo soy el jefe!

De modo que abandonamos Hillmorten Hard-Edge y nos alejamos de allí con las corrientes elevadas. Morag-M contemplaba nuestra marcha con sus ojos cegados. Los vientos soplaban del sur. No encontramos libélulas.

Two Jane posee el instinto de la domesticidad. Nos encontró una habitación en un sexto piso, muy encima de la capa de niebla. Tenía una cama (Thin Molder la reclamó inmediatamente, saltó sobre la misma y pareció complacido) y varias mantas, aunque ninguna muy amoldable. Por la pared que daba al norte se extendía una mancha de hongos, en forma de bebé. Hacía frío y había allí una alfombra roja. La habitación la habían usado antes, mucho tiempo atrás; alguien había garabateado KILROY ESTÁ AQUÍ en el papel amarillento de las paredes, con lápiz. La escritura estaba manchada y descolorida. Un montón de latas vacías en un rincón, botellas vacías por todas partes, un jarro verde con unas algas muertas mucho tiempo atrás... Kilroy se había marchado hacía un año o más. Nos sentamos en el suelo, esperando a que Thin nos instruyera. Fay Glass miraba por la ventana, hacia la capa de niebla, que resultaba ligeramente plateada con aquella evanescente luz. Empezó a cantar, los mismos versos sin palabras, una y otra vez.

—Un grupo para el forraje —sugirió Malice Priest.

—¡Cállate! —gruñó Molder—. Yo envío los grupos para el forraje, no tú.

—Iré yo —me ofrecí, para mantener la paz.

Me gustan los sitios nuevos. Hay algo excitante en un edificio nuevo, en un lugar donde no se ha estado nunca. Algo eléctrico en el aire. Aunque esta sensación nunca dura.

—Llévate a Fay contigo —ordenó Thin—. Me ataca los nervios.

Fay, que por lo demás es muy fea, posee unos ojos claros asombrosos, aunque casi siempre los tiene vacuos. Pero, en aquel momento, se mostró en ellos, y me sonrió. Resplandecieron. A veces sale de su cabeza, para vivir algún tiempo en el mundo real: no a menudo. Nadie sabe qué hay encerrado dentro de los huesos de su cráneo.

—Mi partida os promete una economía estable —murmuró.

—El pacifismo no ayudará a ganar esta guerra.

Parecía esperar una respuesta, aunque con ella nunca se sabe. La cogí del brazo.

—Tal vez tengas razón, Fay —le dije.

Sí, podía tenerla.

—Vamos, en marcha —rezongó Thin, que jamás tiene mucha paciencia con Fay. Al revés que a mí, Fay nunca le hechiza con sus ojos amarillos. Eso se pierde, el tonto.

Fuera de la habitación había un corredor en penumbra, con un mural hasta el techo, y moho gris y veloso en una pared... una tapicería, rara, deforme, de tonos cambiantes y formas vagamente sugestivas. Fascinó a la chica loca. Se detuvo frente a ella, con una pequeña e introspectiva sonrisa en los labios. (Reservaba esa sonrisa para la neblina del alba, para los secos, los pellejos chillones de las libélulas muertas y, de cuando en cuando, para la ternura de amor.) Pretendió tocar el mural y tuve que apartarla de allí. Murmuró entre dientes y, a partir de entonces, empezó a tropezar porque sus ojos no estaban concentrados en lo que hacía.

Estuvo a punto de caer por la escalera.

Los anchos peldaños de parquet descendían en curva hacia la penumbra de la niebla que llenaba el tercer piso, presentando una cara engañosamente lisa. Las volutas estriadas de la niebla se retorcían, se aferraban a mis ojos, y se pegaban a las membranas de nuestras gargantas. Miramos unos instantes hacia abajo, y por fin descendimos a la planta baja.

En tierra de libélulas, la niebla tenía un tinte amarillento. Débilmente luminiscente, palpitaba de continuo con un movimiento lento y repulsivo, como un mar embravecido. Nosotros también avanzamos lentamente. Los ojos de Fay se distendían de un modo cansino detrás de los vidrios de perspex de su respirador; su cuerpo estaba tenso bajo los pliegues duros e iridiscentes de un manto de gasa hecho con alas de libélulas. Detrás de nosotros, fue desenroscando un fino cordón umbilical de nilón y de un carrete que chirriaba ensordecedoramente en el oscuro substrato. Me di cuenta de que mis manos estaban cada vez más ocupadas con las granadas de mi cinto,

encontrando cierta tranquilidad en sus superficies duras y rugosas. El rostro pétreo de la niebla entorpecía la visión, destruyendo la perspectiva y la orientación. Frecuentemente chocábamos con paredes e instalaciones sombrías y desvencijadas que parecían proyectarse desde nuestras propias cabezas. Y esto en medio de un silencio de aguas profundas que nos hacía presas de espectros internos, imágenes personales del temor a ras de suelo.

Pero no había libélulas.

Kilroy, o uno de sus predecesores, había desnudado la cocina de manera eficiente. Los estantes, como encías desdentadas, sonreían a través de torbellinos de niebla. Se veían espesos nódulos de moho sobre las superficies de trabajo donde habían dejado cosas perecederas. Herramientas enmohecidas y cuchillos de cromo. Excrecencias fungoides formaban dibujos intrincados en espiral, unas construcciones tan delicadamente afirmadas como la cordura en la cambiante fosforescencia. Lo registramos todo en silencio. Por fin, Fay susurró:

—Produce la mejor calidad. Este comité asegurará una elevación constante en el nivel general de vida. Se han añadido preservativos.

Había hallado dos latas de jamón y otra cuadrada sin etiqueta. Un escondrijo de Kilroy, guardado detrás de una cocina a microondas, desventrada.

Le hice la señal de subir, y salimos de allí, siguiendo el cordón umbilical. Hay algo infinitamente agradable en saber que una planta baja queda a tus espaldas. La ascensión desde el Averno, y no se sabe de nadie que haya mirado atrás.

En la habitación del sexto, Thin Molder y Malice Priest estaban peleándose. El ruido era audible desde el extremo del corredor.

Two Jane estaba acurrucada en la cama. Se había desceñido el vestido y tenía una magulladura en el ojo izquierdo. Molder y Priest rodaban por el suelo, mordiéndose y pegándose con los codos, de manera inexperta, dejando oír sonidos animales. Priest estaba encima, y me miró como desconcertado jadeando y sudando, con los dedos aferrados a la garganta de Molder. De sus

ojos manaba sangre. Hubo una pausa. Molder dijo algo incoherente. Se produjo un pequeño barullo durante el cual, más por casualidad que por designio, Priest sintió una rodilla en la ingle. Chilló, retrocedió y cogió su láser. En aquel instante, hubiese podido intervenir, pero no lo hice porque Fay Glass me cogía del brazo. Thin Molder gritó. Tuve que pegarle a la chica loca para que me soltara. Tropecé con la espinilla en el extremo de la cama, dejé caer la lata de jamón, y vi que Priest había retrocedido hasta un rincón. Thin Molder estaba muerto.

Priest le contemplaba con una mezcla de asombro y triunfo, que arrugaba los músculos de su rostro. Lentamente, sus manos empezaron a apuntar el láser hacia mí, no por su voluntad, porque todavía estaba mirando el cadáver.

Como si la muerte de Morag-M no fuese bastante.

—Ya puedes apartarlo —balbucí.

Estaba asustado. Las dos mujeres habían empezado a parlotear. El sonido era duro, esmaltado, como la verborrea de dos gorriones en un almacén abandonado. A juzgar por aquel sonido, ninguna de ambas podía entender a la otra. Priest se fijó en mí. Me miró como si fuese nuestro primer encuentro, arrugando la carne en torno a sus ojos. Tragó saliva. Se estremeció. Luego dijo:

—¡Cállate! ¡Te cortaré en...!

De nada servía discutir. Y no es posible lanzar bombas Mills en una habitación de cuatro por cuatro.

La luz rosada del crepúsculo incidió en un lado de la cara de Priest. Su mandíbula inferior presentaba una desconcertante torcedura lateral. Medité a quién molestaría más la luz, si trataba de saltar sobre Priest. Pareció adivinar el giro de mis pensamientos, y trató de sobreponerse. Esbozó un gesto petulante con el arma. La habitación iba hundiéndose por momentos en una negrura total.

Durante un loco instante, pensé que Malice Priest había destruido el cielo.

Me mordí los labios en ciega confusión. A mi alrededor sonaban leves rumores, chasquidos, y la charla de las mujeres. El calor atormentaba mis palmas. Luego, la ventana estalló como una granada, esparciendo vidrios en arcos astillados y relucientes. Los fragmentos fueron escupidos y explotaron

contra las paredes.

Simultáneamente, volvió la luz.

Encuadrada por un pálido rectángulo del marco, una cabeza triangular se asomó a la habitación. Los últimos rayos color naranja del crepúsculo le prestaban un aura parcial. Por debajo de ese sombrío halo, los ojos múltiples, del tamaño de melones, brillaban con un color verde oliva. Un hocico en forma de cuña, complicado por el aparato respiratorio. Un líquido viscoso, de color ocre, guía de la concha negra debajo de los ojos. Fuera, los miembros entópicos arañaban el alféizar de la ventana, para saltar. Sobreponiéndose a esta visión —una sensación amortiguadora puramente física—, había la presión enervante, insistente de la telepatía carente de significado de los insectos.

Nos visitaba una libélula.

Malice Priest se había vuelto automáticamente para enfrentarse con el visitante, pero no hizo nada; el láser cayó de sus dedos flácidos, amenazando sólo al suelo. Se quedó inmóvil. No podía dominar su rostro, desencajado por el miedo. De una mejilla, que movía constantemente, colgaba un fragmento de vidrio de unos cinco centímetros. A medio metro de distancia, la inescrutable cabeza llamaba, susurraba y le empequeñecía. En la habitación habíamos llegado a una especie de punto muerto: Priest estaba paralizado, pero la libélula no conseguía entrar, y redobló sus arañazos contra el alféizar. Volaron astillas y polvo de madera.

Retrocedí hacia la cama, donde Fay Glass sufría un ataque, con la espalda arqueada de un modo que parecía imposible, los ojos protuberantes, desorbitados. Una oscura oleada de conciencia de libélula asaltó mi cabeza: imágenes formadas en parte, lentamente, humearon a través de mi mente. Las sombras de los rincones del cuarto absorbían la luz, avanzando constantemente. Two Jane hacía señas desde la puerta, agitando sus dedos de manera idiota. Movía rítmicamente la cabeza de lado a lado, como si su cuello contuviese un mecanismo de relojería. Las sombras obstaculizaban mi capacidad de tomar decisiones. Fay pataleó y cayó inconsciente. Me cargué el frágil cuerpo al hombro y lo llevé al otro lado de la puerta. Two Jane, que la mantenía abierta, pareció haber dominado el idiota mecanismo de su cuello.

Ahora miraba rígidamente al frente.

El corredor era hermoso. Nunca había visto algo tan bello, tan tranquilo, tan vacío. Two Jane cogió a la chica loca y se dirigió a la ventana más próxima. Yo volví junto a Priest.

La libélula había roto el marco de la ventana y empujaba parte del tórax dentro de la habitación. El rectángulo de madera astillado colgaba torcidamente de su armadura. Los oscuros ojos iridiscentes relucían a un palmo de la cabeza de Priest. Estaba gimiendo, con un ulular lento, animal; había sangre en toda su cara, que relucía de forma opaca. Comprendí claramente que nada lograría hacerme volver a aquel lugar. Una extremidad anterior, negra, pasó a través de la ventana y tiró de la ensangrentada figura. Sus articulaciones rezumaban. Unos ladrillos cayeron sobre la alfombra roja. Cerré la puerta y vomité.

Salimos por una ventana situada al otro lado del edificio. Abrumado por el peso del cuerpo inerte de Fay, me vi obligado a agacharme mucho sobre el rostro pálido, flojo, de la niebla. Luchando por enderezar la cabeza, contemplé su opaco resplandor a la luz lánguida de la luna creciente.

En el corazón de Londres Melancolía yacía una inmensa llanura de niebla. Era suave, aletargada, sin rostro... no hacía declaraciones ni esperaba respuestas. Sus estados de ánimo eran reflexivos, como los cuartos de la luna. Por las mañanas extendía sus dedos sonrosados para alcanzar el amanecer; columnas y débiles sugerencias de arquitectura se elevaban y se derrumbaban para cambiar su expresión. A mediodía, el sol la volvía incandescente como un filamento de tungsteno. Hería los ojos. Y cuando los días ardieron hasta la muerte, la niebla se fundió por simpatía. En ningún momento asumió la máscara el carácter del rostro que yacía debajo: el suelo seguía siendo un oculto brebaje amarillo, agitado perezosamente por corrientes enigmáticas y acosado por imágenes de libélulas.

En la llanura había un tosco crucifijo esquematizado, y sus brazos impalpables radiaban desde un edificio central hasta cuatro granadas achicharradas que estaban en medio de la niebla, sobresaliendo, como

fragmentos de una raíz dental en una encía blanquecina. Los muñones —uno sólo una pared que mostraba una altura de treinta metros sin el menor soporte—, se levantaban a cuatro caras en filas de negros huecos de ventanas, y terminaban bruscamente en matas espinosas de vigas dobladas y entremezcladas. A ciertas horas del día, el sol incidía en el cristal de las ventanas muertas y las animaba de nuevo, de manera breve y luminosa.

Había cinco edificios ciegos sobre la niebla, disminuidos por la caída de una nave de libélulas, una generación antes.

El corazón de Londres Melancolía era un patio de diez kilómetros cuadrados. Planchas de acero retorcidas se curvaban entre los edificios, como monolitos negros, de cincuenta metros de altura, con sus superficies anteriores mostrando aún los rastros, maltratados por el tiempo, de grandes ideografías sin sentido. Festones de cable colgaban de las superficies cóncavas, bostezantes, dándoles un turbador aspecto orgánico. Esto se veía subrayado por las zonas parduscas de vegetación que habían arraigado en bolsas de detritus aerotransportados.

Todo ello contrastaba violentamente con los manchones de corrosión de treinta metros que parecían descender por el metal expuesto al aire libre. Las costillas de la nave se habían desprendido de su espinazo bajo el impacto. Y arrojaban unas sombras en forma de cimitarra: avanzando paulatinamente por la llanura, indicaban los edificios como la aguja de un reloj de sol. El espinazo yacía de norte a sur, en tres segmentos, que se alargaban casi un kilómetro, como el ferrocarril escénico del sueño de un idiota a través de la capa de niebla. Los edificios parecían hundirse, ahogarse, rodeados por las aletas de enormes tiburones.

Nosotros vivimos una semana en el edificio central.

Fay Glass tenía hilos dorados en sus alas. Muy arriba, donde el tejido alar surge de las vainas musculares que se superponen a sus omóplatos, el entramado es muy simple: tres gruesas ramas arteriales, atezadas, palpitan rítmicamente a medida que absorben la sangre de su sistema. Pero hacia las puntas de las alas, anchas y romas, la filigrana se torna cada vez más

compleja, con un colorido que pasa de marrón-rojizo a amarillo pálido. Posiblemente se trate de un efecto de la luz —la sangre tiene un color normal, completamente humano—, pero la fina transparencia de las alas es como cristal engarzado en oro. Es muy bello. La tarde del octavo día yo estaba tumbado en el suelo, contemplándola brillar como una gran joya cuando se movía. La luz surgía de la niebla. Me hallaba soporíficamente complacido por el calor.

—VUÉLATE LA CABEZA, GABRIEL ROSSETTI —pronunció Fay.

Estaba leyendo las frases que cubrían la pared norte. Era un manuscrito iluminado por el sol: frases garabateadas en gran variedad de escritos y medios; obscenidades a lápiz y corcho quemado, invitaciones en tiza blanca, el encantamiento de un anuncio de un periódico interior surrealista, en pintura roja muy brillante. Durante más de dos generaciones, la pared pintada de blanco se había convertido en un palimpsesto vulgar, una inscripción superpuesta a otra.

—¿HAY VIDA ANTES DE LA MUERTE? —leyó Fay.

No teníamos nada que hacer. Hablamos llevado allá dos camas de una habitación contigua, suministrando al lugar una ventilación permanente. Two Jane estaba cosiendo en un rincón, una sábana seguramente. Era una tela de pelusa, de color gris tristón y verde. Había sido una semana aburrida, casi como si Morag-M hubiera vuelto a nuestro lado.

—AHÍ VAS —articuló Fay.

Se apartó de la pared y se tumbó en una cama. Con los labios petulantes, empezó a coger puñados de lana del antiguo colchón. Two Jane dejó lo que estaba cosiendo y le dijo que no fuese tonta. Fay se enfadó. El calor era enervante, como un gran peso sobre mi pecho. Dormité y durante mi sueño maté docenas de libélulas.

—Oigo algo —susurró Two Jane.

Sacudía mi hombro, tratando de penetrar en la telaraña de mis sueños y en mi apocalíptico dolor de cabeza.

—¡Despierta, por favor!

Conseguí despertar, luchando para disipar las últimas imágenes oníricas. La luz era parda; se iniciaba el atardecer, pero el calor no había disminuido.

Las motas de polvo giraban y se arremolinaban en columnas oblicuas entre los rayos cobrizos de la luz del sol. Apliqué el oído al suelo, porque formaba una excelente caja de resonancia. La habitación de debajo la habían utilizado como almacén, ocupaba la mayor parte del cuarto piso, y estaba vacía. Oí un leve ruido chirriante, como un crujido irregular. Two Jane acercó su rostro al mío, con la boca combada hacia abajo, por las comisuras, a causa de la ansiedad.

—¿Qué haremos?

—Investigar —afirmé.

Puse mi mente en blanco y receptiva, analizando la atmósfera emocional, en busca de la podredumbre de las libélulas. Allí estaba; débilmente, experimenté aquella distorsión característica de la percepción, vi el universo levemente curvado unos noventa grados; pero todo estaba difuso, débil, como una locura distante. Me puse de pie y desenganché la bomba Mills que llevaba al cinto, deseando haber utilizado las otras más cuerdamente.

La puerta del almacén estaba agrietada y cubierta de marcas de tiza, ininteligibles. El ruido era mucho más fuerte. Crecía y bajaba con las oleadas de la presión de cabeza que empezaba a afectarnos. Fay Glass miraba de manera frenética a su alrededor como un pajarito en apuros, con sus ojos desagradablemente vivos. Empezó a morderse las uñas, y chilló cuando una le arrancó la piel.

—¡Quieta! —le susurró Two Jane, pegándole en la mano. Abrí la puerta de un puntapié y di dos pasos dentro de la estancia.

La libélula estaba agazapada en el otro extremo de la habitación, cuyo suelo estaba polvoriento y alumbrado en parte por el sol moribundo. Bajo la luz cálida, tamizada, era heráldica: extraña y bella, su exoesqueleto de un verde oscuro brillaba esplendorosamente, como metal aceitado; las alas, que se estremecían un poco, estaban adornadas de plata, allí donde las de Fay eran de oro. El tórax y el vientre estaban decorados con arabescos de caza y símbolos complicados de color amarillo cromo, como las ideografías en los fragmentos del casco de la nave caída de fuera. (Es difícil decir si eran marcas naturales o emblemas artificiales de casta e identidad, como el blasón de un caballero de la orden de las libélulas.) Los ojuelos exagerados captaron

la luz como globos de tosca obsidiana. Por un instante, me pareció más extraña que amenazadora, como si los sueños calenturientos todavía no hubiesen abandonado mi mente.

Era algo enfermizo.

Desplegadas y curvadas, las extremidades retorcidas, por sus articulaciones excretaba gruesas gotas de un fluido ocre. Había quemaduras de láser en su caparazón, una profunda cruz sin sentido, y faltaba el aparato respiratorio. Parloteando consigo misma, me ignoró. Débiles proyecciones telepáticas; una irritación informe en la periferia de la conciencia. Ocasionalmente, arañaba el suelo con las patas, formando dibujos desprovistos de significado. Las quemaduras no eran graves, pero sí lo era la prolongada exposición a la atmósfera, y sus vísceras se disolvían.

Empecé a salir del cuarto. La bestia estaba casi muerta.

Fay Glass pasó por delante de mí.

Anduvo hacia el centro de la habitación, vaciló y se detuvo. Contempló a la libélula, con sus ojos curiosamente humildes, moviendo los labios en silencio. La libélula se quedó inmóvil, como una escultura verde y oro, impasible. Esperando otro ataque, posé una mano en el brazo superior de Fay. Ella lo ignoró: esbelta y callada, contemplaba al moribundo insecto. Los globos de obsidiana relucían opacamente. La bestia reanudó los arañazos con las patas anteriores. Fay Glass avanzó, con la cabeza ladeada. La cogí del hombro. Se desasíó de mi mano, con impaciencia, pero con impersonalidad; tuve la extraña sensación de que ya no existía para ella.

La presión de cabeza aumentó.

La chica loca y la libélula estuvieron enfrentadas unos treinta segundos. Un delgado fantasma ratonil con hermosos ojos absortos en una especie de envarado homenaje delante de una salvaje escultura heráldica. Su cara estaba desprovista de expresión, pero los ojos eran enérgicos, luminosos.

—Nosotros no deseamos estar aquí —articuló ella.

Tuve la impresión de que no era Fay la que hablaba.

—No pedimos ser enviados aquí. No tuvimos más remedio. Nos estamos muriendo, pero ellas continúan enviando naves. Este lugar no es habitable, pero no es posible lograr que cesen. Nuestras instalaciones atmosféricas son

insuficientes, inadecuadas, nos ahogamos en vuestro aire. No procreamos, nuestra raza agoniza; nave tras nave se extinguen estérilmente. Esto no puede continuar.

La libélula se había tornado aquiescente. Fay se enderezó hasta que los ojillos múltiples estuvieron ocultos por su cuerpo. Podía estar tocando a la bestia.

—Nos dijeron que este mundo estaba vacío. No esperábamos esto. Dejamos de luchar. Nos iremos y esperaremos. Las naves dejarán de venir. Aún quedan muchos de vosotros. Irnos y esperar, pues de todos modos nos morimos...

El rostro de Fay perdió su rigidez. Ladeó de nuevo la cabeza, con una mueca de intriga en sus labios. Sus ojos parpadearon a su alrededor con incertidumbre. Luego, dijo:

—Nosotros nos estamos muriendomuriendomuriendo, nosotros. Nos estamos muriendo, nosotros. Nos estamos muriendo. El gobierno ha anunciado las más severas medidas, se rumorea que tomarán forma de represalias económicas, nos estamos muriendo, ayuda. El embajador soviético dijo: Nosotros necesitamos. Nosotros...

Empezó a llorar.

La libélula arañaba, tartamudeando, manando fluido ocre. Las alas se agitaban impotentes, parecía una máquina engastada en joyas, fuera de control. Fay estaba convulsa. Con los ojos psicóticos, corrió sin rumbo por el cuarto, gritando:

—¡Ayúdanos!

La cogí, la conduje a la puerta, casi a rastras, luchando contra la enfermiza fascinación del insecto. Ella miró fijamente mi rostro con la angustia inhumana destrozando sus facciones, y chilló:

—¡Por favor! —como si se hubiera abierto el pozo en su cabeza.

Quitó el perno de seguridad y arrojé la bomba disimuladamente. Saltó, rodó inocuamente por el suelo y desapareció bajo el angustiado insecto. Una última mirada a la maquinaria dislocada de miembros retorcidos, al abdomen curvándose hasta tocar con la cola las mandíbulas. Los ojos iridiscentes me quemaban. Luego, cerré de un portazo para rehuir la visión y nos aplastamos

contra la pared. Una tos convulsa, gigantesca. El edificio se estremeció. Una mano de mamut derribó la puerta, arrancándola de sus goznes, desde dentro, convirtiéndola en astillas que fueron a parar a la pared opuesta. El polvo, las astillas y el humo formaron una violenta nube marrón. La chica loca *chilló*. Y dijo tonterías.

—¡Calla, maldita! —mascullé.

Por un momento, oí el fantasma petulante e insensible de Thin Molder en mi voz. Pero no me disgustó.

Fay Glass siempre había dicho necedades.

Entre los restos esparcidos de la nave de las libélulas, dos figuras oscuras revoloteaban sobre el espejo mercurial e inquisitivo de la niebla, con sus diminutas sombras corriendo ante ellas, a través de las superficies posteriores del casco. Cogiendo un termal, giraron hacia arriba, y duplicaron su altura en unos segundos. Cuando el sol incidió en sus extendidas alas chispearon centellas de luz. El calor chocó conmigo como un puño bien apretado, cuando estaba acechando desde una ventana situada a treinta metros más arriba. A mis espaldas, en el corredor, el polvo y el humo se posaban lentamente. Un fragmento de caparazón de libélula como acero azul se había atascado en el marco de la ventana. El edificio estaba callado, y no pude detectar libélulas; la aflicción del insecto muerto no había sido atendida. Tras un registro final, me dejé caer en el aire turbulento y casi al rojo vivo.

Era como volar dentro de un muro. La corriente de aire me destrozaba y apaleaba, y podía salir de la boca de un horno. Casi inmediatamente encontré una corriente superior. Localicé a Two Jane y Fay, y trepé en espirales rápidas; cuando estuve sobre ellas, incliné un ala. El deslizamiento lateral resultante me colocó en un vector de colisión. Me lancé a través del curso de Jane y encogí un músculo en un intento de armonizar las velocidades. Más entusiasmo que sentido común.

—¡Qué estupidez! —gruñó ella, y no supe si se refería a mi o a Fay.

La chica loca estaba cometiendo tonterías, dejando que su velocidad bajase a punto muerto, llegando al borde de una caída. Cada vez que esto

ocurría se reía con deleite. Parecía haber vuelto a su ser normal.

Nos encaramamos a lo alto de una de las planchas del casco de la nave.

Una cálida brisa zumbaba en torno nuestro, entre un conjunto de cables enmohecidos. Estábamos en el reborde formado por una cadena de tres metros de anchura.

—¿Ahora qué? —inquirió Two Jane, sin apartar los ojos de Fay, que estaba hablando con una florecita alicaída que crecía en un trecho de polvo.

—Nos vamos —respondí.

La idiota charla de Fay me ponía frenético. Quería estar en donde pudiese olvidarla. La misma Fay era suficiente recordatorio; había abandonado la flor a sus propios pesares, y estaba sentada al borde de la cadena, dejando balancear sus pies sobre un precipicio increíble, y mojando los dedos en un charco de agua de lluvia llena de óxido. Un enorme arco de acero negro bostezaba a sus espaldas. Esto y el musgo resbaladizo del cable corroído. Todo era una amenaza: el duro metal, la vegetación del acero, y la tremenda caída hacia la niebla.

—Vámonos de aquí —propuso Two Jane.

—El Norte es más tranquilo —concedí—. No sé por qué vinimos a este lugar.

Fay había vuelto con la flor. Preocupado, vi vagamente cómo sus manos, delgadas y veloces, se movían en torno al botón amarillo pálido. Se mostraba muy gentil con la flor. Ambas tenían una belleza lánguida, y una existencia idénticamente precaria.

—Durante algún tiempo, probaremos de nuevo las tierras centrales. Pero deseo ir hacia el norte. ¡Hacia arriba!

Fay chilló bruscamente y danzó hacia atrás. Se estaba chupando las manos y las agitaba. Había lágrimas en sus mejillas.

La flor se había convertido en un montoncito achicharrado, y empezaban ya a moverse suavemente bajo el cálido viento unas cenizas negras. Una fina línea blanca descendía por el oscuro metal extraño, humeando y desvaneciéndose del ocre al naranja fuerte y luego al rojo. Un olor curioso, caliente y amargo. Two Jane estaba inclinada sobre las manos quemadas de la chica loca. Fay sollozaba. De pronto, incapaz de moverme, vi como el rayo

láser cortaba una segunda hendidura a través de la plancha del casco, a menos de un palmo de mi cabeza. Esta vez zigzagueó, como si la mano que sostenía el arma temblase.

Two Jane, que miró por encima de mi hombro con los ojos muy abiertos, gritó algo incoherente, y señaló con el dedo.

Di unos pasos al frente salté, y me situé a su lado izquierdo. El impacto estremeció todos los huesos de mi cuerpo. Ella vaciló, gritó, y se agarró a la chica loca para sostenerse. Chillando, las dos cayeron desde el borde de la cadena. Los cuerpos fueron disminuyendo, dando tumbos al caer. Divisé un destello de plata cuando las extendidas alas se aferraron al aire. El largo chillido se extinguió. Satisfecho de que se hubieran puesto a salvo de este modo, me volví para enfrentarme con Malice Priest.

Estaba de pie, tambaleándose, a quince metros de distancia, con los pies muy separados, y el láser, negro y abominable, aferrado con unos puños grises, deformados. Sus vestidos le colgaban en andrajos. La mejilla izquierda tenía un tono púrpura y amarillo, y era como una mancha de necrosis y pus, rígida y distendida. Como para compensar aquella inmovilidad parcial, el resto de su cara se torcía constantemente, mostrando extraños y efímeros continentes de emoción. Fuera del edificio arruinado, su único ojo sano ardía, brillante y fijo. Se balanceó. Levantando el arma para cubrirme, empezó a avanzar, con el paso torpe e inseguro. Cuando estuvo a la debida distancia para hacerme oír, grité:

—¡Soy yo! Puedes dejar de disparar. Jane se cuidará de ti...

El destrozado rostro era horrible, y el único ojo una ventana abierta a nada que yo pudiera interpretar. Su boca estaba perdida en una masa de tejido que supuraba, muy hinchado. Las zonas gangrenadas parecían carne de hongos, lóbrega, engañosamente firme. No bajó el arma, sino que dejó oír un sonido extraño de dolor. El esfuerzo requirió que apretara aquellos labios de cadáver, lo cual me hizo temblar.

—No —añadí—, ahora estás bien. Nosotros cuidaremos de ti.

Halló su voz. Las palabras surgieron distorsionadas, borrosas en los bordes por el agujero de su rostro.

—Atacó la libélula. Tú me abandonaste. Soy todo fuego. Te cortaré a ti, y

arderás.

Cuando sus dedos apretaron convulsivamente el gatillo, me dejé caer plano, abandonando la razón en favor del reflejo. La descarga de calor me chamuscó el cráneo. El reborde estaba caliente y áspero al tacto; terminaba a un centímetro de mi extendida mano. Priest continuó mirando a través del sitio donde yo estaba, parpadeando lentamente con su ojo sano. El láser temblaba.

—Yo soy el jefe —continuó—. Yo enviaré los grupos de forrajeo.

Me miró.

Supongo que debí luchar para arrebatarme el láser; él estaba agotado y enfermo pero no pude soportar la idea de aquel rostro destrozado, rezumante, apretado junto al mío. Sus dedos volvieron a moverse. Rodé fuera del reborde, con mis ropas humeando allí donde el rayo me había alcanzado. El dolor era agonizante.

Una caída larga y libre, casi agradable; derivé, explorando el dolor. Estaba centrado en mi costado; el aire lo mordía con agudos dientes-alfileres. Flexioné varios músculos. La superficie alar izquierda se arrastraba, respondiendo parcialmente de manera más lenta que la otra a cada impulso. Priest había estado a punto de cortarme las alas. Tenía mucho tiempo para efectuar comprobaciones; arropado en la euforia, floté, sin importarme mucho nada. No parecía estar seriamente lesionado. Caí un poco más. Vi dos figuras que caían conmigo, en posturas subacuáticas. Gesticulaban, hacían ruidos con la boca, que inmediatamente quedaban ahogados por la corriente aérea. Reí feliz. Mi velocidad había aumentado hasta el punto de tener que frenar o sumergirme en la niebla. O perder un ala. «Estúpido», pensé. Más entusiasmo que sentido común...

Sumamente feliz, frené fuerte. La agonía de posar el ala dañada contra la pared-horno del aire me arrancó bruscamente de mi felicidad. Two Jane y Fay Glass me flanquearon cuando planeé sobre la niebla.

—¡Moveos! —grité—. ¡Tomad altura...!

La cosa negra que parecía surgir del cielo dorado era Priest, un

destrozado halcón, y nosotros los gorriones. El aire recalentado se arremolinó a nuestro alrededor cuando surgió el rayo láser. Chocamos con una turbulencia termal que se proyectaba en una maraña negra de restos del naufragio, giramos hacia arriba y empezamos a perder velocidad. Priest pasó a seis metros de distancia, chillando como una gaviota negra. Recordé la costa oriental y la enorme velocidad de las aves marinas sobre los erosionados esqueletos, los aparejos aceitados en alta mar. Encalló, giró y frenó en seco, dominando su destrozado cuerpo de forma impresionante.

La corriente superior aumentó mientras nosotros maniobramos sobre la aleta de tiburón de la plancha del casco. Nuestra ascensión en espiral se ajustó con la correspondiente aceleración. Miré apresuradamente hacia atrás. Priest, que había perdido la ventaja de la altura, estaba volando a ras de niebla, disparando el láser cada cinco segundos. Su puntería era versátil. Mientras le contemplaba, empezó a trepar tozudamente tras nosotros.

Una pausa. Forcejamos por la altura, ignorándonos uno al otro.

Fay Glass casi nunca está contenta con el cemento bajo sus pies, pero en el aire... ya es otra cosa. Las corrientes de cambios rápidos y el brillante torbellino son su ambiente. Reía cuando el rayo de calor la alcanzó. A seiscientos metros sobre la niebla, gritó con una voz gutural muy peculiar y cayó como un montón de pingajos pardos, dando vueltas. Sus alas centellearon inútilmente. Había una brasa llameante entre los pingajos, y luego el brillante resplandor de la llama.

Lo cogí.

Iba descendiendo como un monigote incendiado, y la cogí.

La niebla y el alocado cielo se abrieron de forma improbable, chocaron y volvieron a unirse. Campanas en mi cabeza. El impacto me sacó de la corriente superior como una mano al atrapar una mosca; me envió abajo, abajo, hacia el brillante suelo rocoso. Luchando con sus miembros frágiles, flojos, desorientado, descansé su peso sobre mis dañadas alas. Esto me dolió. Perdimos cincuenta metros de altura, acelerando y sin esperanza, antes de que las alas mordiesen, excavasen y colgasen, como puntas de dedos ensangrentadas, del parapeto del aire. Lentamente, muy lentamente; pasó un kilómetro y Fay (ahora aquiescente, todas sus brillantes llamas extinguidas),

maullando en mi oído, indistinguible de la queja del flujo laminar. Me afiancé a trescientos metros, aferrándome febrilmente, las alas cantando como una libélula en una tarde soñolienta.

Lo cual no significaba ningún consuelo porque mis vapuleados músculos no servían ya para trepar, y Priest respiraba casi junto a mi nuca. Planeaba, sin que su máscara de muerte expresara nada. El láser era su agujón. Two Jane podía haber huido, librándose de todo aquello, pero estaba trazando círculos y contemplaba mudamente las ropas ennegrecidas de la chica loca, y el rostro vacío de Priest. Estábamos colgados en un éxtasis desesperado. No teníamos dónde ir; si me dejaba caer de nuevo, lo haría entre la niebla, para siempre.

—Yo soy el jefe —gritó Priest.

Apuntó con el láser. La chica loca murmuró penosamente. Algo sin sentido.

—Déjanos tranquilos —suplicó Two Jane—. ¿Por qué no puedes?

Pero Priest tenía una idea fija y no la oyó. Su ojo sano parpadeó rápidamente. Apretó el gatillo.

El mundo estalló. Caí en medio de un loco torbellino, asiéndome a Fay Glass como si su cuerpo inerte pudiese salvarnos.

Una nave de libélulas descendió del sol.

Su ola de presión frontal nos envió a un kilómetro hacia el salvaje cielo. Con la respiración robada por la vorágine quedamos presos en una corriente superior tremenda, hacia arriba. Priest se alejó, con los miembros agitados de manera indefensa, asiendo aún el láser. Two Jane gritó con voz fuerte y delgada, el cabello enmarañado sobre su cara. Mis brazos crujieron bajo el peso de la chica loca. Con los ojos llorosos por el viento, contemplé el enorme casco negro que se deslizaba bajo nosotros como un pez en aguas profundas, su inmensa sombra oscureciendo los ruinosos edificios. El aire se estremecía a su paso.

Tocó el suelo como una bomba y quedó destruida.

Plumones de niebla se arremolinaron, llenando nuestras secas gargantas. Los restos se esparcieron por la faz de Londres Melancolía; las vigas se entremezclaron sin fin, kilómetros de tuberías explotaron como vísceras

reventadas, así como las planchas, del tamaño de casas. Una segunda ola de choque nos envió a otros mil metros más cerca del sol. Fay despertó y empezó a gritar. Conmociones menores agitaban la superficie de la niebla; al explotar restos aislados del naufragio destellaba la luz; al caer, secciones mayores sonaban como inmensas campanas, demoliendo los edificios que aún quedaban entre la niebla. Una bruma rodante de polvo y detritus me envolvió.

Bruscamente, penetramos en una bolsa de aire más sosegado. Two Jane miró a través de las volutas de niebla, ahogándose. Giró sobre sí misma, se afianzó, y se acercó. Por encima de su hombro pudo divisar a Malice Priest volviendo a aproximarse.

—¡Yo soy el jefe! —chilló.

Surgió el láser, su rayo era como una vaga y reluciente línea de motas de polvo al sol. Calor a través de mis sienes. El pozo abajo y un loco arriba. Me estaba agotando rápidamente; la mera acción de mantener la altura era ya penosa. Iba a sumergirme sin considerar las consecuencias, cuando Jane extendió sus brazos.

—Dámela. Yo puedo hacerlo —dijo. Una pausa. La miré atontado—. ¡De prisa! ¿Quieres que te corte en pedazos?

Me habría gustado discutir, pero en aquel instante subió de entre la oscuridad un zumbido, y experimenté un bandazo familiar de realidad. En mi cabeza se produjo un montaje de imágenes incoherentes.

Muy abajo, las libélulas abandonaban la nave caída.

Priest no se daba cuenta del peligro. Permaneció donde estaba, agitando el brazo libre y disparando el láser al azar.

—¡Yo soy el jefe! —gritaba.

Acurrucados entre las dobladas vigas de una torre resquebrajada, al borde de la llanura central, vimos como lo apresaban. La nave estrellada yacía como un ojo arruinado, como un inmenso fruto partido, con la niebla girando a su alrededor, mientras se iba posando sobre la tierra. Los ideogramas de su casco fluorescían a la luz agonizante, proclamando viajes increíbles. Dos o

tres kilómetros más allá del cuerpo principal del naufragio, algo estalló, y la conmoción quedó amortiguada por la niebla. Las libélulas: al principio no eran nada más que una línea delgada, vacilante, que ascendía desde los restos, recortada contra el cielo como una voluta de humo negro. Pero la voluta se convirtió en pluma, y la pluma en una enorme nube en forma de seta, que zumbaba y se quejaba, elevándose con lenta deliberación hasta que el aire quedó oscurecido por ellas.

Y por encima, una mota diminuta y frenética, luchando por ganar altura.

Una mezcla de rayos láser incendiaron el polvo aerotransportado en un breve chispazo de luz. Luego, la periferia del enjambre se lo tragó. Se apretujaron contra él; una mota más oscura destelló. Dentro de la penumbra. Lentamente, hubo una esfera negra, bien definida y creciente, con Priest como núcleo. Y al aumentar de tamaño, empezó a hundirse a través de la nube ascendente, de vuelta a la nave naufragada.

—¡Oh, Dios mío, son horribles!

Two Jane hundió el rostro entre sus manos.

Pero ya empezaban a morir en el aire extraño de la Tierra.

—No sé —murmuré—. Ya no. Priest no es ninguna pérdida. Oh, no lo sé.

Fay Glass abrió sus ojos rubios y miró directamente a mi cabeza.

Sonrió y susurró:

—Un camino tan largo... Y con tantas alas...

# **FÓRMULA PARA UN BEBÉ ESPECIAL**

Julian F. Grow

*El tema de la participación de los extraterrestres en ciertos acontecimientos clave de la historia humana es ya un tópico del género, desde que alguien sugirió la posibilidad de que el carro de fuego que según la mitología hebraica raptó al profeta Elías, fuera en realidad un OVNI.*

*En este divertido y desenfadado relato asistimos a la curiosa experiencia de un médico rural americano de final de siglo que, al descubrir a un tipo vestido de tirolés dedujo que sólo podía ser un alienígena... y acertó.*

¿Saben lo que ocurre cuando uno está efectuando una intervención cerebral y se distrae?

Hablando en justicia, supongo que yo debería haber prestado más atención a lo que hacía, que era sacar una carabina «Sharps» del cráneo de Jubal Bean. Pero diablo, como desde la última Rebelión soy el único médico *bona fide* en este rincón de los bosques, me paso todo el día serrando y cosiendo, serrando y cosiendo, desde el amanecer hasta el anochecer, incluso los fines de semana y las fiestas patrióticas. Un hombre tiene derecho a gozar de unos momentos de libertad.

A propósito, mi nombre es Pertwee, Hiram Pertwee, M. D., iniciales de Mailorder Diploma. Soy de East Randolph, condado de Orange, en Vermont, pero llevo en estos parajes desde antes de nacer, o al menos esto me parece. Quizá a causa de todo este tiempo, sea yo tan distraído.

Bien, era un caso de pura rutina, como casi todos los de por aquí. Lo que sucedió fue que un grupo de chicos estaba jugando al juego de la herradura detrás de Owl Hoot Palace. Veamos... estaban allí Moose Loomis, claro, y Luther Dilby, Brace Mac Kinistry y Deuce-High Magoon, quienes debieron tener muy mala suerte en el Red-dog, para estar fuera jugando a la herradura. No recuerdo que nadie haya visto nunca a Deuce-High al aire libre, al menos desde que se quemó el Owl Hoot, hace seis años. Y él también estuvo a punto de achicharrarse, al tratar de sacar la mesa para poder seguir jugando la última partida.

Bien, estaban jugando una partida y Moose Loomis, un grandullón estúpido, iba a arrojar una herradura, cuando Jubal Bean, que es el más curioso del Owl Hoot, y bajito y tonto, se acercó demasiado. La herradura de

Moose se enganchó justo en la hebilla del cinturón de sus pantalones y Moose, sin darse cuenta, tiró la herradura, con Jubal incluido, hacia el lejano poste.

Bueno, el poste era la carabina «Sharps», con una recámara rajada que alguien metió a unos veinte centímetros de la boca del cañón. La herradura y Jubal salieron volando y, si bien la herradura falló por un kilómetro, la cabeza de Jubal chocó con el blanco y allí se quedó. Esto acabó con la partida, teniendo en cuenta que el blanco tenía un inquilino, al que nadie logró sacar de allí.

Luther Dilby, que sabe escribir bastante bien, puesto que es conserje del hotel de Borax Queen, pensó que Jubal necesitaba asistencia profesional, y me llamaron. Bajé de mi consultorio, situado en un piso próximo al almacén, y les ordené que cogieran palas para quitar la carabina del suelo, donde estaba plantada en su calidad de blanco, y que llevaran a Jubal al Owl Hoot. Esto hicieron entre tres, mientras Luther Dilby, un tipo pequeñajo, de piernas torcidas, corría a su lado, sosteniendo la carabina que sobresalía del cráneo de Jubal.

Le dejaron en el mostrador. Deuce-High estaba muy trastornado por haber tenido que interrumpir el juego de este modo, y hasta Luther Dilby dijo que si yo no podía curar a Jubal, acabarían de atravesarle el cañón de la carabina y enterrarían a su amigo en el hoyo donde antes habían clavado el arma, para que sirviera de blanco. De esta manera, podrían terminar la partida y el difunto Jubal tendría un bonito monumento encima de su tumba, monumento además muy útil para el juego de la herradura.

¡Cáscaras! No pensé que la cosa tuviera que llegar a este extremo, pues yo era un médico provisto de diploma en la Universidad de Medicina Interna, Externa y de Animales Inferiores, del Doctor Gideon Faustus (cursos por correspondencia), de Saint Louis. Además, estaba seguro de que Jubal Bean no poseía bastante cerebro como para que le molestase una cosa tan pequeña como el cañón de una carabina. Diantre, si era posible meter dentro del cráneo de Jubal un cubo lleno de pernos de ferrocarril sin llegar a tocarle el cerebro...

De modo que el trabajo no era demasiado interesante. Después, casi me

mareé de tanto contestar las preguntas formuladas por los mirones reunidos a nuestro alrededor, y por poco enfermo de escuchar la discusión de Deuce-High y Moose Loomis respecto al tanteo de la última tirada. Deuce-High afirmaba que la herradura no se había engarfiado en el cañón. Moose, por su parte, replicaba que era el propio Jubal quien se había unido a la herradura y que por consiguiente, formaba parte de la misma, así que había que contar el tanto.

Como Moose tenía las dimensiones de un algodnero, Deuce-High se hallaba en una situación de baja moral, por lo cual la discusión no tardó en derivar hacia si Moose había hecho más o menos tantos.

Como dije, mi mente divagaba. Y empecé a pensar en el tiempo que hacía que no me tomaba unas vacaciones. Pensé también en lo agradable que sería irme tal vez a una montaña, y en la caza, la pesca y todo eso. Me acordé asimismo de una chica india, a la que conocí, universitaria, y en su forma de cimbreade, y creo que pensé más en ella que en todo lo otro. Tanto fue así, ésta es la verdad, que no oí apenas la pregunta de Jubal.

¿He mencionado que ese cretino no tuvo la decencia de perder el conocimiento ni un solo momento, conocimiento del que carecía en todas las demás ocasiones? Bien, pues no lo perdió... Diablo, si casi todas las preguntas las hacía él. Tonterías como: «¿Qué tal va eso, *Doc*?», y «¿Tardará aún mucho, *Doc*?», y cosas así. Un cretino. La que menos me gustó fue: «Eh, *Doc*, ¿no irá esto a convertirme en un idiota?»

—Bendito seas, muchacho —le respondí, tan amablemente como pude—. Yo sólo soy un médico de pueblo, no un hacedor de milagros. Y no creo que puedas esperar ninguna mejoría.

Lo cierto es que estaba a punto de terminar. Moose y los demás tenían ya su poste y se disponían a acabar la partida. Mientras estaba terminando de cerrar la herida, advertí a Jubal que debía llevar un gorro que le protegiese la nueva sutura de su calabaza. Le vendé y le recomendé que durante un par de días se lo tomara con calma y, saludando ante los aplausos de los reunidos en el bar, me largué de allí.

Empaquetar el equipo que pensaba llevarme a la montaña no me costó mucho tiempo, pero sí me lo costó ensillar a «Pobre Harry», mi caballo

Morgan castrado. No sé exactamente qué papel le otorgó el Creador a «Pobre Harry» cuando lo puso en la Tierra, pero con toda seguridad no pensó en que fuese caballo. Ensillar a «Pobre Harry» era algo así como querer poner un camisón de noche a un huracán, y usualmente Jubal lo conseguía, pero no me pareció prudente pedírselo a causa de su delicado estado de salud. Cosas duras, pero éste es un país duro. Lo hice yo mismo.

Cuando terminé, «Pobre Harry» y yo ya no nos hablábamos. Trepé a la silla, le clavé ambos tacones en las costillas, y salimos del poblado como disparados por un rifle «Whitworth». Recorrimos casi tres millas antes de conseguir que «Pobre Harry» aflojara la marcha, diese media vuelta y se encaminase en la dirección por mí escogida.

Bueno, de este modo transcurrió la primera parte del trayecto, y así fue como, el primer día, hicimos unas cuatro millas y media. «Pobre Harry» tarda siempre un poco en adaptarse al espíritu viajero. Apenas habíamos llegado a las estribaciones del monte, llegó la hora de acampar para pasar la noche y, de no haber sido por la chica india, me habría vuelto animosamente a casa y habría matado al maldito caballo tan pronto como hubiera estado lo bastante cerca para ir andando. Pero continué adelante.

Encontramos un riachuelo donde acampar. Naturalmente, no llevaba agua, pues no era la época del año más apropiada para ello, pero sí había un árbol. Trabé a «Pobre Harry» al tronco para que si quería, pudiese pacer, y construí una fogata para freír un poco de tocino salado y habichuelas. Ya había anochecido, el fuego era bueno, y el café empezaba a esparcir su agradable aroma; entonces, «Pobre Harry» bufó y enderezó las orejas.

Yo también había oído el ruido. Al principio no fue tanto un ruido como una sensación, pero después se convirtió en un zumbido. Luego, mientras «Pobre Harry» se encabritaba a pesar de estar trabado, poniendo los ojos en blanco, el zumbido aumentó de volumen hasta parecer que todos los abejorros de la Creación venían hacia nosotros. Hubo también como un relámpago, y esa cosa planeó por encima de las montañas.

Fluctuaba. Tenía forma de medio globo, y venía hacia mí a unos treinta metros de altura, pulsando la luz cada vez con mayor brillo. Luego empezó a bajar, a bajar, y finalmente la luz resplandeció una vez más y la cosa aterrizó

en el suelo con un topetazo, a unos treinta pasos de distancia. En la parte posterior del objeto divisé una especie de lazo, como un timón de barco. El aspecto total de la cosa parecía una taza de unos cinco metros de diámetro, una taza volante.

El zumbido cesó cuando se apagó la luz, pero «Pobre Harry», sin dejar de patear, continuó relinchando y tirando de la cuerda. Sin embargo, no tuve tiempo de ocuparme de él, porque justo entonces a un lado de la taza volante, se abrió una portilla, salió un hombre y pegó un puntapié a la taza, lastimándose el pie.

Yo estaba como absorto delante del fuego, con una mano a medio camino del pote de café, y la barbilla en mis rodillas. Hay cosas para las que uno no está preparado. Pero se me empezaba a secar la boca, por lo que me levanté y la cerré. Tan pronto la hube cerrado, el fulano que había salido de la taza de té dio media vuelta y me vio. Vino hacia mí.

Ya me había dado cuenta de que estaba ocurriendo algo gracioso, y cuando él habló acabé de comprenderlo.

—*Guten Abend* —dijo— *Ich heisse Herr Doktor Johann von Stern. Bitte, wollen Sie mich...*

—Cierre el pico, peregrino —le atajó—. Y hable americano.

Esto le amoscó un poco, pero no se amilanó, sino que tartamudeó un poco, y al fin dijo:

—*Amerikanisch, Ja.*

Se inclinó, juntó los tacones, y regresó a su copa volante. Abrió la portilla, hurgó un poco en el interior, y volvió a salir con lo que parecía uno de esos cascos que solían ponerse para combatir los antiguos caballeros que salen en los grabados; y todo muy reluciente, con una especie de peine en lo alto. Sacó también una caja; lo llevó todo hacia el resplandor de la hoguera, y empezó a rebuscar dentro de la caja, entre lo que parecían bizcochos.

Sin embargo, no eran comestibles. Cogió uno, lo sostuvo a la luz como leyendo algo, y murmuró unas palabras como *Franzosisch... nein*. Volvió a meterlo en la caja, y *english... ach, sicher «nichts»*, o lo que fuese, y luego sacó otro bizcocho. Finalmente dio con el que buscaba. Lo insertó en una ranura del peine de su casco guerrero, se lo puso y apretó un botón delantero.

Estuvo frunciendo el ceño como si alguien le hablase y él escuchara con suma atención, aunque yo no oía nada.

Tal vez «Pobre Harry» sí oyera a alguien, porque continuó escarbando y pateando como un poseso. Mordisqueaba la cuerda, con las orejas erguidas y los cascos bailándole, hasta el punto de que creía que iba a tumbar al pobre árbol. Luego, el tipo de la taza volante volvió a apretar el botón y se quitó la olla de la cabeza. Se volvió hacia mi.

—¿Qué truenos es esto? —preguntó señalando a «Pobre Harry».

—Es «Pobre Harry» —le informé. Luego añadí astutamente—: Oiga, ¿acaso no hay animales como éste en el sitio de donde usted viene?

—Diablo, no... —contestó—. Aguarde un momento... seguro, los tenemos. Muchos. Sólo que nunca había visto a un «Pobre Harry». Quiero decir que he visto muchos, pero nunca reales y tan de cerca. No, lo que quiero decir es que debí olvidarlos. Huyeron de mi memoria.

—Cierre el pico —dije—. «Pobre Harry» es un caballo, más o menos. Usted nunca había visto un caballo, ni siquiera una vez, y va por ahí volando. Usted no es de este mundo, y viene de algún sitio del cielo. ¿No es verdad?

Me contempló con la tez pálida durante un minuto entero, y al final pronunció una palabra brusca y breve que no había oído nunca, aunque comprendí su significado.

—Está bien —prosiguió—, ¿cómo lo supo?

—Cáscaras, hombre, sólo con mirarle —respondí—. Jamás había visto un equipo más extraterrestre desde que nací. No me engañó ni un segundo.

Y así era: llevaba una especie de sombrero peludo y raro, apenas sin ala, y una brocha de afeitar en la cinta. Su chaqueta era demasiado corta, y lucía unos pantalones de piel que apenas le llegaban a las rodillas, sujetos por unos tirantes bordados, unos calcetines de lana gruesa y unos zapatos muy graciosos. Cualquiera hubiese podido ver que no era humano.

No obstante, no se contempló, sino que dirigió su mirada hacia mí, como si estuviera dolido por algo.

—¡Esos imbéciles de la Sección L! —rezongó—. Me dijeron que éste era un atavío muy corriente en este país. Le aseguro que lo pondré en mi informe. —Se calmó un poco y suspiró—. ¿Qué otra cosa cabe esperar de la

Sección L? —me preguntó.

Yo no lo sabía.

—Bien —prosiguió el fulano—, tendremos que espabilarnos lo mejor que podamos, a pesar de esta plancha. ¿Puede usted guiarme hasta Munich?

—¿Munich? —repetí—. ¿Qué es eso?

—Claro, Munich —me contestó, un poco cabezota—. Se supone que está a unos ocho kilómetros de aquí —me miró fijamente, como si pensase que tal vez yo ya había comprendido lo que era la Sección L—. Es la mayor ciudad de Baviera, ¿verdad? Porque estamos en Baviera, ¿no?

—Que yo sepa, no —le expliqué—. Estamos a tres mil kilómetros de Batavia, Nueva York, cerca de Rochester, si esto le sirve de ayuda. Será mejor que busque a otro guía, pues yo no quiero responsabilidades. Y la única ciudad de estos parajes donde no se pondrán históricos si usted la llama gran ciudad, es San Francisco, a unos ochocientos kilómetros en la otra dirección. Nunca he estado allí.

Me miró fijamente.

—San Francisco se halla en los Estados Unidos de América —recitó.

—Exacto.

—Lo cual indicaría que nosotros, en este momento, estamos en los Estados Unidos de América —murmuró, jugueteando con el casco que tenía en sus manos.

—Cierto —asentí.

—Y si estamos en los Estados Unidos de América —agregó—, no es posible que estemos en Europa.

Su voz empezó a aumentar de volumen.

—Esto es muy razonable —accedí.

—Y si no estamos en Europa, no podemos estar, cerca de Munich, que está en Baviera, Alemania —concluyó, empezando a temblar.

—Así es —observé.

—Y si estamos en los Estados Unidos de América —repitió, elevando el tono de voz—, y no estamos cerca de Munich, en Baviera, Alemania, que está en Europa... —ya casi chillaba—, que es donde me destinaron, donde la Sección L me aseguró que estaba programado mi aterrizaje... —estaba ya

dando grandes voces—, entonces... ¡NO PUEDO CUMPLIR MI MISIÓN!

Y arrojó el casco al suelo con tanto furor que rodó unos doce metros, brillando a la luz de la hoguera.

Comprendí que estaba enfadado por algo, así que no dije nada. Cuando el casco cayó al suelo, el bizcocho que él le había insertado salió, por lo que me agaché a recogerlo. Era transparente como el vidrio, pero con unas ligeras manchas de algo que parecía oro, y una especie de lema impreso. Decidí no soltar el bizcocho hasta que la cosa se hubiera calmado un poco.

Aquel tipo no tardó en tranquilizarse.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Y yo he firmado por esto!

Se abalanzó hacia el casco, lo cogió como si fuese un huevo de gran valor, le quitó el polvo, lo limpió con la manga de su ridícula chaqueta, y volvió a dejarlo junto a la caja de los bizcochos como si se tratase de una corona de diamantes. Cuando hablé, pegó un salto como si yo no estuviese allí.

—Eh, quienquiera que usted sea —le espeté—, ¿quiere un poco de café?

—Claro —asintió—, y quizá también un poco de ese líquido caliente del pote.

—Muchacho, seguro que usted no es de aquí —sonreí, dándole una taza—. ¿De dónde es, exactamente?

—Pues no lo sé. Bueno, la nave se halla por allí... —agitó la mano libre en dirección al firmamento nocturno—, pero cuando pienso en lo muy lejos que estoy de mi casa y de mi madre, me pongo realmente enfermo.

Olisqueó el café caliente, casi hirviendo, y se lo tragó como si fuese leche tibia.

—¡Verdaderamente excelente! —comentó—. ¿Puedo beber más?

Le serví otra taza, y puse en dos platos un poco de tocino salado y unas habichuelas para mí, y otra ración para él, por no parecer descortés. Por lo visto, no había visto nunca un tenedor, pues estuvo a punto de intentar comer por el otro extremo; pero se fijó en mí y corrigió el error.

Bueno, empezamos a charlar. Resultó que no tenía ningún nombre por el que yo pudiera llamarle, y sólo una letra de su alfabeto y una cifra muy larga a continuación, como todo quisque de su mundo: Dzhon, a unos treinta y

siete millones... de algo. Me figuré que sería más fácil llamarle John.

John me contó que no era un explorador regular, como cabía esperar de un tipo que acababa de salir de una taza volante, procedente del espacio. En realidad, era una especie de funcionario subalterno del gobierno de su mundo, y el que decidía en estos asuntos había pensado que John poseía una aptitud especial para la misión encargada. Claro que la misión era un secreto...

—Bien, John —le pregunté— ¿acaso esta misión secreta tiene como fin la destrucción de nuestro mundo? Porque, la verdad, no me gustaría compartir mis judías con alguien que pensara liquidarnos.

—¡Oh, no! —negó al momento—. Bueno, no lo creo. En realidad, tengo la impresión de que mi misión puede ser beneficiosa. Sí, lo sería. A la larga. Al menos, ésta es mi impresión.

Parecía muy solemne y misterioso.

Y también parecía muy joven. Naturalmente, pensé que, de esto, yo no tenía la menor idea. He visto oficiales como él en la última Guerra de Rebelión, muy atareados y reventando de secretos, y ninguno de ellos sabía qué significaban. Una especie de mensajeros, que no hacían mal a nadie.

Pero si John quería mostrarse solemne, no era yo quién para impedirselo. De todos modos, en aquel momento se puso en pie como si le hubieran arponeado.

—¡Jehoshaphat! —exclamó—. ¡Tengo que volver! Se estarán preguntando dónde estoy.

Se dirigió hacia la taza volante. De pronto, se detuvo, retrocedió y recogió el casco y la caja de bizcochos, que metió dentro de su máquina. Luego sacó una especie de cazo, pareció ponerlo en marcha y escuchó, con la herramienta pegada al oído, como si esperase que el cacharro hablase. Naturalmente, debía estar recibiendo instrucciones.

Aunque... Jehoshaphat, era gracioso pensar que yo tenía aquel maldito bizcocho en el bolsillo. En efecto, era casi todo el idioma americano comprimido en aquellas manchitas de oro. Cuando él metía el bizcocho en el casco, y éste en su cabeza... ¡caramba!, lo que hacía el bizcocho era enseñarle el lenguaje que precisaba, en menos tiempo del que se tarda en contarle.

Esto me lo había explicado él. También me contó que nunca había manejado una taza volante. Lo único que sabía de ello era que en la gran nave nodriza, que estaba en algún lugar del espacio, había unos estúpidos de la Sección D; lo único que él tenía que hacer era sentarse hasta el momento de aterrizar. Luego tenía que salir, y hallarse donde le habían dicho, o sea cerca de Munich, en Baviera, Alemania. No aquí.

Supuse que era esto lo que explicaba por medio del trasto que tenía en la mano, porque se esforzaba por hablar en una lengua que jamás había oído. Primero hablaba él, luego callaba mientras le hablaban, volvía a murmurar algo, y escuchaba de nuevo, y así sucesivamente. Finalmente, gritó la misma palabra brusca y corta de antes, que yo creía saber qué significaba. Después de una pausa, añadió algo que podía sonar como «señor» en su jerga, y guardó el cacharro telefónico en la taza volante.

—¿Ocurre algo? —inquirí.

Resplandeció, respiró con fuerza y suspiró.

—La Sección D —explicó, como si esto lo aclarase todo, cosa que tal vez era cierta—. Afirman que las calibraciones eran exactamente correctas, y que yo debería estar donde me destinaron, o sea en Europa. Dijeron que no existe posibilidad de error, porque la carga, el rumbo y la duración del vuelo los calcularon cuidadosamente por anticipado... los oficiales veteranos, muy superiores a mí en jerarquía.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Naturalmente, de haber aumentado el límite de peso asignado, esto habría trastornado los cálculos, pero como es natural, yo estaba plenamente enterado de la posibilidad de una grave acción disciplinaria si me atrevía a tal negligencia. Y si no la cometí, entonces debería estar en Alemania. *Hoch der Kaiser!* ¡Estúpidos!

»Pero no lo hice, lo juro —continuó, quejoso—. Se trata simplemente de fallos suyos. Yo no metí en mi máquina nada más que lo ordenado.

—Bueno, pero, ¿y su amigo? —le recordé—. Porque antes vi que alguien se movía en la cabina de la copa.

—¿Cómo...? —exclamó. Luego miró hacia donde yo indicaba—. ¡Ah! —chilló.

Metió la mano dentro y la sacó.

Nunca había visto nada semejante. Era como un puma, de pie sobre sus patas traseras. Mas, de pronto, vi que las patas no eran como las de un puma, sino articuladas como las de los seres humanos, a pesar de toda la pelambre y la larga cola. Y también observé que, aunque estaba cubierta de pelo, la cara no era como la de un puma. Y sé que todos estos animales son mamíferos, por lo que comprendí que, a este respecto, aquel ser tampoco era un puma.

Vi que el hecho de no llevar vestidos no parecía avergonzar en absoluto a aquel ser; a mí sí, un poco.

A John, esto no pareció importarle. No le dijo una sola palabra al ser o animal, ni siquiera lo miró, aunque sí lo cogió por la muñeca, la pezuña o lo que fuese.

—¿Ve esto? —me preguntó, tan furioso como un chiflado—. ¿Ve esto? ¿Sabe qué es?

Contesté que no lo sabía exactamente.

—Pues es el motivo de que ahora no esté en Baviera, cumpliendo mi misión —explicó John—. Esto es el peso extra de que habló el idiota de la Sección D, la sobrecarga que destruyó los cálculos previstos. Debí escurrirse a bordo y se ocultó en el compartimiento de carga, mientras yo me disponía a volar.

De pronto, se puso un poco retórico.

—¿Cómo puedo informar de esto? ¿Se imagina lo que dirán esos macacos de la Sección D? ¿Qué dirá el jefe de sección al comandante de la nave, y el comandante de la nave al jefe de operaciones de mi mundo? ¿Y qué cree que el gran jefazo le dirá al gran jefazo que rige mi departamento?

No supe qué contestar.

—¡Oh! —gritó John, teatralmente—. Ya lo estoy viendo. El pequeño memorándum del departamento al sector y a la división, para ir a parar a las rodillas del jefe de mi sección, aquel idiota, con todos los pequeños añadidos. ¿Calcula cuál será mi próxima evaluación de aptitudes? Yo sí lo veo y permita que se lo diga. Con gran claridad. No veo ninguna posibilidad de ascenso...

Hizo una leve pausa.

—¡Y todo por culpa de... de... —le retorció la muñeca a su acompañante — de éste!

—No creo, amigo John —conseguí responder—, que deba hablar de ese... ser, delante suyo de este modo. Aunque le haya fastidiado un poco los planes, una nimiedad; bueno, quiero decir un poco. Y a propósito, ¿quién es?

John dejó caer el brazo como si le quemara el contacto.

—¡Mi maldita nodriza! —aclaró—. Esta es.

—¿Cómo? —exclamé.

En realidad, John me había parecido más maduro.

—Oh, es mi sirvienta, mi... esclava, llámela como guste. En cuanto a mis palabras, no entiende una sola de las que digo. Bueno, en realidad, hace poco, yo tampoco hubiera entendido ninguna. Es una aborígen primitiva, no mucho más que un animal, incapaz de entender más que algunos gestos muy simples de las manos. Cada uno de nosotros, los humanos, tenemos una, pero le aseguro que dan muchas más molestias que ayuda, y lo ocurrido ahora lo demuestra.

Tal vez fuese así, pero en los ojos de la «nodriza» observé un destello de simpatía, a pesar de mantenerlos fijos en el suelo, destello que no suele verse en los ojos de ningún animal. Y sin embargo, cuando finalmente John se volvió hacia ella y agitó la mano de una manera especial, la nodriza se alejó un poco y se sentó quedamente sobre una piedra contemplando a su amo.

John ya estaba mucho más tranquilizado.

—Oh, diablo —exclamó—. Supongo que sólo trataba de hacer aquello para lo que la adiestraron. Siempre quieren ayudar y no hacen otra cosa que estorbar. A veces no sé ya quién es el amo y quién el servidor, o quién ha de cuidarse del otro.

—Hum... —gruñí—. ¿Cómo se llama ella?

—¿Llamarse? No creo que tenga ningún nombre. Yo he... Oiga, ¿por qué ha dicho «ella»? ¿De veras es una hembra? Es extraño, ha estado a mi lado desde que yo era niño y ella cachorro, y nunca me fijé en tal cosa. Y jamás la llamé por un nombre. Simplemente, siempre ha estado conmigo.

Impulsado por un presentimiento, me acerqué a la nodriza y me situé a su lado, muy quieto, para que se acostumbrase a mí. Por fin dejó de mirar a su

amo y trasladó sus ojos hacia mí, aunque desviando a veces la mirada para asegurarse de que su amo no necesitaba nada.

Indiqué a John.

—Dzhon —dije. Me señalé a mí mismo—. Hiram.

Luego, la señalé a ella y aguardé.

No puedo asegurarlo, claro, pero me pareció que estaba estrujándose la mollera bajo todo su pelo. Luego miró a John.

—Dzhon —murmuró con voz ronca, casi un ronroneo. Me señaló a mí y pronunció algo que sonó como—: Chrrum —lo cual no estaba mal. Por fin, añadió—: Chti.

Estuve tentado a rascarle detrás de las orejas, pero no me atreví. Me incorporé y me acerqué a John.

—Se llama Kitty —le dije.

A John le importó un comino, porque debía de estar reflexionando en lo que le aguardaba con la cadena de jefazos de su mundo. Luego suspiró (los jóvenes suspiran mucho, pues tienen motivo para ello), y se apartó de la fogata.

—Será mejor terminar con esto cuanto antes —murmuró.

Cogió el aparato por el que había hablado antes, manejándolo como si fuese su propio nudo corredizo.

—Oh, ya estoy viendo el memorándum... —musitó.

Acto seguido ejecutó las operaciones oportunas para poder hablar.

Las disculpas suenan igual en cualquier lengua extraña, y John empezó con una. Comprendí que tenía para rato, de modo que volví al lado de Kitty, le cogí las manos y la obligué a levantarse, enseñándole la forma de atender el fuego.

Lo aprendió con rapidez, aunque no dejaba pasar muchos segundos sin mirar a John, para ver si necesitaba que le limpiara la nariz o algo.

Cuando llevábamos ya un rato junto al fuego, su nariz, que era rosada y sin pelos, como la de un gato, empezó a arrugarse, y tímidamente señaló el tocino y las judías del cazo, que habían sobrado. Pues bueno, como vi que tenía dientes y colmillos, le di un poco.

Para tratarse de un felino, comía con aseo, y una vez hubo aprendido el

truco de comer con tenedor lo hizo, no mejor que John, pero tampoco peor. Cuando en la taza le vertí un poco de café, caliente y fuerte como para mellar el acero, se lo tragó igual que John, sin pestañear siquiera. En el mundo del que procedían ella y John debían de tener gargantas de bronce.

Luego levantó de nuevo la vista, como hacía casi continuamente, para mirar a su jefe, y esta vez abrió mucho los ojos y dejó caer el tazón. Di media vuelta y allí estaba John, con aspecto deprimido, humillado, asustado, con diez años más encima. Me espetó una retahíla de palabras, que en cualquier idioma hubieran sonado como pistoletazos. No me moví.

—¡Tiene que entenderlo! —dijo, suplicando—. No soy más que un funcionario bisoño agregado a una unidad militar. He de hacer lo que me ordenan, aunque ellos no lo vean, aunque se nieguen a comprender cuál es la verdadera situación. He intentado explicarles... oh, de veras, pero...

—Muchacho —le interrumpí—. En cualquier caso, no estoy especialmente preparado para ir al encuentro de mi Creador, pero tampoco me gusta hablar mucho de la muerte. Si esa gente de allá arriba le han ordenado matarme... cuanto antes mejor.

John pareció muy asombrado.

—Oh, no se trata de eso —aclaró—, gracias a Dios. He tratado de explicarles que, debido a la presencia a bordo de... de Kitty, la nave ha aterrizado en otro país. Y me han contestado que el que tiene que corregir los fallos menores soy yo, o me veré delante de un tribunal militar. Sus órdenes, me han recordado, fueron que aterrizara y buscara un guía que me condujera a Munich, y puesto que al parecer he encontrado uno, he de seguir adelante con la misión.

—Eh, un momento... sólo un maldito momento... —empecé a decir, pero John no me prestó atención.

—Traté de explicarles —prosiguió—, que usted es americano y no alemán, pero ellos juzgan que ésta es una diferencia nimia. Les he dicho que desde aquí hasta Europa hay miles de kilómetros. Quizá, al fin y al cabo, debo dar gracias porque me hayan comprendido en parte, ya que me han explicado cómo debo reajustar los mandos del platillo para que nos lleve a Baviera. Oh, sí, quizá debiera darles las gracias..., pero no se las doy.

—Tampoco yo —observé—, porque no voy a ir. Además, ¿qué haríamos con Kitty?

—Como asunto de necesidad militar —replicó John—, supongo que tengo que deshacerme de ella. Y usted vendrá conmigo, porque las órdenes son órdenes. Y más, las órdenes militares.

—Yo soy un simple paisano —objeté.

Al momento, le sacudí un directo a la mandíbula. Cayó como un saco lleno de fajas de señora.

Bueno, afortunadamente Kitty carecía de colmillos, porque de lo contrario me habría destrozado. Tal como fue, ya tuve bastante trabajo con la furia que experimentó al ver caer a John, y no puedo sentirme muy orgulloso de la forma en que la calmé. Le aticé otro puñetazo.

Y allí estaba yo, con los dos tumbados en tierra, y obligado a tomar varias decisiones. No estaba especialmente preocupado por John, puesto que ya en otras ocasiones he tenido que enfrentarme con esa clase de leales, pero estúpidos individuos, y además tenía su pistola... o lo que fuese, metida en mi cinturón. Kitty era la que me ponía en un aprieto.

Finalmente, decidí una jugada. Fui hacia la taza volante, cogí el casco comunicador, saqué la cuerda del arzón de la silla de «Pobre Harry» y até a Kitty de forma que, cuando volviera en sí, no pudiese mover ni un músculo. Después, la obligué a oler los aromas del amoníaco que llevaba en mi maletín.

Cuando se le hubo aclarado el cerebro, trató de librarse de las ataduras, mas al ver que no podía y observar que todavía no había muerto nadie, pareció tranquilizarse un tanto. Fijo sus ojos oblicuos y verdes en mí, esperando. Le enseñé el casco y vi que sabía para qué servía. Le señalé la cabeza, y luego mi boca. Al cabo de un minuto asintió.

Con pelo o sin él, era una hembra que no perdía el tiempo en palabras. Deseé que el casco no la cambiase.

Se lo metí en la cabeza, inserté dentro el bizcocho del idioma americano que yo tenía en el bolsillo, apreté el botón de delante, y esperé mientras ella arrugaba la frente muy concentrada, aprendiendo lo que le enseñaba el casco. Finalmente, volvió la vista hacia mí.

—Ya puede parar el aparato, Hiram —dijo.

Lo hice. La primera parte de la operación había dado resultado.

Ahora, la segunda parte.

—Si la desato, ¿se estará quieta mientras le explico lo que pienso hacer y por qué le aticé a John?

No contestó inmediatamente; cosa que tomé por buena señal. Luego asintió y la desató. Se frotó las zonas donde la cuerda había apretado, y le serví otro tazón de café como prenda de paz.

—Bien —murmuré—, lamento mucho haber tenido que pegarle y atarle, pero John y yo hemos hablado de algunas cosas que usted no podía entender, pues hablábamos en americano. ¿Sabe usted por qué han enviado aquí a John, el motivo de su misión?

Asintió.

—No tendría que saberlo, ni hubiese debido subir a bordo de la nave —se excusó con voz aterciopelada—. Pero sé que tiene que hacer algo en un lugar llamado Alemania, y que esto no es Alemania, y que usted ha de acompañarle a donde tiene que ir. Parte de esto lo oí a bordo de la nave antes del lanzamiento, y parte aquí, cuando mi amo habló con sus jefes.

—¿Sabe que le han ordenado dejarla a usted aquí? —le pregunté.

Tardó un poco en responder.

—No —susurró—, no lo sabía.

Los dos permanecimos unos instantes contemplando el fuego.

—No importa —dijo ella al fin—. Yo no importo. Usted tiene que ayudarle a llegar a Alemania. En caso contrario, Hiram, John lo pasará muy mal.

No tuve tiempo de replicar porque en aquel momento John empezó a moverse. Se retorció un poco y balbució con toda claridad:

—*Ay glife emm say hoke swy* —o algo que sonó así.

Miré a Kitty, pero estaba tan asombrada como yo. Luego, John abrió los ojos, se incorporó gruñendo y se frotó la barbilla. Nos vio, y de pronto su amor propio le dolió más que el mentón.

—¿Va a armar jaleo, John? —le pregunté—. Tenga en cuenta que aún no sé manejar su pistola o lo que sea, y que me duele la mano por los puñetazos.

No me gustaría tener que empuñar mi «Merwin y Hulbert», y agujerearle a usted la piel, si armara camorra, John.

—No armará nada —dijo Kitty rápidamente.

John, sin embargo, pareció no haberla oído.

—No —afirmó con tono cansado—, no armaré jaleo. ¿Qué piensa hacer usted? En realidad, ya no importa lo que me suceda, pero no hay necesidad de que ocurra nada...

Su voz quedó flotando en el aire.

—Bien, he estado reflexionando —le informé—. Kitty, ¿quiere darle una taza de café a John, y otra a mí, si no le molesta? John, ¿asegura que su misión en Alemania no perjudicará a mi mundo?

Asintió y cogió la taza de manos de Kitty sin darse cuenta, en realidad, de que su nodriza se la entregaba.

—Gracias, cariño —le dije cuando me dio otra taza a mí—. Bueno —continué—, cuando nos conocimos, John, yo estaba a punto de disfrutar de unas vacaciones. Y he pensado que si su misión es pacífica, y usted va a verse metido en un buen lío si no la lleva a cabo... entonces no hay motivo alguno para que yo no pase mis vacaciones en Alemania, pues a mi me da lo mismo. Nunca he estado en aquel país.

Hice una pausa y añadí:

—Pero... una cosa. Hemos de llevar a Kitty al poblado y buscarle alojamiento. No vamos a dejarla suelta por ahí, John.

Seguro que si John hubiese tenido rabo, lo hubiera agitado alegremente. Kitty sí tenía uno, pero bastó con su mirada. Gracias a los dos, casi enfermo al comprender cuánta era mi amabilidad.

Pese a todo, aún quedaban muchos planes por trazar. Los discutimos camino de la población. Por un lado, John todavía llevaba aquellos ridículos pantalones de piel, cortos, y me costaría bastante encontrar unos que fueran decentes para él. Por otro, teníamos que hallar un refugio apropiado para Kitty. Finalmente, Kitty tenía mucho pelo. Y esto podía provocar habladurías.

Y había algo más, con lo que yo no podía hacer nada. Kitty hablaba muy poco, pero de vez en cuando soltaba algo muy sensible. John no parecía oírla

nunca, y yo tenía que repetírselo. Al parecer, los de su mundo no solían hablar con las nodrizas y, naturalmente, no iban a empezar ahora.

A propósito, Kitty iba montada en «Pobre Harry» y, por una vez, el caballejo parecía contento. Kitty se presentó a él antes de trepar a la silla puesto que, naturalmente, nunca había visto un caballo, y el maldito y testarudo animal le ofreció muy a gusto su flaco lomo como si fuese el del mejor cebado poney. Lo cual era suficiente para trastornarle a uno el estómago.

Dejé a Kitty y John en un bosquecillo de algodonereros, fuera del pueblo, para ir en busca de algunas ropas, y cuando volví con unos pantalones para él y un vestido de cretona y un gorrito para ella, seguían sin dirigirse la palabra, a menos que hablaran por signos. Con las nuevas prendas, y si Kitty mantenía su cola enroscada a una pata (no estaba mal con el vestido, si se considera que jamás había llevado ninguno), podían pasar por personas normales si se mantenían en la sombra, cosa muy importante.

Decidí que el mejor refugio para Kitty era el hotel. Pensaba en Sidney, el hijo de mi patrona de la Elysian Fields Boarding House, que estaba convaleciendo de una fiebre escarlatina. Si Kitty se quedaba en su habitación y le subían la comida, estaría bien y, en caso de que ocurriese lo peor, podía afeitarse. Además, yo no estaba muy seguro de cómo mi patrona, la joven Widder Purity Poplowsky, recibiría a una amiga mía, con o sin pelambreira, puesto que, más o menos, estaba bastante chalada por mí.

De modo que lo mejor era llevarla al hotel. Y hacia allí fuimos.

Los dos se quedaron un poco apartados de la luz que reflejaba la lámpara del porche del Borax Queen, mientras yo ataba a «Pobre Harry» a la barandilla y entraba para hablar con Luther Dilby, el conserje de noche. Felizmente, no había por allí los holgazanes y vagabundos que siempre se sientan en el porche, y sólo algún borrachín en el vestíbulo, adormilado, por lo que pude hablar tranquilamente con Luther sobre un problema suyo, mientras Kitty y John entraban calladamente y empezaban a subir por la escalera.

Lo malo fue que, en aquel instante, un minero que, por lo visto, se había gastado tres cuartas partes de su paga, entró trastabillando. Bien, le conté a

Luther que la pareja eran unos amigos míos de Saint Joe, Missouri, lo cual no era exacto, y les registré; y ya me dirigía a la escalera, cuando ambos se detuvieron en el descansillo para dejar pasar al minero borracho. Había allí una lámpara colgada del techo, y cuando el minero pasó ante ellos les miró a la cara, como a veces hacen los borrachos. Tal vez esperando que también los demás estén achispados.

Pues, cuando miró bajo el gorrito de Kitty, lanzó un aullido.

—¡Eh..., mi... miren lo que tenemos... aquí! —gritó, con voz pastosa—. ¡Una dama barbuda! Tenemos al circo en el pueblo, ¿eh? Y tú eres una de las atracciones, ¿verdad, cariñito?

Juraría por todo lo jurable que Kitty ignoraba qué era una dama barbuda, un circo y un «cariñito». Pero las señoras tienen oídos muy sensibles a los tonos de voz, y lo cierto era que cuando se enfadaba (como hizo conmigo cuando zurré a John), se le enderezaba el rabo.

Y eso ocurrió. El minero saltó hacia atrás, muy asustado, cosa bastante peligrosa en el rellano de una escalera. Se cayó de espaldas, y acabó el resto del camino saltando, lo cual me produjo cierta satisfacción..., pero el mal ya estaba hecho. Es maravilloso de qué manera un pueblo desierto puede quedar atestado por una multitud cuando alguien chilla.

Naturalmente, subí rápidamente por la escalera saltando por encima del minero, pero antes de llegar al descansillo, el vestíbulo ya estaba lleno de idiotas que preguntaban:

—¿Qué es esto?

—¿Dónde está la mujer barbuda? ¿A quién han matado?

Y Luther Dilby estaba en el centro del corro.

Empujé a Kitty y John hacia arriba y luego por el pasillo, hacia la *suite* de recién casados, cuya llave me había entregado Luther. John se lo habría pensado un poco, de haber sabido qué era una *suite* nupcial. La muchedumbre trepaba ya detrás de nosotros. Irrumpí en el cuarto y, tan pronto como mis amigos cruzaban el umbral, cerré de un portazo, giré la llave, y me apoyé contra la puerta para recobrar el aliento, en tanto los imbéciles estaban fuera aporreando con fuerza. Fue entonces cuando comprendí que la cosa no había terminado.

Kitty estaba de pie junto a la puerta, ¡con la cola atrapada por ésta!

No dijo nada, pero tampoco se sentía muy feliz. Nos hallábamos en un verdadero apuro, ya que si ya abría la puerta para liberarla, todos los estúpidos se abalanzarían sobre nosotros, y seguro que se armaría la gorda.

No había tiempo para celebrar consejo de guerra, ya que aquellos tipos eran capaces de derribar la puerta para satisfacer su curiosidad. Teníamos que salir de allí, de modo que hice lo único que podía. Saqué un cuchillo «Russell Barlow» y corté la cola de Kitty.

Esta parpadeó, pero no se quejó, aguardando mis órdenes. Fui hacia la ventana y, milagrosamente, logré abrirla. Por otro milagro, vi que daba a un porche lateral que tenía unos peldaños hasta la calle. En el pasillo seguía aumentando el alboroto, y la puerta empezaba a temblar.

—Id por esa calle lateral hasta la esquina y torced a la derecha —le ordené a Kitty—. La tercera casa a la izquierda es la pensión Elysian Fields. Decidle a la dueña Widder Poplowski, que vais de mi parte. No podéis perderos, porque hay geranios en el alféizar de la ventana y un signo de cuarentena en la puerta. Yo iré tan pronto pueda. Ya sé que esto tendría que decírselo a su amo —añadí—, pero a veces no está muy atento. Y ahora... ¡rápido!

Se marcharon y, apenas tuve tiempo de verles doblar la esquina, la puerta cayó derribada. Luther Dilby iba al frente de la muchedumbre que entró en el cuarto como un alud, con la cola de la pobre Kitty en la mano.

—¿Dónde está la dama barbuda? —gritó.

Le miré en son de reproche.

—Si te refieres a los recién casados, señor y señora Abner J. Waldo, que han venido aquí para pasar su luna de miel, esperando gozar de la soledad que la gente civilizada generalmente suele conceder a las parejas en tan delicada situación, apenas han tenido tiempo de saltar por la ventana, y ya deben de estar a medio camino de Saint Joe. Espero solamente que logren burlar las atenciones de los rufianes como vosotros y de los canallas que aún hay abajo, malditos sean.

Arrebaté de la mano de Luther el fragmento de rabo de Kitty.

—Ah —exclamé—, ya veo que has cogido este pedazo de pelaje de la

novia, valioso regalo de sus padres. Trataré de devolvérselo, pues lo tiene en gran estima.

Entonces divisé una cabeza conocida entre el gentío, tratando de ver con grandes dificultades a causa del vendaje.

—¡Eh, Jubal Bean! —grité—. ¿No estás enfermo? ¡Vete inmediatamente a la cama... y lo mismo os digo a todos!

Nadie desobedece a un médico cuando levanta la voz, y todos se largaron. Me prometí ulteriormente añadir un poco de pimienta de cayena en la primera medicina que preparase para Luther Dilby. Cuando todos se marcharon, salté por la ventana hacia la pensión de Widder Poplowski.

En resumen, cuando llegué a la pensión todo estaba tranquilo. La Widder y Kitty se portaban muy bien y, mediante discretas indagaciones me enteré de que Widder había curado la herida de Kitty, a la que ya no le importaba la falta del rabo ni que yo se lo devolviera. Aparte de que John estaba un poco nervioso, todos estábamos en buena forma. Al día siguiente, John y yo nos dirigimos a su taza volante, a fin de trasladarnos a Alemania.

Considerando que era la primera vez que volaba, tanto yo como alguien que yo conociese, el viaje hasta Baviera no resultó agitado. Quiero decir que en esa clase de travesías, o se muere uno al instante, o no se muere, y está uno demasiado mareado para ver nada. Lo que ocurre, en realidad, es que parece como si nada se moviese y, de repente, te encuentras en otra parte.

Sin embargo, tuve que ponerme el casco y, aprender a hablar en alemán. Esto resultó muy divertido, porque de repente supe todas las palabras extranjeras que no conocía... incluso palabras alemanas cuya traducción no conocía en americano. Me habría gustado probar con el bizcocho americano para ver qué sucedía, pero no dije nada porque me lo había dejado en el otro traje y no quise que John lo supiese.

Tardamos sólo tres horas y media en llegar a Alemania, y no me sorprendería que esto fuese una marca. John, una vez hubo reajustado los mandos tal como le habían ordenado, no tuvo que hacer nada, lo cual estuvo bien porque no sabía más que yo respecto a la taza volante. Aterrizamos en un pequeño claro, entre siemprevivas, sin que ninguno de los dos tuviéramos que mover ni el dedo meñique, y sin que ocurriese ningún incidente

imprevisto.

Salvo que estuvimos a punto de matar de un susto a un campesino que vestía igual que John, claro. La Sección L había dicho lo que se podía hacer en un caso semejante, y debían tener razón, pues cuando el hombre volvió en sí, ni siquiera parpadeó.

John le espetó la misma frase que a mí:

—*Ich heisse Herr Doktor Johann von Stern...* —etcétera.

Pero comprendí que estaba pronunciando su nombre, entendiendo además el resto de la frase, en la que pedía la dirección de Munich. Lo cierto es que John pareció un poco defraudado cuando resultó que Munich quedaba a unos ocho kilómetros de distancia, ya que deseaba tener algo de que poder acusar a la Sección D. Pero entonces ya tenía buen humor, ya que estaba a punto de poder llevar a cabo su misión.

Tenía preparado un cuento para entrar en la casa, pero lo que sucedió fue que el campesino nos condujo ante el magistrado de la ciudad, y el magistrado nos condujo ante el Barón von No-Sé-Cuántos, y el barón nos condujo a..., bueno, aquí empecé a perder la pista. La verdad es que, entre entrevistas, audiencias y no sé qué más, perdimos una semana. Por lo visto, el cuento que la Sección R había pergeñado para John era que la taza volante era un globo de observación experimental, diseñado por el Estado Mayor Imperial de Berlín, lo cual abrió muchas puertas.

Demasiadas.

La Sección M, que resultó tenía mucha gente observando nuestro mundo, no había pensado en todas estas ceremonias, embelecocos y retrasos. Todos los días regresábamos a la taza volante para informar de lo ocurrido, y el comandante de la nave se iba hartando de todo ello hasta que, por fin, le ordenó a John que se dejase de zarandajas y siguiese adelante con la misión.

Le pregunté a John que si la Sección M tenía en la zona a sus propios Pinkerton (por si alguien no lo sabe, aclararé que son los mejores detectives americanos), por qué no los utilizaban para llevar a cabo la maldita misión.

—No lo sé. Tal vez esto no entre en sus deberes —replicó—. Lo único que sé es que probaron a varios individuos de mi sección, todos padres o hermanos mayores de una gran familia. Yo no estoy casado, claro, pero tengo

cuatro hermanos menores, seis hermanas más pequeñas que yo, y una de la que no estamos aún seguros. Y me eligieron a mi.

Asentí sin entenderle mucho.

—Tal vez tenga algo que ver con la voz —continuó John—, porque en los ensayos nos hicieron hablar mucho. Quizá lo que he de hacer requiera una voz especial, y sea yo el único que la posee. Diablos, Hiram, ¿quién sabe por qué los idiotas de la Sección T hacen una elección?

En conjunto, esto me hizo pensar de nuevo en el ejército. No hay que preguntar cómo hacerlo, o por qué hay que hacerlo, o por qué tú eres el elegido... Sólo hay que obedecer y presentarte a informar después.

Lo cual me recordó que yo todavía ignoraba cuál era la misión. Cada vez que le interrogaba sobre eso, John se mostraba misterioso y solemne, y me daba una conferencia sobre secretos oficiales. De buena gana le hubiera zurrado, pero le apreciaba ya y, además, era muy joven. Pero cuando le ordenaron dejarse de pamplinas y seguir adelante, volví a interrogarle.

Empezó a ponerse pesado y, al fin, se encogió de hombros.

—Bueno, está bien, te contaré lo que sé —dijo. Entonces ya nos tuteábamos. Se aclaró la garganta—. He de decirle algo a un bebé.

Tras una pausa de un minuto balbucí:

—Lo que quieres decir, John, es que has viajado durante un millón o miles de millones de kilómetros, y unos miles más conmigo y te has metido en tantos jaleos, y Kitty ha perdido el rabo, sólo para poder decirle algo a un bebé, ¿verdad?

—Exacto —asintió él.

Que me aspen si volvía a preguntarle nada. Bien, sucedió que aquella tarde estaba libre en nuestro calendario social, por haberse indispuerto una condesa... lo cual es estupendo para un tipo de East Randolph, que se imagina que el 4 de julio es el punto álgido del año. Por fin teníamos una tarde para nosotros y para poder obedecer las órdenes de arriba, de forma que decidimos marcharnos a Munich y acabar de una vez.

John se metió una mano bajo la chaqueta (estábamos en la berlina del duque, con las cortinillas echadas porque llovía, y ya le habíamos indicado al conductor adonde íbamos), y sacó algo parecido a un estetoscopio. Bueno,

parecía un estetoscopio con un nabo brillante y negro.

—Pondré los auriculares en la cabeza del bebé, y hablaré por este extremo —me indicó John, mirando el estetoscopio.

Como tras estas palabras holgaba toda explicación, miré por la ventanilla. Habíamos estado pasando por entre granjas, prados y bosques, pero ya empezaban a ser más frecuentes las casitas con chimeneas altas. Pronto, los cascos del caballo golpearon las piedras de la calle. Estábamos en la ciudad.

El conductor detuvo la berlina y, por la ventanilla de separación nos dijo que habíamos llegado. En aquel instante se abrió la puerta de la casa y la mujer salió preguntando:

—¿Es usted el médico? —miraba el maletín que yo siempre llevaba conmigo, con mi cafetera dentro—. ¡Oh, gracias a Dios que ha llegado! ¡Corra, corra, por favor!

Claro que debía seguirla, al verla en tal estado, pero John me dio con el codo.

—Esta es la dirección —susurró—. ¡Vaya suerte! A menos que esos bribones de la Sección M... No, no son tan listos.

—Tal vez sea así —susurré yo—, pero entremos antes de que llegue el médico que han llamado.

Corrimos bajo la lluvia hasta la puerta que la gruesa dama mantenía abierta.

Nos indicó un tramo de escaleras, y luego nos guió por un pasillo hasta un dormitorio que daba a la calle. Durante la marcha estuve oyendo constantemente a un bebé que jadeaba y a seis mujeres distintas con histerismo. Cuando entré estaban reunidas en un grupo, aunque oí a una, una solterona avinagrada, seguro, que preguntó:

—¿Dónde está su sombrero de seda?

¿Aguardaban acaso al señor Lincoln?

Antes de entrar en la estancia murmuré al oído de John:

—Por el jadeo que oigo, diría que se ha tragado una moneda de dos centavos. Tal vez un penique, pero mi criterio profesional se inclina por los dos centavos. Las monedas de níquel raspan de manera diferente.

Lo que dije al acercarme a la cunita (naturalmente, en perfecto alemán)

fue:

—¡Fuera todo el mundo!

No sólo necesitaba espacio para trabajar, sin querer mujeres lloronas a mi alrededor, sino que aquél era el niño que John tenía que ver. Tardamos un poco, pero finalmente, John consiguió sacar fuera todo el rebaño, y cerrar la puerta en sus narices.

Mientras tanto, yo había puesto en pie al pequeñuelo y le estaba golpeando la espalda. Por fin hipó, y vomitó la moneda de cobre. Todavía la conservo. Una pieza de dos *pfennings*, pues hay que recordar que estábamos en Alemania.

Naturalmente, cuando el chiquillo hubo vomitado perdió el color purpúreo y empezó a chillar, diciendo que le habían pegado, lo mismo que cualquier niño normal. Le calmé, acariciándole la espalda, y volví a dejarle en la cuna. Luego, me volví hacia John.

—Vamos, muchacho, tu turno.

Pero John estaba de pie con una mano en la garganta, moviendo los labios sin proferir ningún sonido. O acababa de sufrir un súbito ataque de laringitis, o uno de miedo, lo cual era más probable. Tal vez también se hubiese tragado una moneda... un dólar, a juzgar por su aspecto.

—No puedo —consiguió murmurar, con su voz como el viento a través de un maizal—. Tendrás que hacerlo tú.

—¿Hacer QUÉ, eterno majadero? —pregunté—. Si nunca me has contado lo que tenías que decir.

Me lo explicó, y yo apliqué el nabo del estetoscopio en el oído del bebé. Pronuncié por el otro extremo lo que John tenía que decir y, en conjunto, me sentí como el mayor tonto que alienta bajo el sol.

Apenas tuve tiempo de quitarle el cacharro de la cabeza al niño y devolvérselo a John, cuando se abrió la puerta y entró alborotando todo el pelotón de mujeres. Una puerta cerrada no significa nada, hoy en día. Se apelotonaron en torno a la cuna donde el bebé estaba ronroneando, dejando manar un poco de baba de entre sus labios (no parecía haberle importado un bledo el estetoscopio), y todas comenzaron a hablar más fuerte que si el niño hubiese muerto.

La que tomé por su madre era la más digna de todas. Dejó de proferir exclamaciones y se me acercó para asegurar que yo era el mejor médico del mundo, y que el señor Einstein, su marido, me demostraría su gratitud de forma más tangible que ella, una simple madre que no podía, pero que mientras tanto... y así sucesivamente. Y sucesivamente...

Eran unas alabanzas excesivas para el trabajo que cualquier fontanero hubiera podido hacer, y me largué de allí. Cogí a John, que también estaba recibiendo muchas atenciones, teniendo en cuenta que no había hecho nada, ni siquiera cumplir con su misión, y nos marchamos. Al salir, nos cruzamos con el verdadero médico en la escalera, y al ver su sombrero de seda lancé un silbido de burla.

De modo que esto era todo. Lo que yo había dicho por el estetoscopio, dirigido a las orejitas sonrosadas de un tal Albert Einstein, de dieciocho meses de edad, era lo mismo que John había murmurado una semana atrás Junto a la fogata de mi campamento:

*Ay glieke emm say hoke swy*, sólo que esta vez ya sabía lo que era en realidad:

*E gleich m c hoch zwei*; aunque lo que para un bebé podía significar  $E=mc^2$ , para mí era un misterio.

Y también para John. Pero, de camino me dijo que el estetoscopio era un aparato que grababa cuanto por él se decía en la memoria de la gente, incluso de un bebé, de modo que el pequeño Einstein ya siempre recordaría mis palabras, aunque sin saber de dónde procedían. Podía incluso llegar a creer que la idea grabada en su mente era sólo suya, añadió John. Y por esto el estetoscopio estaba muy bien guardado en su mundo.

Agregó que, por lo que había oído en la nave espacial,  $E=mc^2$  era una especie de ensayo, porque, si bien su significado era casi exacto, había en él cierto error.

El error consistía en que los hombres pensarían que había un límite a la velocidad y a la distancia a que podían viajar, hasta que fuesen lo bastante listos para comprender su equivocación. La parte exacta lo era tanto que, si nosotros aprendiéramos a vivir con ella, estaríamos listos para conocer otros mundos... y caso de no encontrarlos, no habría problemas.

Todo dependía de lo que el mundo hiciera con la fórmula cedida a un bebé, cuando éste creciera. Pues John dijo que la gente de la Sección T le había dicho a la gente de la Sección M que aquel bebé especial llegaría un día a ser algo. Y aquí estábamos nosotros... y esto era todo.

Esto es casi todo. John y yo, figurándonos que el cuento del globo no podía ya engañar a nadie, nos fuimos directamente de la casa de los Einstein a la taza volante, y nos largamos a América sin despedirnos de los sentimentales bávaros. De regreso, John habló con sus jefes mediante el aparato, y aquéllos le dieron la impresión de que si volvía pronto a la nave, su carrera y su persona se beneficiarían.

De modo que al llegar a América, él y Kitty se largaron inmediatamente. ¿Debo mencionar que, mientras estuvimos fuera, Kitty había contraído la escarlatina, y que le había caído todo el pelo, salvo el de la cabeza? Pues así fue. Lo cierto es que John le había comprado un regalo en Alemania, una serie de cepillos con montura de plata, cepillos que ahora apenas podría usar la dichosa Kitty.

Fuera como fuese, tan pronto como llegamos al pueblo, John empezó a hablar con Kitty, como si lo hubiera hecho toda su vida. Me pregunto si alguna vez le diría a él lo que le dijo a la joven Widder Poplowski cuando estuvo enferma: resulta que el pueblo de Kitty procedía de una raza muy antigua y, en cambio, el de John era mucho más reciente; los suyos, los de Kitty, los habían estado cuidando y guiando casi como las madres a los hijos, y no siempre fue más sabio el pueblo de John. Lo único que sé es que cuando llegó el momento de subir a la taza volante, John dejó pasar antes a Kitty.

Agitaron la mano, Widder y yo hicimos lo mismo, y desaparecieron por el cielo. Era como si nunca hubiera sucedido tal aventura, excepto que ahora en Alemania un bebé tenía la fórmula  $E=mc^2$  metida en el cerebro, y algún día, a causa de esto, las cosas podían variar un poco.

Había otros dos asuntos. Uno, el apéndice caudal que te amputé a Kitty en el Borax Queen. Todavía lo tengo en el cajón del tocador porque no me decido a desprenderme de este recuerdo, y no sé qué diablos hacer con él. Está junto con los cepillos con montura de plata que John me entregó a cambio de un par de libras de café.

El otro es que estoy pensando en especializarme. Considerando el trabajo llevado a cabo con Kitty y Jubal Bean, cambiaré mi tarjeta por otra que diga:

HIRAM PERTWEE, M. D.  
Diplomado de Cabo a Rabo

# **POR EL AMOR DE GRACE**

Suzette Haden Elgin

*Aunque escrito en 1969, he aquí un buen relato para conmemorar el tan traído y llevado (y adulterado) Año Internacional de la Mujer.*

*Escrito por una mujer, describe una extraña sociedad regida por una religión basada en la poesía y exarcerbadamente patriarcal, en la que, sin embargo, algunas mujeres se atreven a rebelarse.*

El Khadilh Ban-Harihn frunció el ceño ante el disco que tenía en la mano, enojado y aprensivo. Naturalmente, siempre había la posibilidad de que el com-sistema funcionara mal. Extendió la mano y apretó el botón transmisor con un pulgar, y el aparato tictaqueó adecuadamente; dejó caer otro disco en la platina de mensajes. Lo cogió, lo miró y lanzó un buen surtido de maldiciones, puesto que no había ninguna mujer delante.

A la izquierda se hallaba la marca-matriz que identificaba a su familia, el símbolo ban-harihn, muy claro; no había la menor posibilidad de error. Y desde el símbolo surgían las debidas líneas pequeñas, curvadas, amarillas para las mujeres, verdes para los hombres, una por cada miembro del hogar, todo ello decorosamente en orden. Excepto una.

La línea amarilla que constantemente representaba el estado de su esposa, la Khadilha Althea, no era como se podía esperar. Estaba interrumpida a intervalos de un centímetro por pequeños puntos negros, lo cual indicaba que algo iba mal con la Khadilha. Y el símbolo al final de la línea no era la cruz azul que hubiera clasificado la dificultad como puramente física, sino que era la indeterminada estrella roja que sólo indicaba que el problema, fuera cual fuese, podía considerarse grave, o al menos llegar a serlo.

El Khadilh suspiró. Esto podía significar cualquier cosa, desde que su esposa hubiera hecho un mal uso de las tarjetas de crédito, debido a alguna filtración de la seguridad por uno de los sirvientes, hasta un indecoroso amorío extraconyugal..., aunque el conocimiento que él tenía de la naturaleza fría de ella le hacía considerar esto último bastante improbable. Lo único que podía hacer era pedir inmediatamente un informe completo.

Y esto pensaba hacer, claro, pero ¿qué haría si el informe exigía su

presencia en casa? No es posible marcharse simplemente a casa con todo el equipo desde los puestos más avanzados de la Federación. Al menos tardaría nueve meses en llegar a su ciudad-enjambre natal, aun cuando lograse un vuelo de prioridad con literas de animación suspendida y demás facilidades de remolque. ¡Maldita fuese la mujer! ¿Qué podía ocurrirle?

Apretó el botón para el transmisor de la voz, y el com-sistema (sistema de comunicación) empezó a zumbiar, indicando que estaba dispuesto para el manejo de los mandos. Marcó la numeración, escogiendo cuidadosamente el código planetario, ya que su último intento de entrar en contacto con su hogar (en el cumpleaños de su esposa) dio como resultado una embarazosa conversación con una criatura de tentáculos retorcidos, a la que él obligó a saltar de su (supuesta) cama, en medio de su (supuesto) sueño. Además, había tenido que pagar la comunicación, ya que todas las llamadas intergalácticas eran sobre la base del riesgo a cargo del cliente.

—... Tres - tres - dos - tres - dos... —terminó, cautelosamente.

Esperó. La diminuta pantalla se iluminó y las palabras: UN MOMENTO aparecieron brevemente, siendo luego sustituidas por ESCRIBA (FEMENINA) DEL HOGAR DEL BAN-HARIHN. Esto significaba que, al menos, había marcado correctamente el número. La pantalla se aclaró y las palabras fueron reemplazadas por el rostro de su escriba doméstica, tan distorsionado por la distancia, que sólo por cortesía podía aplicársele el nombre de rostro, aunque con la marca-matriz del ban-harihn superpuesta en verde y amarillo a través de la pantalla, como señal de seguridad.

El Khadilh habló de manera rápida, bien enterado de las tasas de comunicación a tal distancia.

—Escriba ban-harihn, esta mañana el disco de la condición personal indicó algunas dificultades en el estado de la Khadilha Althea. Por favor, si este estado puede describirse como una emergencia.

Después de la usual pausa para la conversión de las palabras en símbolos, la respuesta quedó superpuesta sobre la marca-matriz. El Khadilh pensó, como de costumbre, que aquellas pequeñas pantallas intergalácticas quedaban tan abarrotadas antes de concluir una conversación, que apenas era posible descifrar los mensajes.

En este caso, el mensaje fue «Negativo», y el Khadilh sonrió; la Escriba todavía pensaba más que él en las tasas de transmisión.

Apretó el botón de borrar y terminó con:

—Gracias, Escriba ban-harihn. Dispón al momento un informe escrito, detallado, y envíamelo por el medio más rápido posible. Si el problema se intensificase hasta el punto de una emergencia, autorizo una transmisión por el com-sistema, que deberá efectuar uno de mis hijos. Cierro.

La pantalla se tornó blanca y el Khadilh, sólo por curiosidad, apretó una vez más el control del estado personal. El aparato entregó otro disco y, naturalmente, también tenía puntos negros, estrellas rojas y todo lo demás. Lo arrojó a la papelerera, conectada con la máquina pulverizadora, se encogió de hombros con impotencia, y pidió café. No podía hacer nada hasta que recibiese el informe de la Escriba.

Sin embargo, si resultase que se había gastado la fabulosa suma de una comunicación intergaláctica a causa de cualquier disputa doméstica, sé prometió que la Khadilha recibiría el castigo debido, administrado por el oficial más próximo de la Unidad para Disciplina Femenina. Ciertamente, debería existir algún medio para que los códigos del estado personal fuesen más detallados, de forma que todo, desde la guerra a una discusión con una sirvienta, no adoptase el mismo símbolo.

El informe llegó a las cuatro, por Telesalto. Elección muy prudente, pensó el Khadilh con aprobación, ya que la maquinaria de Saltos era completamente automática e impersonal. Era difícil leer el informe porque la Escriba había especificado que le fuese entregado sin más transcripción que los símbolos verbales, por lo que tuvo necesidad de leer un rollo de papel amarillo con un mensaje de ocho símbolos de ancho y varias millas de largo, o eso le pareció. Leyó sólo lo suficiente para convencerse de que no se trataba de ningún problema importante, y luego lo metió en la ranura escritural, recibiendo a cambio una carta normal en papel blanco.

Leyó:

—Al Khadilh ban-harihn, a petición suya, el informe siguiente de la Escriba de su casa:

»Hace tres días, como sin duda sabrá el Khadilh, se celebró aquí la Fiesta

de Las Lluvias Primaverales. Toda la casa, todo el personal, con excepción del Khadilh, naturalmente, estuvo presente en una enorme y elaborada procesión celebrada para señalar la apertura de las Horas de Trance Alaharibahankhalida. La Khadilha Althea eligió un lugar muy adecuado para presenciar el paso de la procesión, completamente de acuerdo con el buen decoro, y las mujeres de la casa se hallaban en la segunda fila, a lo largo del borde de la calle, dispuesto para las mujeres.

»Había varios danzarines, bandas de música y demás, seguidos por trece de los Poetas de esta ciudad-enjambre. Casi habían pasado los Poetas, con el usual complemento de animales exóticos y flores movibles, sin que ocurriera ningún accidente ni incidente, cuando de pronto la hija del Khadilh, Jacinth, fue abordada por (perdón por mi libertad de expresión) la Poetisa Anna-Mary que, como sabe el Khadilh, es una mujer. La Poetisa se inclinó desde su montura e indicó con su cayado de campanillas que deseaba hablar con la hija del Khadilh, por lo que la procesión se detuvo. Fue entonces cuando ocurrió el incidente que, sin duda, ha dado elevación a la marca variante de las líneas del disco del estado personal para la Khadilha Althea. De forma inesperada, la Khadilha, en vez de enviar a su hija a hablar con la Poetisa (como era lo correcto), asió a la niña Jacinth por los hombros, le hizo dar media vuelta y la cubrió tan completamente con su engorrosa túnica que la chiquilla no podía hablar ni aun ser vista.

»La Poetisa Anna-Mary se limitó a hacer una reverencia desde su cabalgadura y dio orden de que prosiguiese la procesión, si bien estaba gravemente ofendida y enojada. El personal de la casa y toda la familia fingió entonces participar en la algazara del día, pero los hijos del Khadilh fueron llevados todos a casa a media tarde, impidiendo así que la Khadilha participase en las Horas de Trance. Sin duda, esto fue muy prudente.

»La Escriba ignora cuál será la consecuencia de todo esto, ya que no se ha hecho ningún anuncio a la casa. La Escriba expresa ahora sus respetos y obediencia al Khadilh.

»Terminado con gracias.

—¡Bien! —exclamó el Khadilh.

Dejó la carta encima de su mesa, pensando con intensidad y acariciándose

la barba con una mano.

¿Qué repercusiones cabía razonablemente esperar de un insulto público a una Poetisa anciana... y conmovedora? Difícil era saberlo.

Por su condición de única Poetisa del planeta, la Poetisa Anna-Mary estaba completamente sola, y como sus deberes no eran muchos, tenía mucho tiempo para meditar. Y aunque fuese Poetisa, también era mujer, con los poderes de razonamiento inferiores, como los de todas las mujeres. Estaba acostumbrada a los homenajes reverentes, a que las mujeres levantasen en brazos a sus hijos para que le tocaran la túnica, y no podía esperarse que reaccionara con placer ante un insulto público, y menos todavía procedente de otra mujer.

El Khadilh pensó que seguramente serían sus hijos los más castigados, por medio de la Universidad, posibilidad que no podía permitir. Había trabajado demasiado, lo mismo que sus hijos, para permitir que una mujer vengativa, por muy elevado que fuese su rango, destruyera lo que ellos habían construido. Sería mejor que regresase a casa y dejase que los huertos se cuidasen solos. Por muy importantes que fuesen los melocotones de la Tierra para la economía de su planeta, sus hijos aún tenían más importancia.

No todas las familias podían ufanarse de tener cinco hijos en la Universidad, los cinco elegidos para los exámenes competitivos de Mayor en Poesía. A veces, una familia tenía la suerte de ver escogidos a dos hijos, siendo rechazados los demás, como le había ocurrido al propio Khadilh. Entonces debían conformarse con la selección de Leyes, Medicina o Gobierno, o cualquier otra de los Mayores. El Khadilh sonrió con orgullo, al recordar las miradas respetuosas de sus amigos cuando, por tumos, cada uno de sus hijos había pasado con brillantez los exámenes, obteniendo la recompensa de Poeta Mayor, y cuando su hijo mayor ingresó en el Cuarto Plano. Y el día en que escogieron al hijo menor, desligando de este modo a los mayores del voto de celibato (puesto que imponerlo habría significado el fin del linaje familiar, situación imposible), el Khadilh tuvo dificultades en fingir cierta modestia. Naturalmente, ello significaba que tendría un nieto que sería hijo directo de un Poeta, algo que no había ocurrido ni en tiempos de su padre. En efecto, le habían dado a entender que desde hacía más de

trescientos años, ninguna familia había tenido a todos sus hijos como Poetas. (Le dijeron que las familias que sólo tenían un hijo, éste, por prohibición legal, no podía matricularse ni ser aceptado en los Exámenes Poéticos.)

Sí, tenía que volver a casa, y al diablo con los melocotones de la Tierra. Que se pudriesen, si los robots-guardianes no podían salvarlos.

Se dirigió al com-sistema y apretó el botón para transmitir sus intenciones, y luego empezó a pulsar las cuerdas oportunas para conseguir un vuelo de prioridad.

Cuando el Khadilh llegó a su hogar, sus hijos estaban alineados en el despacho, aguardándole, cada uno con su túnica de tela áspera color marrón, signo de estudiante, aunque también con el galón escarlata de los Poetas en tomo al reborde, cosa que deleitó sus ojos. Les sonrió.

—Es un placer volver a veros, hijos míos —murmuró—. Vosotros dais reposo a mis ojos y alegría a mi corazón.

Michael, el mayor, contestó amablemente:

—Nuestro es el placer de verte, Padre.

—Bien, tomemos asiento —propuso el Khadilh, indicándoles sus sitios en tomo a la mesa de despacho que estaba en el centro de la estancia.

Una vez sentados, el padre golpeó la mesa con los nudillos tres veces, con lentitud, de acuerdo con el ritual.

—Sin duda sabréis por qué decidí abandonar mis huertos a la atención de los robots-guardianes y volver tan repentinamente a casa —dijo—. Por desgracia, he tardado casi diez meses en llegar. No había otro medio más rápido, por más que lo busqué.

—Te entendemos, Padre —respondió el hijo mayor.

—Entonces, Michael —continuó el Khadilh—, ponme, por favor, al corriente de todo lo sucedido en la procesión de las Lluvias Primaverales.

Su hijo pareció vacilar antes de hablar, enarcando las cejas pardas sobre sus ojos grises, y el Khadilh le sonrió, animándole.

—Vamos, Michael, seguramente no hallarás cortés que tu padre deba esperar de este modo.

—Comprende, Padre —replicó lentamente el joven—, que no fue posible comunicarnos contigo desde tu última transmisión. Asimismo, comprenderás que este asunto no es fácil de resolver. Y no me quedó otra solución que adoptar las decisiones que me parecieron más accesibles.

—Lo comprendo, claro.

—Bien. Espero que no te enfades, Padre.

—Me enfadaré si no me cuentas inmediatamente y con exactitud todo lo ocurrido en estos últimos diez meses. Me tienes en vilo, hijo.

Michael respiró profundamente y asintió.

—De acuerdo, Padre. Seré breve.

—Y rápido.

—Sí, Padre. Tan pronto como pude hacerlo con discreción y sin dar pábulo a la maledicencia, me llevé de allí a todos los de casa; y al llegar aquí, envié al momento a la Khadilha a sus aposentos, con orden de quedarse en ellos hasta que tú dijeras lo contrario.

—Muy bien —aprobó el Khadilh—. ¿Qué más?

—Padre, la Khadilha me desobedeció.

—¿Te desobedeció? ¿De qué modo?

—La Khadilha Althea hizo caso omiso de mis órdenes, se llevó a nuestra hermana al Corredor Pequeño, y le permitió contemplar la celda donde guardamos a nuestra tía, Padre.

—¡Dios mío! —exclamó el Khadilh—. ¿Y no intentaste detenerla?

—Padre —replicó Michael ban-harihn—, debes comprender que nadie podía prever las acciones de la Khadilha Althea. De lo contrario, se lo habríamos impedido, pero ¿quién podía imaginar que la Khadilha Althea desobedecería la orden de un adulto masculino? Cabía suponer que ella permanecería en sus aposentos, sin osar moverse de allí.

—Ya.

—No me puse en contacto con la Unidad para Disciplina Femenina —continuó Michael—. Preferí que esta orden viniese de ti, Padre. Sin embargo, di orden a la Khadilha de encerrarse en sus aposentos, y nadie ha podido visitarla, aparte de sus sirvientas. Desconectamos los cables del com-sistema de su habitación, y añadimos a su dieta la debida medicación. La encontrarás

muy dócil, Padre.

El Khadilh temblaba de indignación.

—Hay que restaurar la disciplina al punto, hijo mío —tronó—. Me disculpo por la conducta ignominiosa de la Khadilha. Pero, por favor, hijo, continúa: ¿qué hay de mi hija?

—Tal vez esto sea lo más perturbador de todo.

—¿De qué forma?

Michael parecía sumamente desdichado.

—Responde al momento —gruñó el Khadilh—, con toda la verdad, por amarga que sea.

—Nuestra hermana Jacinth —fue el hijo segundo, Nicolás, quien contestó—, tenía ya doce años de edad cuando se celebró la fiesta. Al volver del Corredor Pequeño, sin que ninguno de nosotros lo previéramos, nos anunció su intención de comunicarle por carta a la Poetisa Anna-Mary su afán de competir en los exámenes para la Mayor de Poesía.

—Y la Poetisa Anna-Mary...

—Envió el anuncio inmediatamente a las autoridades de la Unidad Poética —terminó Michael—. Ciertamente, no intentó disuadir a nuestra hermana.

—Se ha vengado bien del insulto de la Khadilha —masculló el Khadilh con amargura—. ¿Hubo otras acciones por parte de la Poetisa Anna-Mary?

—No, Padre. Nuestra hermana se halla desde entonces encerrada, por orden del Gobierno, claro, para impedir la contaminación a las demás mujeres.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró el Khadilh—. ¿Cómo es posible que un rayo tan fatal se haya abatido sobre mi casa... por segunda vez?

Meditó un segundo.

—Entonces, ¿cuándo son los exámenes? He perdido la noción del tiempo.

—Han transcurrido diez meses, Padre.

—¿Dentro de un mes, pues?

—Dentro de tres semanas.

—¿Me dejarán ver a Jacinth?

—No, Padre. Y...

—¿Sí, Michael?

—Lamento y me avergüenza que esto haya sido el resultado de haber dejado la casa a mi cuidado.

El Khadilh alargó un brazo y asió con firmeza la mano de su hijo mayor.

—Eres muy joven, hijo mío —murmuró—, y no tienes nada de qué abochornarte. Cuando las mujeres de una casa deciden trastornar el orden natural de las cosas y violar las reglas de la decencia, es casi imposible hacer nada.

—Gracias, Padre.

—Bien —prosiguió el Khadilh, mirándolos a todos—, sugiero que el próximo paso a adoptar es el inicio de la acción por medio de la Unidad de Disciplina Femenina. Hijos míos, ¿deseáis que coloquemos a la Khadilha en Medicación Permanente?

Esperaba que sus hijos no insistieran en ello, y le gustó haber acertado.

—Aguardemos, Padre —indicó Michael—, hasta que sepamos el resultado de los exámenes.

—Creo que el resultado está bien claro.

—Sin embargo, debemos esperar, Padre.

Había hablado el más joven de sus hijos. Era natural que todavía fuese un poco remilgado, demasiado tierno. De lo contrario, no lo habría tenido consigo.

—Prudente decisión —alabó—. En tal caso, una vez me haya bañado y cenado, enviaré a buscar al Abogado an-ahda. Podéis retiraros, hijos míos.

Los muchachos salieron del despacho, el solemne Michael al frente, dejando a su padre sólo en compañía de una flor movible de una de las estrellas tropicales. Giraba alegremente en el centro del hogar del rincón, murmurando para sí misma y lanzando cascadas de chispas plateadas, de vez en cuando. El Khadilh la contempló con suspicacia un instante y luego apretó el botón del com-sistema, llamando a su Mayordomo. Cuando apareció el rostro en la pantalla, le preguntó:

—Mayordomo, ¿estás familiarizado con la naturaleza de la planta movible que alguien ha colocado en mi despacho?

La voz del Mayordomo, asustada, replicó al momento:

—El Khadilh puede ordenar que quitemos del despacho esa planta... ¿He de llamar al Jardinero?

—Sólo quiero saber el sexo de esa maldita planta —gritó el Khadilh—. ¿Macho o hembra?

—Macho, Khadilh, de los genes...

Cortó el mensaje mientras el Mayordomo continuaba dándole el *curriculum vitae* de la planta. Si era macho, podía quedarse en el despacho. Le hablaría, mientras cenaba, de la increíble conducta de su Khadilha.

El Abogado an-ahda se retrepó en la butaca y sonrió a su cliente.

—Sí, ban-harihn —dijo amistosamente, ya que conocía al Khadilh desde que ambos frecuentaban la Universidad—. ¿Qué puedo hacer para ayudar a que el sol brille más a través de tu ventana?

—Se trata de un asunto grave.

—Ah...

—Ya estarás enterado, aunque por cortesía lo niegues, de la conducta de mi esposa en la procesión de las Lluvias Primaverales. Oh, ya veo que lo sabes.

—Muy impulsiva —observó el Abogado—, muy imprudente. Indisciplinada.

—Exactamente. Sin embargo, ha habido algo peor.

—¿Sí? ¿Acaso la Poetisa Anna-Mary ha tratado de vengarse?

—No, en el sentido que piensas. Pero ha ocurrido algo peor, mi viejo amigo, mucho peor.

—Cuéntame.

El Abogado se inclinó hacia delante atentamente, escuchando, y cuando el Khadilh terminó su parrafada, se aclaró la garganta, como si fuese él quien había hablado tanto.

—Como sabes, no es posible hacer nada —sentenció—. Debiste comprenderlo al instante.

—¿Nada en absoluto?

—Nada. La ley ordena que cualquier mujer puede desafiar y exigir su

derecho a competir en los Exámenes de Poesía, siempre que tenga ya doce años de edad y sea ciudadana de este planeta. Sin embargo, si no es aceptada, el castigo por haber desafiado y fracasado es el encierro solitario a perpetuidad, en el hogar de su familia. Y una vez ha anunciado a la Facultad, por comunicación firmada, que intenta competir, queda aislada hasta el día de los exámenes, sin que pueda cambiar de idea. La ley es muy explícita a este respecto.

—Ella es muy joven...

—Tiene doce años, los requeridos por la ley.

—La ley es cruel.

—¡En absoluto! ¿Te imaginas, ban-harihn, el caos que se produciría si todas las jóvenes emotivas, que aguardan el matrimonio en los aposentos femeninos, decidieran tener una vocación y reclamasen sus derechos para el reto? La ley se propone desanimar a las jovencitas tontas, para que no originen dificultades en sus casas o al Estado. ¿Te imaginas, si todas tuviesen que ser castigadas y encerradas, con una dama de compañía proporcionada por la Facultad, con aposentos separados y...?

—Si, creo que me lo imagino. Pero ¿por qué permiten que compitan las mujeres? En ninguna otra Profesión se permite tal estupidez.

—La ley afirma que, puesto que la Profesión Poética es de carácter religioso, tiene que haber un canal adecuado para las raras ocasiones en que el Creador se digna llamar una mujer a Su servicio.

—¡Qué necesidad!

—Tenemos a la Poetisa Anna-Mary, ban-harihn.

—¿Y cuántas otras?

—Ella es la tercera.

—¡En casi nueve mil años! Sólo tres en tantos siglos... y, no obstante, no puede hacerse ninguna excepción para una pequeña de doce años, ¿eh?

—Lo lamento profundamente, amigo mío —dijo el Abogado—. Naturalmente, podrías intentar enviar una solicitud al Consejo, pero estoy seguro, completamente seguro, de que no serviría de nada. Hay demasiada reacción pública al intento de una joven para examinarse, porque esto les parece blasfemo incluso a los de mente más amplia. El Consejo no se atreverá

a hacer ninguna excepción.

—Podría cursar una petición galáctica.

—Tal vez.

—Sería un gran escándalo entre la gente de la galaxia, saber que se impone un castigo perpetuo a una niña.

—Amigo mío, mi querido ban-harihn, piensa en lo que dices. Crearías un incidente internacional, un incidente internacional-intergaláctico, con todo lo que esto implica, atrayendo críticas sobre nuestras cabezas, y seguramente habría una investigación sobre nuestras costumbres religiosas a cargo de la Policía intergaláctica. Esto podría dar lugar a una protesta de nuestro Gobierno, que a su vez...

—Lo sé. No lo haré.

—Eso espero. Sería algo tan tonto como la Guerra de Troya, amigo mío... ¡y todo en favor de una niña!

—Somos un pueblo bárbaro.

—Al cabo de diez mil años —asintió el Abogado—, si continúa un barbarismo es que ya está bien atrincherado.

El Abogado se puso en pie para marcharse, envolviéndose en su ropón azul.

—Al fin y al cabo —decidió—, se trata sólo de una niña.

Sí, muy bien, pensó el Khadilh cuando se hubo ido su amigo, todo estaba muy bien. Sin duda, el Abogado no tendría nunca la oportunidad de ver el resultado de toda una existencia de retiro solitario y en completo silencio. De lo contrario, habría estado menos decidido a condenar a tal suplicio a una criatura.

La hermana de Khadilh cuando decidió competir, tenía casi treinta años, y aún estaba soltera, y ahora contaba ya cuarenta y seis años. Fue un loco impulso, nacido de sus treinta años de aburrimiento, y el Khadilh daba la culpa a sus padres. Hubiesen debido ofrecer una dote considerable para que Grace, pese a ser tan fea, consiguiese un novio.

La habitación del Corredor Pequeño, donde habían encerrado a Grace desde su fracaso, no tenía ventanas ni com-sistema ni nada. Le pasaban la comida a través de una abertura de un muro, así como los escasos libros y

periódicos que le permitían... ya que todo esto estaba estrictamente regulado por la Unidad de Disciplina Femenina.

La Khadilha Althea tenía el deber de ir cada mañana a la estrecha verja que rodeaba una ventana de sentido único, perteneciente a la celda, para observar a la prisionera. En dos ocasiones en que la observación reveló una enfermedad física, dispararon un dardo que contenía un anestésico a través de la abertura, y Grace había quedado inconsciente a fin de que el Médico pudiera entrar en la celda para asistirle. Llevaba ya dieciséis años de encierro, y era la Khadilha la que la vigilaba desde los primeros años en que la pobre Grace yacía allí sumida en profundo sopor durante días, para acabar chillando, suplicando que la libertasen...; ahora estaba ya completamente loca. El Khadilh la había observado en dos ocasiones, cuando su esposa estaba enferma, y le había resultado difícil creer que la criatura que se arrastraba a gatas desde un extremo del cuarto al otro, con la mata de cabello llena de porquería, a pesar de los servomecanismos que surgían de los muros para retirar la basura y la suciedad, fuese su hermana Chillaba, balbucía, se arañaba la piel... Era difícil creer que era un ser humano. Y sólo llevaba dieciséis años de encierro. ¡Jacinth, con sólo doce años...!

El Khadilh llamó a los aposentos de su esposa y anunció a todas las sirvientas que se retirasen. Pasó rápidamente por los corredores de su casa, por el delicado puente arqueado que unía los jardines del té con los aposentos femeninos, y llegó a las habitaciones donde ella residía. La encontró sentada en una sillita delante del hogar, contemplando las plantas movibles que danzaban junto al calor del fuego. Como habían dicho sus hijos, estaba muy dócil y en muy escaso contacto con la realidad.

El Khadilh sacó una cápsula del bolsillo de su túnica y se la dio a tragar, y cuando los ojos de la mujer estuvieron libres de la niebla de sus sueños drogados, él empezó a hablar:

—Ya ves que he vuelto, Althea. Deseo saber por qué mi hija ha traído a esta casa la desdicha y la pesadumbre.

—Fue idea suya —replicó la Khadilha con tono amargo—. Desde que escogieron al último de sus hermanos, lo decidió de este modo, asegurando que sería un gran honor para nuestra casa que todos los hijos de ban-harihn

fuesen aceptados dentro de la fe.

Fue como si se hubiera encendido una luz.

—¡Entonces no fue un impulso! —exclamó el Khadilh.

—No. Desde los nueve años tenía esta intención.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me diste la oportunidad...?

Calló súbitamente, comprendiendo que era un absurdo. Ninguna mujer molestaba a su esposo con los problemas de una niña. Ahora lo comprendía todo.

—Ni siquiera sabía —estaba diciendo su esposa— que existiese una mujer Poetisa, aunque sabía que existía esta posibilidad. Fue, afirmó una y otra vez, como una certeza del corazón. Cuando la Poetisa Anna-Mary la llamó en la procesión... entonces estuvo segura. Supo, declaró, que había sido elegida.

Claro. El hecho de verse señalada delante de la multitud debió convencer a la niña de que su selección era ordenada por Mandato Divino. Ahora lo comprendía. Y la Khadilha había llevado a su hija a la celda de su tía en un intento desesperado de disuadirla.

—Esa niña es muy testarada para ser mujer —murmuró el padre—, si la vista de la pobre Grace no la convenció.

La esposa no contestó, y él tomó asiento, demasiado cansado para moverse. Trataba de imaginarse a su hija Jacinth, pero en vano. Hacía cuatro años que no la había visto, ataviada con el breve vestido blanco que llevaban todas las niñas: recordaba una niña esbelta, de cabello negro... Claro que todas las niñas de su raza eran esbeltas y de cabello negro.

—Ni siquiera te acuerdas de ella —se enojó su esposa, y él se sobresaltó, irritado ante tanta perspicacia.

—Tienes razón, no la conozco. ¿Es bonita?

—Es preciosa. Aunque esto ya no importa.

El Khadilh meditó unos instantes, contemplando el estoico rostro de su esposa, y al final eligió sus palabras con deliberación.

—Tenía la intención de denunciarte a la Unidad de Disciplina Femenina por tu conducta, Khadilha Althea.

—Lo suponía.

—Tuviste ya bastante experiencia con los agentes de esa Unidad. ¿No te asusta esa perspectiva?

—Me siento indiferente ante ella.

La creía. Recordaba bien la conducta de su esposa en su último embarazo, ya que fueron necesarios cuatro agentes de la Unidad para someterla y atarla a su lecho conyugal. Y, no obstante, él sabía que muchas mujeres iban a las citas con sus maridos afanosamente, con avidez. A veces era difícil comprender por qué no había puesto a Althea bajo Medicación desde el principio; ciertamente, no habría sido difícil asegurarse, con el debido permiso, una segunda mujer. Por desgracia, el Khadilh poseía un corazón débil, y ella era la madre de su hijo mayor, lo cual le había obligado a ser más considerado con ella, confiando a sus concubinas el relajamiento de sus ardores amorosos. Ciertamente, Althea, en lugar de suavizarse, se había endurecido con los años.

—He decidido —terminó bruscamente— que tu conducta no fue tan escandalosa como pensaba. Tal vez yo hubiese reaccionado como tú en estas circunstancias, de haber sabido los planes de mi hija. Por tanto, no presentaré ninguna queja.

—Eres muy indulgente.

El Khadilh escrutó el rostro de su esposa, aún bello a pesar de los años, buscando señales de impertinencia, pero no las encontró.

—Sin embargo —prosiguió—, comprenderás que nuestro hijo mayor ha de decidir por sí mismo si presenta su queja. Tú le desobedeciste a él. Yo ya estoy acostumbrado a tus desobediencias, él no.

Giró sobre sus talones y la dejó, divertido por su propia debilidad, pero canceló la orden de Medicación cuando cruzó el umbral de los aposentos de su esposa. Era una mujer y deseaba impedir que su hija se convirtiese en lo mismo que Grace; al fin y al cabo, esto no era difícil de entender.

El día de los exámenes la familia no podía ir a la Universidad. Se quedaba en el hogar, dispuesta a lo inevitable.

Habían preparado otra habitación, contigua a aquella donde se hallaba

Grace, arreglada por llorosas sirvientas, y ahora la puerta ya estaba abierta, en espera.

El Khadilh había ordenado que aquel día su esposa saliera de sus aposentos, puesto que sólo vería un instante a su hija, y después tendría el deber de observarla todas las mañanas, lo mismo que hacía con la cuñada. Ahora, estaba sentada a los pies de su esposo en la sala común, sin hacer el menor ruido, con el rostro blanco, meditando seguramente en lo que iba a suceder. No tenía otra hija, no había más hermanas. Estaría sola en la casa, exceptuando a las sirvientas, hasta que Michael se dignase, tal vez, darle una nieta. El corazón del Khadilh sangraba por ella, sola en una casa de hombres, cinco de los cuales, dentro de poco, sólo podrían hablar empleando las coplas rimadas de los Poetas.

—¿Padre...?

El Khadilh levantó la vista, sorprendido. Era su hijo menor, James.

—Padre —repitió el muchacho— ¿podría pasar? Bueno, me refiero a si podría ganar la competición.

Fue Michael quien contestó por su padre:

—James, sólo tiene doce años y es una mujer. Carece de educación, y apenas sabe leer. No hagas preguntas tontas. ¿No te acuerdas de tus exámenes?

—Me acuerdo —repuso James con firmeza—. Y, no obstante, me pregunto si... Tenemos a la Poetisa Anna-Mary.

—La tercera en quién sabe cuántos cientos de años, James —le recordó Michael—. Yo no confiaría en esto, en tu lugar.

—Pero ¿es posible? —insistió el muchacho—. ¿Es posible, Padre?

—No lo creo, hijo —replicó el Khadilh—. Sería muy extraño que una chica de doce años, sin educación, aprobase unos exámenes que yo mismo no conseguí aprobar a los dieciséis.

—Y luego —dijo el muchacho con amargura—, no le permitirán ver a nadie en toda su vida, ni hablar con nadie, ni asomarse a una ventana, ni salir jamás de su celda, ¿eh?

—Nunca.

—¡La ley es cruel! —gritó el joven—. ¿Por qué no se cambia?

—Hijo mío —objetó el Khadilh—, esto ocurre muy pocas veces, y el Consejo tiene otras muchas cosas en qué ocuparse. Es una ley muy antigua, y saber que existe ofrece a las jovencitas aburridas algo excitante en qué pensar. Esta ley sirve, para asustarlas, para disuadirlas, hijo mío.

—Algún día, cuando goce de bastante poder, intentaré reformar esta ley.

El Khadilh levantó una mano para acallar las risas de los otros hijos.

—Dejadle —ordenó—. Es joven y se trata de su hermana. Es preferible que, en esta casa, haya un espíritu de compasión, si hemos de soportar esta tragedia.

De pronto tuvo una idea.

—James, tú te tomas mucho interés por este asunto. ¿Es posible que hayas tenido algo que ver con esta estupidez de tu hermana?

Al momento comprendió que acababa de tocar un punto sensible. De los ojos del muchacho surgieron las lágrimas y se mordió el labio con fuerza.

—James..., ¿cómo te mezclaste en esto? ¿Qué sabes de este asunto?

—Te enfadarás, oh, Padre mío —repuso James—, pero esto no es lo peor. Lo peor es que yo habré condenado a mi hermana a...

—James, no me interesan tus acusaciones personales. Explícalo todo al momento, sin dramatismos.

—Bueno, ella y yo solíamos practicar —dijo apresuradamente el joven, mirando al suelo—. Yo no pensaba aprobar, ya sabes. Lo veía... Todos aprobarían menos yo, y me quedaría solo. La gente diría: «¡Ahí va ese necio! ¡El único hijo del ban-harihn que no ha aprobado los exámenes poéticos!»

—¿Y bien?

—Practicamos juntos, ella y yo —repitió él—. Yo presentaba el tema y la forma, y componía la primera estancia, y ella escribía la respuesta.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Dónde?

—En los jardines, Padre, desde que ella era pequeña. Realmente, Padre, lo hace muy bien.

—¿Sabe rimar? ¿Conoce las formas?

—Sí, Padre..., ¡y es muy buena! Tiene un don..., Padre; es mucho mejor que yo. Me avergüenza confesarlo, siendo ella mujer, pero lo contrario sería mentir.

¡Las cosas que pasaban en su casa! El Khadilh estaba abochornado, abrumado y enojado, claro. No era extraordinario que los hermanos y las hermanas, aún jóvenes, pasaran el tiempo juntos; pero con toda seguridad alguien de la servidumbre o de la familia debía haberse fijado en que aquellos dos jugaban a Poetas.

—¿Qué más sucede en mi casa, ante los ojos ciegos y los oídos sordos de aquellos en quienes confío? —preguntó furiosamente.

Nadie se atrevió a responder. El Khadilh soltó un gruñido de disgusto y fue a la ventana para contemplar los jardines que se extendían hasta el río que discurría por detrás de la mansión. Había empezado a llover, una lluvia verde y suave, apenas una niebla, y el río era como un manto de terciopelo a través del velo del agua. En otras ocasiones le complacía aquel paisaje; incluso hubiera pedido sus pinceles, y habría esbozado una pintura. Pero éste no era un día apropiado para los placeres.

A menos, claro, que Jacinth aprobase.

Lo cual, realmente, era un absurdo. Los exámenes poéticos eran diferentes a los de las demás Profesiones. En las otras era un asunto directo: uno entraba en el aula, distribuían los temas, se pasaban seis horas en cada examen, y la computadora marcaba el tanteo. Luego, a los pocos días, el com-sistema daba las notas, declarando si uno había aprobado o no para la Profesión Médica, Legal o lo que fuese.

La Poesía era diferente. Había muchos grados de capacitación, desde el Primer Plano, que reajustaba a un hombre para los oficios inferiores de la fe, hasta el Séptimo, a través de cinco planos más subordinados. Raramente ingresaba nadie en el último. Como no era posible ascender de un Plano a otro, y cada cual estaba situado en su debido rango por los exámenes desde el principio, a veces el Séptimo Plano estaba vacante durante un año. Michael estaba en el Cuarto Plano en lugar del Primero, como sus demás hijos, y el Khadilh estaba asustado ante las posibles complicaciones.

Para la poesía había primero un examen corriente, marcado a mano y puntuado por la computadora, como en las otras Profesiones. Pero si se aprobaba este examen, sólo cabía hacer una cosa. El Khadilh no había aprobado y no sabía qué ocurría después, salvo que ello implicaba a las

computadoras.

—Michael —murmuró—, ¿qué ocurre exactamente en el examen poético a cargo de las computadoras?

Michael se situó ante él para contestar con el debido respeto.

—¿Quieres saber si Jacinth, por pura casualidad, aprobase, qué ocurriría después?

—Sí.

—Es muy sencillo. Uno entra en las cabinas donde se hallan los paneles computadores y aprieta el botón: A PUNTO. Entonces, la computadora te da sus instrucciones.

—¿Por ejemplo...?

—Veamos. Por ejemplo, la computadora puede decir: Tema: AMOR AL PAÍS. Forma: SONETO SIN RESTRICCIONES, PERO RIMADO... Estilo: FORMAL, APROPIADO PARA UN BANQUETE OFICIAL. Y entonces uno empieza.

—¿Te permiten utilizar pluma y papel, hijo mío?

—Oh, no, Padre —Michael sonrió ante la inocencia de su padre—. Ni pluma ni papel. Y hay que empezar al momento.

—Sin tiempo para pensar.

—No, Padre, ninguno.

—¿Qué más?

—Luego, a veces, te envían otra computadora, que presenta temas más difíciles. Supongo que lo mismo debe ocurrir en el Séptimo Plano, pero con temas aún más difíciles.

El Khadilh meditó estas palabras. Para su oficio de Khadilh, que significaba algo más que «Administrador de Grandes Haciendas y Mansiones», había pasado un examen oral, con prosa corriente, y el examinador era un hombre, no una computadora, y aún recordaba la increíble estupidez de sus respuestas. Había escuchado, sumido en el mayor estupor, las idioteces que surgían de su boca, convencido de no aprobar en absoluto. Y Jacinth sólo contaba doce años de edad, sin la educación recibida por los muchachos en prosodia, sin ninguno de los talleres de verano para las distintas formas, con un conocimiento muy escaso sobre la historia de los

clásicos. Seguramente estaría demasiado aterrada para hablar. Sí, la simple modestia de su feminidad la mantendría muda, y fracasaría, aunque tuviera la suerte de aprobar el examen escrito. ¡Maldita chica!

—Michael —inquirió—, ¿cuál es el Plano de la Poetisa Anna-Mary?

—El Segundo, Padre.

—Gracias, hijo mío. Me has ayudado mucho... Si gustas, puedes sentarte.

Estuvo un momento más junto a la ventana, contemplando la lluvia, y luego se sentó al lado de su esposa. Las manos de ésta se movían agitadas, atareadas con las agujas que se utilizan para hacer las complicadas capuchas que usan los Poetas. Estaba decidida a que sus hijos, de acuerdo con la más antigua tradición, llevaran todas sus prendas confeccionadas por sus manos, aunque nadie le habría criticado de haber entregado tales labores a otras, puesto que eran varios los hijos que necesitaban las ropas. El Khadilh estaba contento con ella, por una vez, y tomó nota mental de enviarle más tarde un obsequio.

Las campanas resonaron por la ciudad, anunciando las cuatro, Hora de Meditación, y los hijos del Khadilh se miraron entre sí, con vacilación. Según los reglamentos de su Mayor, tenían que pasar aquella hora en sus habitaciones, pero su padre les había suplicado específicamente que estuviesen con él.

El Khadilh suspiró, tomando otra nota mental, la de que debía suspirar menos. Era una costumbre poco grata.

—Hijos míos —musitó—, debemos conformarnos con las reglas de vuestro Mayor. Por favor, desestimad mi primer deseo, y marchaos.

Le dieron las gracias y salieron de la sala, mientras él continuaba sentado, contemplando los ágiles dedos de la Khadilha, y las flores movibles, hasta que las sombras empezaron a alargarse por el suelo enlosado de la estancia. Sonaron las seis y las siete sin la menor noticia. Cuando volvieron sus hijos, los despidió casi con rudeza, ya que de nada servía obligarles a compartir su dolor.

Cuando los soles dobles se hubieron ocultado tras el río, el Khadilh había perdido ya la compasión que había aconsejado a los demás, y estaba tan furioso con Jacinth como con el sistema. Aquella criatura insignificante le

había creado un terrible dilema. Empezaba a comprender el significado de la regla, y la ley le parecía menos cruel. No había cenado y había pasado el día en un aburrimiento intolerable. Indudablemente, sus huertos estarían ya cubiertos de insectos, sedientos y descuidados, su cuenta del Banco casi agotada por los gastos del viaje de vuelta, el coste de los robots-guardianes extras en la Tierra, y la paga de la inútil visita del Abogado. Su sistema nervioso estaba desquiciado, y la paz de su casa destruida. ¡Todo por culpa del capricho de una niña de doce años! Y cuando tuviesen que encerrarla, tendría que seguir viviendo al lado de la madre que vería cómo su hija iba debilitándose, hasta caer en la locura, lo mismo que Grace. ¿Estaba maldita su familia, ya que las hembras atraían a su casa la ira de todo el universo?

Hizo chocar sus manos de rabia y frustración, y la Khadilha dio un salto, sobresaltada.

—¿Mando llamar a los músicos, esposo? —preguntó—. Quizá te gustaría que te sirvieran la cena aquí... ¿Quieres un vino añejo?

—¡Quizá una docena de bailarinas! —gritó—. ¡O un tigre-llameante de Venus! ¡O un desfile de elefantes terrestres y un Pájaro Tentacular de las Lunas Extremas! ¡Que todos los dioses dolientes se apiaden de mí!

—Perdona —murmuró la Khadilha—. Te he enojado.

—No eres tú la que me ha enojado —replicó—, sino esa hembra miserable de tu hija; ella es la que me ha proporcionado tanto dolor y tanto gasto... ¡Esto es lo que me ha encolerizado!

—Pronto, oh, sí, muy pronto —gimió ella—, nuestra hija estará fuera de nuestra vista y oído para siempre..., tal vez entonces te encolerizará menos.

A veces, el ingenio de la Khadilha servía para molestarle, aunque éste era uno de los motivos de haberla soportado tantos años. En aquel momento, sin embargo, el Khadilh deseaba que ella fuese más estúpida y más tímida, y que estuviese a mil años luz de distancia.

—¿Has de tener razón, en estos momentos? —preguntó—. Esto no es propio de una mujer.

—Sí, esposo mío.

—Ya es tarde.

—Sí.

—¿Qué estarán haciendo... allí?

Alargó la memo hacia el com-sistema y le dio órdenes al Mayordomo para que enviase a alguien con una consola videocolor. Era posible que en algún lugar de la galaxia sucediera algo que le distrajese de sus negros pensamientos.

Recorrió rápidamente las videobandas. Daban un drama nuevo, escrito por un autor desconocido, de vanguardia, cuyo argumento era un amorío entre la hija de un miembro del Consejo y un servomecanismo. Había una partida de jidra, con dos equipos aparentemente pertenecientes a las Lunas Extremas, si su estatura era un indicio. Había media docena de programas de variedades, cada uno peor que los demás. Finalmente, encontró una banda de noticias y se inclinó hacia adelante, cuando su oído captó las palabras de un joven sumamente delgado que leía los anuncios.

¿Qué había dicho...? ¡Sí! Estaba anunciando los resultados de los exámenes poéticos.

—... Terminaron a las cuatro de esta tarde, con sólo ochenta y tres candidatos, exceptuando los casi tres mil que...

—¡Claro! —gritó el Khadilh—. ¡Qué estúpido no haber pensado antes que, puesto que todos los miembros de la Poesía se hallan sujetos por el juramento de observar la Hora de Meditación de las cuatro, los exámenes tenían que concluir a esa hora! Pero entonces, ¿por qué nadie nos ha notificado el resultado? ¿Por qué, además, no ha regresado la niña?

Eran ya casi las nueve.

El Khadilh se sintió embargado por un destello de esperanza. Era posible, sólo posible, que los rudos miembros de la Unidad de Poesía hallaran difícil condenar a una niña a una existencia de encierro solitario. Tal vez estaban reunidos en consulta tal vez habrían solucionado algo, asiéndose a alguna consideración legal, que pudiera impedir tal crueldad.

Desconectó el video y presionó los número de llamada de la Unidad de Poesía en el com-sistema.

La pantalla se llenó al momento por una capucha bordada, con el rostro barbudo de un Poeta. Primer Plano, que sonreía a través de la superpuesta marca-matriz de su casa.

El Khadilh explicó su problema y el Poeta sonrió y asintió.

—En este momento, los mensajeros están camino de tu casa, Khadilh ban-harihn —manifestó—. Lamentamos el retraso, pero esto toma cierto tiempo. Todas estas cosas tardan bastante.

—¿Qué cosas? —preguntó el Khadilh—. ¿Y por qué me hablas en prosa? ¿No eres Poeta?

—El Khadilh parece trastornado —repuso el Poeta con tono tranquilizador—. Debería saber que los Poetas que sirven a la Unidad de Poesía como comunicadores están exentos de hablar en verso, cuando cumplen sus deberes.

—¿Viene alguien ahora hacia mi casa?

—Los mensajeros están en camino.

—¿A pie? ¿Con mulas-robot, como en la Tierra? ¿Por qué no un mensaje por com-sistema?

El Poeta sacudió la cabeza.

—La nuestra es una Profesión muy antigua, Khadilh ban-harihn. Tenemos que observar muchas tradiciones. Temo que la velocidad no cuadra con dichas tradiciones.

—¿Cuál es el mensaje?

—No gozo de libertad para anticipártelo —replicó pacientemente el Poeta.

«¡Qué asco de control! —pensó el Khadilh—. ¡Tanta tolerancia santificada!» Oh, era enloquecedor.

—Terminado con gracias —concluyó el Khadilh.

Acto seguido, se esfumó el rostro del Poeta. A sus pies, la Khadilha había dejado su labor a un lado y estaba temblando. Él le acarició la mano, deseando ofrecerle algún consuelo.

¿No sería mejor cenar? Ignoraba si alguno de los dos conseguiría tragar algún bocado.

—Althea... —empezó a decir.

En aquel instante las sirvientas introdujeron a los mensajeros de la Unidad de Poesía, y el Khadilh se puso de pie.

—¿Bien? —exigió bruscamente.

Maldito fuese si permitía preámbulos inútiles.

—¿Dónde está mi hija?

—La hemos traído con nosotros, Khadilh ban-harihn.

—¿Dónde está?

—Si el Khadilh se digna calmarse...

—¡Lo estoy! ¿Dónde está mi hija?

El mensajero decano levantó una mano, formalmente, pidiendo silencio y empezó a hablar con un sonsonete irritante.

—La hija del Khadilh ban-harihn podrá acercarse y hablar con sus padres sólo un minuto, del reloj que yo llevo, para darles a sus padres el mensaje de despedida que ella prefiera. Una vez transmitido su mensaje, la hija del Khadilh saldrá de aquí y ni el Khadilh ni nadie de su casa podrá volver a comunicarse con ella, salvo permiso especial del Consejo.

El Khadilh estaba trastornado. Sabía que su esposa temblaba a su lado... ¿Sería capaz de provocar otro escándalo?

—Sal de la sala, si no puedes dominar tus emociones, Khadilha —le dijo en voz baja.

Al instante, ella contestó con un esfuerzo sobrehumano para calmarse. Mucho mejor.

—¿Qué quieres decir —le preguntó luego al mensajero—, con esto de que mi hija ha de salir de aquí? ¡No creo que el Consejo pretenda castigar a mi hija fuera de esta casa!

—¿Castigarla? —se extrañó el mensajero—. No se trata de castigo, Khadilh. Pero el curso de estudios que ha de seguir a partir de ahora sólo le permite residir en el Templo de la Universidad.

Ahora fue el Khadilh quien empezó a temblar. ¡Había aprobado!

—Por favor —pidió roncamente—, ¿quieres hablar claro? ¿Debo entender que mi hija ha aprobado en el examen?

—Ciertamente —afirmó el mensajero—. Este es día de gran honor para la casa del ban-harihn. Puedes estar orgulloso, Khadilh, ya que tu hija al término del examen, ha sido recompensada con el Séptimo Plano. Se celebrará una fiesta, junto con un anuncio oficial. Se dará fiesta a todos los ciudadanos del planeta Abba, en todas las ciudades-enjambre y en todo el

país. ¡Es hora de regocijo!

El mensajero continuó su discurso interminablemente, mientras sus observaciones y frases ampulosas eran puntuadas por suspiros y asentimientos de los otros mensajeros, pero el Khadilh ya no le escuchaba. Se hundió en su butaca, sordo a la multitud de honores y sucesos que le caerían encima por un examen tan extraordinario. ¡El Séptimo Plano! ¿Cómo era posible?

Apenas se enteró de que la Khadilha estaba llorando abiertamente, y con una mano le echó el velo sobre la cara.

—Sólo un minuto de mi reloj —repitió el mensajero—. ¿Entendido? No puedes tocar a la Candidata-Poeta, ni puedes interferirte ya en su camino. Sólo le permiten un mensaje de despedida, nada más.

Y allí estaba su hija, la desconocida que había obrado el milagro, a quien él ni siquiera habría reconocido en medio de una multitud, entrando en la sala y aproximándose a él. Parecía muy joven y muy cansada, y el Khadilh contuvo la respiración para escuchar sus palabras.

Sin embargo, no hubo ningún mensaje de despedida. Lo que dijo la Candidata-Poeta Jacinth ban-harihn, fue:

—Que alguien vaya a manifestar inmediatamente a mi Tía Grace que he sido destinada al Séptimo Plano de la Profesión Poética; y que el Consejo ha concedido permiso para que la saquen de su encierro solitario durante el tiempo que tarde en comprender lo que ha sucedido.

Se marchó, seguida por los mensajeros, dejando sólo las mudas cascadas cantarinas de centellas que saltaban de las flores danzantes y el suave zumbido de la lluvia sobre el tejado, para destacar más el silencio.

# ENIGMA EN KORT

William M. Lee

*Hay relatos de SF en los que, sustituyendo a los extraterrestres por la Mafia o los chinos y los planetas lejanos por algún escenario exótico, se obtiene un típico relato de agentes. Este tipo de SF pretextual es más propio de las llamadas «novelitas de duro», pero a veces tienta a algún autor de cierto prestigio. Aquí tienen un ejemplo.*

Jan Pierson despertó de un sueño inquieto, y al abrir los ojos se halló ante la visión poco inspiradora del techo de metal de su cabina. Sentía que de nuevo comenzaban los espasmos de náusea, y sabía que le durarían dos largas horas sin que el expediente normal del vómito pudiese aliviarle. No podía hacer nada hasta que llegase el momento de tomar la próxima cápsula mitigante.

Era una situación miserable. Su malestar físico estaba compuesto de desprecio íntimo y personal. Despreciaba la debilidad que le mantenía sujeto, una y otra vez, a la náusea de los saltos espaciales, cuando la mayoría de las personas se sobreponían al cabo de unos cuantos ataques. A bordo había una hermosa joven, aún adolescente, que se esforzó por quedarse en el salón después de que le hubiese pasado el efecto de su primera cápsula. Estuvo sentada allí, débil y mareada, pero decidida a no ceder, y desde entonces no se había medicado. ¡Qué debilucho debía de parecerle a aquella joven!

Desde Iris a Kort había poco más de siete años luz, lo que significaba aproximadamente una travesía de diez días y medio, de los que ya llevaban tres de viaje. Bien, viviría a pesar de los siete y medio restantes. Ya lo había hecho otras veces. Apretando los dientes, saltó fuera de la hamaca, descansó un minuto, de rodillas en el suelo, se esforzó por incorporarse y tanteó el camino hasta la única silla de la estancia.

La cabina no medía más de dos por tres metros, y, aparte de la hamaca y la silla, contenía un pequeño tocador con un espejo. Jan se contempló un instante en este último y halló muy deprimente la imagen reflejada. Ni aun en sus mejores momentos le agradaba su cara. Era demasiado larga y afilada, con pómulos altos, o sea que no se trataba en absoluto de un rostro idriano

típico, como los que solían verse en la Tierra. Sólo medía metro ochenta, era muy delgado y por el momento parecía un espantapájaros espacial mareado.

La diminuta cabina era lo que cabía esperar en un carguero para doce pasajeros, y Jan casi nunca había tenido ocasión de viajar de otra forma. Los planetas que él visitaba no solían entrar en las rutas de las grandes líneas transespaciales. El salón principal era una habitación en forma de caja que se habría visto gravemente atestado si todos los pasajeros se hubieran reunido allí simultáneamente, aunque tenía varios sillones, muy cómodos, una mesa para juegos y un micro-escrutador.

Precisamente era el escrutador lo que había inducido a Jan Pierson a abandonar su hamaca. Antes de llegar a Kort debía realizar una gran cantidad de trabajo y no podía desperdiciar ni un minuto de las horas en que se encontrase relativamente bien. Tragando saliva en un considerable esfuerzo para reprimir las náuseas, y luchando contra el mareo, se dirigió a un vestuario y luego a la ducha, que por fortuna no estaba ocupada. Se aplicó el depilatorio en la cara, tomó una ducha fría, y empezó a revivir, más bien a gozar plenamente de la vida.

Instantes más tarde entró en el saloncito y saludó con cierta sequedad a su único ocupante, un tal doctor Carmody, uno de sus malditos compañeros de viaje que jamás se sentía enfermo y gozaba contándoselo a todo el mundo. Carmody parecía deseoso de conversar y para ello dejó a un lado el libro que leía, pero Jan, percatándose de la maniobra, se dirigió directamente al escrutador y, tras introducir la cinta, se enfrascó en él. Se había inyectado una dosis de metrazol como ayuda para aprender, y, con náuseas o sin ellas, resistiría una hora hasta que llegase el momento de tomar otra cápsula y empezar a trabajar con plena eficacia.

Lo malo de las consecuciones humanas, reflexionó, era que sustituían un problema con otro. Según los físicos, viajar mediante el paso de una dimensión a otra debería de ser instantáneo, pero en la práctica no era así. Todavía había que fluctuar entre el espacio real y el hiperespacio, y eran estas transiciones, de una milésima, aproximadamente, de segundo, las que consumían el tiempo y casi todas las energías, produciendo trastornos a los pasajeros. O había que considerar el asunto de las cápsulas. Le dejaban a uno

como nuevo, pero se tenían que tomar solamente de acuerdo con el peso corporal. Tonterías... Era mejor ponerse a trabajar. Presionó el botón y en la pantalla apareció una página del diccionario kortan.

La gramática del kortan era fácil. Tan sistemática como el griego antiguo, y con sólo dos verbos irregulares: ser y haber. Tampoco estaba mal el vocabulario. Unas cinco mil palabras servían para expresar casi todas las ideas, puesto que él no pretendía ser otra cosa que un intermundial. La comprensión del lenguaje hablado sería un poco más difícil, aunque el mayor problema radicaba en el acento. Además, tanto el diccionario como las cintas habladas tenían una antigüedad de treinta años. Captar los matices de los significados, las implicaciones de las inflexiones, el descontento, el amor propio ofendido, entre otras riquezas idiomáticas, sería tan complejo como de costumbre.

Poco después entró alguien más en el saloncito, y, aunque protegido por el insonorizador del escrutador, Jan oyó unas voces. Luego, le palmearon el hombro.

—Señor Pierson...

Era la adolescente, Marty Stevens.

Jan, volviéndose casi a regañadientes, contestó:

—Hola, Marty.

—Hola. Oiga, no es posible que trabaje continuamente. ¿Qué le parece una partida de cartas entre los tres?

Jan consultó su reloj.

—No jugaría bien hasta que tomase la próxima pastilla, pero ya no falta mucho. Trabajaré diez minutos más y luego nos distraeremos una hora. Pero sólo una, ¿eh?

Volvió al diccionario.

«*Kribok...* una piedra. *Kriboki...* una piedra pequeña. *Kribuk...* dos piedras. *Kribook...* más de dos piedras. *Kribog...* un guijarro. *Kriboch...* arena. *Kribookab...* un edificio de piedra.»

No estaba mal el lenguaje.

Terminó los diez minutos de lección; se levantó y sacó las pastillas del bolsillo. Marty, buena chica, había ido a la cocina para traer una cubeta de

café caliente. Durante los alternados microsegundos en el espacio real mantenían una décima de gravedad que no bastaba para mantener los líquidos en las tazas. Jan se trasladó a una silla de la mesa de juegos disponiéndose a gozar de la sensación que produce la merma de los dolores de estómago.

—¿Está clasificado lo que lee? —preguntó Marty.

—No. Eche un vistazo.

La joven se inclinó sobre el visor y luego regresó hacia la mesa.

—*Treben dok so klenen gil u treben* —exclamó.

—Dios mío, habla usted kortan.

—Sí, claro. Nací allí.

—Pues no me lo había dicho.

—Porque no me lo preguntó. En realidad, no me ha preguntado ni contado nada. Ha mantenido la cabeza en su concha, como las tortugas.

El doctor Carmody empezó a reír, pero cambió la risa por una tosecita discreta.

—¿Qué es una tortuga? —inquirió Jan.

—¿No ha estado nunca en la Tierra? —quiso saber Carmody.

—Una o dos veces, muy de paso.

—Es un reptil de mal carácter, con una concha como el perret idriano. Muerde. Aunque hace muy buena sopa. ¿Qué era esa jerga, Marty?

—Un proverbio kortan: «Trabaja duro, pero recuerda por qué trabajas.»

De repente, Jan Pierson se dio cuenta de que se encontraba maravillosamente bien, que tenía un hambre espantosa y que disponía de doce horas magníficas por delante. Sonrió.

—Vaya, puede sonreír —comentó Marty, dirigiéndose al doctor Carmody.

—Será mejor que tome un bocadillo —replicó Carmody.

Oprimió un botón de la mesa y al cabo de un instante se presentó un individuo al que Jan no había visto todavía. Como casi todos los componentes de las razas que respiraban oxígeno, era un humanoide, pero de un tipo poco familiar. Medía sobre un metro y medio de estatura y era extremadamente delgado para las normas de Idrian o la Tierra, con un cráneo desmesurado y unos enormes ojos negros.

—¿Cree que podría preparar un bocadillo? —inquirió Jan—. Grande, con otro café.

—S... s... s... —asintió el hombrecito, desapareciendo.

El doctor Carmody dejó de barajar y empezó a repartir. Los naipes metalizados chocaban contra la superficie de la mesa con leves chasquidos.

—Usted es una persona retraída —observó Marty—. ¿Lo hace adrede?

—¿Retraída? —repitió Jan.

Sabía que, por naturaleza, era reservado, precavido en sus juicios sobre las personas y lento en trabar amistades. A menudo, su trabajo le obligaba a interpretar un papel distinto. Y entre tales ocasiones parecía que se despegaba un poco. Pero aquella muchacha acababa de llamarle retraído; una chica muy bonita que, además, hablaba kortan con buen acento.

—No, no lo hago adrede. Entre el mareo del hiperespacio y tratar de aprender el kortan en diez días, no he tenido mucho tiempo para cortesías.

—Usted es del Cuerpo de Paz, ¿verdad? —se interesó ella—. ¿O no puede confesarlo?

—Sí, claro. No es confidencial, pero no solemos anunciarnos. ¿Cómo lo supo?

—Por eliminación. Usted no es un gran negociante ni un viajante de comercio, ni pertenece al tipo aventurero, ni es un científico que se dispone a clasificar nuevamente la vida ornitológica de Kort. Por otra parte, le pregunté al primer oficial quién era usted.

El doctor Carmody arrojó su mano sin mirarla.

—Cuéntenos.

—Que cuente qué.

—Referente al Cuerpo de Paz. Hace años que oigo hablar de esa organización, y todavía no sé qué hacen ni cómo lo hacen.

—Oh... Mantenemos la paz..., o al menos lo intentamos. Zanjamos las disputas locales con los medios que tenemos al alcance.

—¿No enseñan a los nativos a construir mejor sus chozas?

—Esto fue un Cuerpo de Paz diferente, de hace ya muchos años. Ahora somos un puñado de diplomáticos libres y sin autoridad. Marty, ¿querrá hablar kortan conmigo?

—Durante las horas del día en que su color no se torne verdoso, sí.

—Dijo usted que había nacido en Kort.

—Sí —ella calló de pronto y se mordió el labio—. He pasado dos años en Idris y otros dos en la Tierra con un primo de papá. Allí terminé mis estudios universitarios.

Jan estaba sorprendido. Marty debía tener más edad de la que aparentaba.

—¿Viven sus padres en la Colonia?

—Vivían. Mamá murió hace varios años, y papá el mes pasado. Me enteré... hace muy poco. Y ahora, la herencia... Un abogado dijo que había que firmar varios papeles... Bien, creo que será mejor que aplacemos la partida de cartas para más tarde.

Marty se puso en pie y salió rápidamente del salón.

—¡Diantre! —musitó el doctor Carmody—. Hubiera jurado que a esa chica no le importaba nada de este mundo.

—Sí —asintió Jan—. Parece tener arrestos.

—¿Va a Kort con una misión?

—Sí. No sé si usted habrá oído hablar de las desapariciones.

—Lo he oído.

—Una situación extraña. Catorce personas desaparecidas, todas pertenecientes a la Colonia Intermundial. Las relaciones entre la Colonia y los kortanos siempre han sido buenas, aparentemente, pero nunca se sabe... Y la gente empieza a sentir pánico. Si desaparecen algunas más habrá una oleada de peticiones de traslado a otros planetas. Y luego, lo más probable será que se produzca un éxodo general.

—¿Forma parte de la Policía Intermundial el Cuerpo de Paz?

—No, en modo alguno. Nosotros tratamos que las acciones policíacas resulten innecesarias.

—¿Qué puede usted hacer en este caso?

—No tengo la menor idea. Tal vez no entre en mi línea.

—Tal vez le interese saber por qué voy yo a Kort —sonrió Carmody—. Soy un IHO, o sea, un miembro perteneciente a la Organización Intermundial de la Salud. Y se supone que soy un experto en suicidios. Bien, lo cierto es que he pasado veinte años estudiando el suicidio en todos sus detalles. Y en

Kort se está produciendo una epidemia de ellos. Todos kortanos nativos. Ninguno en la Colonia.

—Muy curioso —murmuró Jan—. Desapariciones en la Colonia y ninguna fuera de ella. Suicidios entre los kortanos nativos y ninguno en la Colonia, o al menos esto es lo que me han dicho. ¿A qué llama usted una epidemia? O sea, ¿cuántos suicidios?

—Una docena. No son muchos, pero ya se trata de una cifra significativa. Hasta los últimos meses jamás había habido un suicidio entre los kortanos. Extraño. Y sin fallos. Más extraño aún.

—¿Cómo dice?

—Que cabría esperar suicidios abortados. Personas que desean llamar la atención hacia ellas o sus problemas, aunque en realidad no quieren morir. Pero todos los kortanos han muerto en sus suicidios. Y si les gustan los proverbios me gustaría preguntarle a la joven Marty si tienen alguno sobre la muerte.

—Tendremos que mantener los ojos bien abiertos —reflexionó Jan— por si existe alguna relación. Bien, volveré a trabajar.

La nave espacial *Havlom* entró en el espacio real a unos quince mil kilómetros de su objetivo. Esta era una de las ventajas de la fluctuación, y muy importante. Un navegante siempre sabía dónde estaba. Orbitaron tres veces en torno a Kort para reducir la velocidad del espacio real. Luego entraron en funcionamiento los retropropulsores, y descendieron lentamente.

En los corredores se encendieron unas luces muy brillantes. Los miembros de la tripulación, que no habían salido nunca a la cubierta de pasajeros, se apresuraban sin dar explicaciones. Los tres pasajeros que tenían que desembarcar amontonaron sus equipajes junto a la portilla de salida y fueron al salón para firmar una gran variedad de documentos. Los que continuaban vuelo se paseaban incansablemente, se despedían de los otros y, por fin, regresaron a sus cabinas. No había nada que ver. La nave tocó tierra. La portilla de desembarco dio media vuelta y se elevó. Colocaron en su sitio una rampa de treinta metros de longitud, y un tripulante advirtió a los

pasajeros que tuviesen cuidado. Estaban en Kort.

Ante la mirada de Pierson, el aeropuerto espacial era igual que todos los demás: un par de kilómetros cuadrados, aproximadamente, de cemento ininterrumpido, sólo punteado por señales pintadas. Donde terminaba el cemento, tras una cerca de alambre, había hileras de almacenes y otros edificios menores, muy feos, en los que se llevaban a cabo las operaciones de recepción y despacho. Las cintas transportadoras de carga rodaban hacia la nave *Havlom*. Un microbús se detuvo al pie de la rampa para recoger a los pasajeros.

Jan siguió a Marty Stevens por la larga pendiente, y pudo admirar su esbelta figura, su paso aplomado, su aparente firmeza. Durante la mayor parte de la última semana de viaje, había sido una compañera amable y una profesora competente. Su acento kortan, gracias a ella, mejoró inconmensurablemente, y hasta comprendía perfectamente el significado de las frases.

Carmody le dijo adiós cuando Jan saltó del vehículo ante la puerta de la Embajada, y Marty le dijo *kotobuon*, que implicaba que le gustaría volver a verle.

Un grupo de tres kortanos se aproximaba a Jan cuando éste se hallaba delante de la entrada de la Embajada, y el joven los contempló con expresión levemente preocupada mientras, en realidad, estaba catalogando todos los detalles. Eran jóvenes, al menos en apariencia, todos con dos metros o más de estatura, sumamente anchos de hombros, estrechos de cintura y con piernas largas. Las diferencias corporales no eran muy grandes, pero en la Tierra o en Idris sus ropas habrían resultado pasadas de moda. Al contemplar a un hombre kortano cabía pensar que era un espécimen un poco anormal del mejor linaje terrestre. Ahora bien, considerados en grupo sobresalían sus características comunes.

La piel era morena, circunstancia lógica debida al brillo del sol. Las pobladas cejas trazaban una línea a través del rostro protegiendo los ojos, oscuros y bastante hundidos, contra el resplandor solar. El cabello, negro, estaba peinado en dos trenzas. Parecían inteligentes y despiertos. Ciertamente, mucho más que el embajador intermundial, que era un hombre

de tez grisácea y aspecto cansado. Sus facciones, angulosas y distinguidas, concordaban con el cargo de embajador, y sus modales y su forma de hablar eran impecables. Era el séptimo embajador que Jan tenía ocasión de conocer. Se llamaba Wendell Holt. Era oriundo de la Tierra y estaba casi en la edad del retiro. Jan se preguntó si viviría el tiempo suficiente para volver a su planeta.

—No hemos cometido errores —aseguró Holt—. Por lo que yo sé, no hemos cometido errores. La Colonia tiene sesenta y cinco años de antigüedad y se estableció pacíficamente. Nuestros primeros colonizadores fueron bien recibidos. Los kortanos estaban bastante avanzados. Trabajaban los metales. Poseían vehículos y máquinas de vapor, obtenido mediante carbón, y las usaban para mover los barcos. Sabían un poco de astronomía, lo bastante como para comprender la diferencia entre planetas y estrellas. Y aceptaron la idea de las naves espaciales sin grandes sorpresas.

Extendió sus delgadas manos en un gesto habitual, sin significado real.

—Apenas tenían conocimientos de medicina, y nosotros estuvimos siempre dispuestos a ayudarles rápidamente. Sí, rápidamente. Algunos de nuestros remedios dieron buenos resultados con ellos, como la aspirina, la quinina y demás. Más adelante, conseguimos desarrollar varios antibióticos contra sus bacterias más patógenas. Y ahora ya poseen sus propios recursos clínicos. Tienen sus facultades y sus escuelas industriales. Nuestros profesores han sido sustituidos por kortanos. Es decir, se sostienen sobre sus propios pies. Algo bueno, muy bueno. Y ahora..., ahora esto.

Holt pareció mirar a Jan por primera vez.

—¿Qué edad tiene usted?, y perdone la pregunta.

Jan dominó su impulso de sonreír porque la pregunta era ineludible. Sabía que aparentaba muy poca edad y que su delgadez y su aspecto reticente daban una sensación de competencia.

—Treinta y uno contando por años terrestres, treinta y dos en Idris y unos treinta y ocho en Kort.

Holt tabaleó irritadamente con los nudillos.

—Demasiado joven para una misión planetaria. ¿Su primer trabajo?

—No, señor. Me ocupé hace poco de los problemas de Tamor y Fénix.

—No me diga... Conozco el asunto de Fénix. Aunque aquello fue distinto. ¿Ha tratado usted alguna vez con secuestros sistemáticos?

—No. ¿Está usted convencido de que se trata de eso?

—Sólo por deducción. Creo que no se trata de asesinatos sistemáticos. ¿Leyó usted mi cable?

—Sí.

—Decía que habían desaparecido catorce personas en un período de seis semanas. Ahora la cifra es de dieciséis.

—Ya. Supongo que usted poseerá datos respecto a las personas desaparecidas: nombre, edad, ocupación, estado familiar, posición económica... y todo lo demás.

No obstante, el embajador no estaba dispuesto aún a discutir los casos.

—Sesenta y cinco años —repitió—. Dos mil personas en la Colonia y sesenta y cinco años de colaboración pacífica. Y no hemos cometido errores, al menos de carácter grave. Hemos sido benévolos, sin segundas intenciones. Naturalmente, ha sido como una calle de doble dirección, mutuamente provechosa. Los kortanos nos han dado amplias concesiones mineras de uranio y torio. Ya conocían el valor de dichos minerales. Además, quisimos que supieran lo que nos cedían. Necesitábamos metales pesados. A cambio, ellos han obtenido una civilización avanzada.

—¿Y son felices con ella?

—Claro que lo son. Los kortanos ya se hallaban bastante civilizados cuando llegamos nosotros aquí, pero su promedio de desarrollo era lento, en parte, sin duda a causa de que la mayoría de sus hombres se interesaban más por el arte que por la ciencia. Nosotros les proporcionamos los estímulos y ellos aceleraron su desarrollo de modo asombroso. Han dado un salto de varios miles de años. Puedo profetizar que Kort tendrá viajes interplanetarios dentro de cinco años, y el espacio cuatridimensional antes de veinticinco, y que tales desarrollos los logrará por sí mismo, sin que nosotros se lo hayamos entregado en bandeja.

—¿Y la cuestión artística? —interpuso Jan—. ¿No podrían añorar los tiempos pasados, llenos de gloria para el arte?

Holt sacudió negativamente la cabeza.

—No, no hay ninguna prueba al respecto. Por favor, no intente extraer analogías de la historia antigua. Intermundo posee demasiada experiencia en colonización para no estar enterado de las minerías disidentes.

—Sus comentarios sobre la Colonia de Kort y sus relaciones con los nativos sugieren que usted cree que se trata de un problema interracial, y que son los kortanos quienes organizan los secuestros. ¿Está muy seguro de ello?

—No estoy seguro de nada, maldita sea. Pero es la explicación más sencilla. ¿Por qué dieciséis personas de todas las clases sociales y razas distintas desaparecen de buenas a primeras sin dar señales de una preparación preliminar? Muy bien. Aquí, en esta carpeta, tiene los expedientes de las personas desaparecidas. ¿Qué va a hacer con ellos?

—No lo sé. Primero, buscar un común denominador, supongo.

—Hum... Le deseo suerte. Y hágame saber todo lo que necesite.

—Lo haré. Usted dijo antes que de haberse cometido errores fueron muy triviales. ¿Se refería a algo definido?

Holt miró a Jan especulativamente.

—Sí, creo que sí. Bien, usted querrá un plano de la Colonia.

—En efecto. Probablemente la policía tendrá uno mostrando todas las posiciones pertinentes.

—¿Va usted a visitar a la policía?

—Es un primer paso evidente, ¿verdad? ¿Y por qué no?

Holt se frotó los ojos. Parecía muy fatigado.

—Sólo hay tres policías en la Colonia. Todos son kortanos. Y en vista de mis sospechas... Además, no han prestado ninguna ayuda. Lo cual es raro... con dieciséis casos de que ocuparse.

Oprimió un botón y entró una joven procedente de la antecámara.

—Le presento al señor Jan Pierson, señorita Takani. Mi secretaria. Por favor, préstele al señor Pierson cuanta ayuda necesite. Ya sabe por qué ha venido. Por el momento, entréguele una copia de nuestro atlas y los planos ampliados de la Colonia y la ciudad.

Jan se había puesto en pie, pero no obtuvo más que un saludo de cabeza de la señorita Takani.

—¿Qué le parece? —preguntó Holt, cuando se hubo cerrado la puerta—.

¿Atractiva?

—Sí, mucho, si a uno le gustan las mujeres del tipo amazona. Y bastante bien dotada.

—Exactamente —asintió el embajador—, muy típica. En los hombres, las piernas, los brazos y el torso quedan desproporcionados. En las mujeres..., hum... Genéticamente, la especie es muy diferente. Al revés que en su mundo y el mío, jamás podría haber aquí mezcla de razas. De acuerdo con la estructura corporal..., bueno..., sería posible, claro. Y ahí radica tal vez uno de los errores.

—¿Quiere decir que las mujeres de Kort han sido violadas? ¿O meramente seducidas?

—En absoluto. Al parecer son ellas las que seducen a los del Intermundo. Son extraordinariamente apasionadas, según me han contado.

—Entiendo. Y esto ha sido la causa de un agudo resentimiento por parte de los hombres de Kort.

—Nunca ha habido el menor indicio de resentimiento. Aunque parezca extraño, los kortanos lo encuentran gracioso. Sin embargo...

Jan recordó que ya había oído hablar de sociedades en las que no existía la posesión sexual, aunque no estaba seguro. Se dedicó a repasar los expedientes. De pronto, un nombre apareció ante sus ojos: Ilyoh Stevens.

—Stevens... —murmuró Jan—. ¿Tenía o tiene una hija?

—No. Ilyoh Stevens carece de familia. Usted se refiere a Roger Stevens. No existe la menor relación entre ambos. Rod fue catedrático de la universidad hasta hace un par de meses. Su hija, una chica preciosa si no recuerdo mal, vive en la Tierra. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque ella ya no está en la Tierra. Vino en la misma nave que yo. Me contó que su padre falleció hace poco.

—Sí. Cayó desde el piso superior de la universidad, por una ventana. Un hombre muy inteligente y un final muy trágico. ¿Para qué habrá vuelto Marty? Estará muy sola.

—Para consultar con un abogado respecto a la herencia.

—Hum... Conocí a Rod bastante bien. No ha dejado ninguna herencia, al menos que valga la pena. El suyo no era un empleo muy bien pagado, y le

resultó muy caro enviar a Marty a las universidades de la Tierra. No, esa joven no recibirá mucho. Esos abogados carecen de sentido común.

Jan se levantó del muelle-sillón.

—Me llevaré todo esto al hotel —dijo—. Nos veremos mañana.

La señorita Takani esperaba fuera con los mapas y una llave.

—Ya le han registrado en el hotel. Encontrará su equipaje en la habitación, la cuatrocientos uno. En el piso alto. Pedí una buena habitación por si deseaba usted dar allí alguna fiesta.

Le obsequió con una mirada de soslayo que no le dejó a Jan la menor duda de que, personalmente, ella estaría dispuesta a acudir a la habitación; luego le acompañó hasta el vestíbulo de la Embajada, ajustándose al paso del joven. En la puerta le entregó su tarjeta. Ota Takani, con un número telefónico. Tenía un pronunciado perfume a almizcle.

El hotel Vil-Kort se hallaba cerca de la Embajada. Era pequeño y parecía casi desierto, aunque algunas personas, kortanas e intermundiales, empezaban a entrar en el comedor.

Jan, ya en su habitación, procedió a asearse, cerró nuevamente sus maletas con todo cuidado y bajó a almorzar. Su delgado cuerpo había perdido algunos kilos debido a los rigores del mareo espacial, por lo que durante algunos días tendría buen apetito. En el comedor le ofrecieron dos menús. Uno para los intermundiales, con la clase de platos que se encuentran en todos los hoteles de cada planeta. El otro contenía los platos típicos de Kort. Jan, cautelosamente, pidió unos entremeses nativos y luego pasó a un estofado de ternera con patatas.

Después de comer subió a su dormitorio, y en un mapa de la Colonia pegado a la pared, fue punteando la geografía de la situación. No obtuvo mucha información. Marcando con alfileres azules las casas y sitios de trabajo de las personas desaparecidas, y con rojos los lugares donde se las había visto por última vez, el mapa ofreció un dibujo sumamente caprichoso. Jan empezó a redactar una lista de generalidades.

1. Sin prejuicios raciales. Personas desaparecidas pertenecientes a cuatro mundos: Idris, Tierra, Droon y Donelay.
2. Sin preferencia de edad. Edad media, treinta y ocho. Media en la Colonia, cuarenta.
3. Sin inclinaciones sexuales. Diez hombres, seis mujeres. Casi el mismo promedio que en la Colonia.
4. Sin relación con las ocupaciones y empleos.
5. Sin relación con los nombres.
6. Relación con la riqueza. Se necesita más información.
7. Relación con las actitudes, con los prejuicios. Sin datos.
8. Horario de desapariciones. Todas de noche.

Era una lista inútil, y el intento de Jan de jugar a detectives, una tontería. Llamó a la central de policía y descubrió que el jefe, cuyo título no era jefe sino comisario (¡un comisario con sólo dos subordinados!), fue el que contestó al teléfono.

—Esperaba su llamada —dijo el comisario Brunig, con acento cordial—. ¿Puedo ir a visitarle a su hotel? ¿Dentro de unos veinte minutos?

Jan respondió que le complacería en gran manera; luego, salió al pequeño balcón de su habitación y contempló la ciudad, tratando de identificar algunas señales de referencia. Había pocos edificios de más de dos plantas: el hotel y algunas casas de oficinas, muy diseminadas. La Colonia y la ciudad kortana, llamada Ligord, contigua a la primera, se parecían mucho arquitectónicamente. Las construcciones eran completamente de piedra o de bloques de cemento pintados desde diversos matices del color crema hasta el marrón. Más allá de los límites de Ligord se divisaba una línea de montañas ricas en floresta. El sol, blanco y muy caliente, se había tornado oscuro en su reborde inferior y empezaba a ocultarse tras las montañas. Jan estuvo contemplando el creciente crepúsculo hasta que oyó la llamada del comisario Brunig.

El policía era un poco más alto que la media kortana, de unos dos metros diez, con hombros anchísimos. Pareció verdaderamente encantado de conocer

a Jan, el cual, no obstante, no dejó de pensar en los puntos de vista del embajador Holt y se preparó para observar cualquier nota falsa. ¿No era ya una el hecho de que el comisario estuviese tan bien dispuesto a colaborar?

El mapa captó la atención de Brunig, quien se dedicó a examinarlo, asintiendo lentamente a medida que estudiaba las posiciones de los alfileres.

—En mi despacho tengo uno casi igual —explicó—. Pero no me ha servido de nada. Por cierto, hace poco telefoneó el embajador preguntando si podíamos colaborar conjuntamente. Me contó que usted estaba buscando un común denominador. Lo mismo que nosotros, si bien no nos ha dado aún ningún resultado.

Hablaba perfectamente el inglés, aunque un poco distorsionado por los chasquidos y sonidos guturales propios del kortan y de las gargantas de los kortanos. Jan hablaba tan correctamente el inglés como el idrian, y decidió emplear aquel idioma. Aunque muy mejorado, su kortan todavía era un canal muy pobre de entendimiento.

Brunig se sentó en uno de los sillones e inmediatamente pareció mucho más bajo.

—Permítame que empiece diciéndole una cosa —manifestó—. El señor Holt cada vez se muestra menos dispuesto a discutir este caso con nosotros porque, obviamente, teme que se trate de una conspiración de los nativos y no está seguro de que nosotros hagamos todo lo posible por resolver el caso. En realidad no hay pruebas de que hayamos logrado algo. Incluso podría pensar que está complicada en este asunto la policía colonial. Bien, no estamos complicados en nada ni abandonamos nuestro trabajo. Acepte mis palabras, aunque sólo sea en principio. De todos modos, no tenemos ningún testigo, ninguna pista. Y no sabemos qué precauciones adoptar.

El comisario hizo una breve pausa antes de proseguir.

—Los residentes en la Colonia empiezan a asustarse. Si se asoma usted a la ventana verá que la calle, muy frecuentada hasta hace poco, está ya casi desierta. La gente no sale después de que haya oscurecido salvo por un asunto urgente. Esto ya lleva así algún tiempo y las desapariciones continúan. Si a uno no le importa quién sea la víctima, siempre es posible encontrar a alguien.

Jan se había sentado frente a Brunig, escrutando su rostro en busca de alguna expresión reveladora. No vio ninguna. Los ojos, oscuros, se hallaban casi escondidos bajo las pobladas cejas. La cara era, en conjunto, totalmente inescrutable para un miembro de otra raza. Y entretanto, el candor de Brunig resultaba convincente.

—De modo que usted también cree que se trata de secuestros —observó Jan.

—Espero sinceramente que no se trate de asesinatos. ¿Qué otra cosa cabe pensar?

—¿Y que los kortanos son los responsables?

—Supongo que sí —Brunig se encogió de hombros—, aunque, según mi experiencia, nada se halla más en desacuerdo con el carácter de los kortanos. ¿Qué sabe usted de Kort?

—No mucho. Mas antes de que pasemos a tratar de este tema, ¿qué le parece si le invito a cenar?

Brunig pareció encantado, si es que la inclinación de las comisuras de sus labios hacia abajo, y no hacia arriba, podía interpretarse como una sonrisa.

—Gracias. Entonces llamaré a la central diciendo que no regresaré. No sé si usted se da cuenta de una cosa. Hace sesenta años Kort estaba en la edad del carro de dos ruedas arrastrado por..., por el equivalente del caballo terrestre. Ahora podemos marcar un número y hablar con cualquier persona del planeta, marcharnos de noche a casa en un aerotaxi... Pues bien, ¿por qué ningún kortano ha de querer matar a la gallina que pone unos huevos de oro tan sabrosos? Me refiero a ningún kortano con el cerebro normal.

—Oh... ¿Qué me dice de los kortanos que no tienen la mente equilibrada?

—Aquí no existe la locura. Hay muy pocos casos de retraso mental, y de ellos nos ocupamos ya durante la infancia del individuo.

—Cenaremos aquí —decidió Jan—, donde podremos hablar con más libertad.

Empezaba a gustarle aquel tipo, que parecía ser mucho más competente de lo que cabía esperar de un policía de provincias, y estaba dispuesto a confiar en él a pesar de los consejos en contra que había recibido del

embajador.

—¿Dónde aprendió inglés? —se interesó Jan cuando les hubieron servido la cena y el camarero les dejó solos.

—Pasé un año en la Academia de Policías de una ciudad llamada Nueva York. Desde entonces nuestros problemas locales han sido sumamente fáciles, al menos hasta ahora. —Hizo una pausa—. No, hallo muy difícil imaginar que se trate de secuestros llevados a cabo por mis compatriotas, principalmente porque hasta ahora jamás hubo ninguno. El kortano no es un individuo que respete particularmente las leyes, pero sus delitos y crímenes se deben al impulso del momento. Comete robos cuando ve algo que desea enormemente y piensa que tiene la oportunidad de apoderarse de ello sin que le pillen, pero no atraca Bancos porque esto requiere un planteo perfecto. Se pelea y puede matar a un rival, pero no envenena a su socio en el negocio para cobrar la póliza del seguro.

Brunig se recostó en su asiento.

—Más o menos, la población de este planeta es de unos tres millones de habitantes. Formamos una sola nación y así ha sido desde los días en que únicamente había aquí poblados aislados. Poseemos una sola fuerza de policía, con un promedio de tres agentes por cada diez mil personas. En la Colonia, no obstante, hay tres para los dos mil habitantes, debido a que se requieren un poco más nuestros servicios.

—Entonces, son ustedes una fuerza de novecientos policías para todo el planeta. Muy notable. ¿Quién los dirige?

—Más que nadie... supongo que yo.

—Vaya, le había tomado el número equivocado, amigo.

—No tan equivocado. En realidad soy un policía de provincias, si sabe a qué me refiero. De todos modos, me alegra poder traspasar este conflicto al Cuerpo de Paz.

—Oh, no, usted no puede ceder su responsabilidad con tanta facilidad. El Cuerpo de Paz no es una agencia de detectives. Nuestra ocupación habitual es convencer a un grupo de personas que no están de acuerdo con algo para que lo estén; si es preciso recurrimos al engaño. Y ahora no sé cómo encarar este problema. Usted dice que los kortanos pueden matar en una pelea. ¿Se han

producido algunas muertes por esta causa?

—Bueno, ha habido bastantes robos, y nuestro sentido de la posesión está muy desarrollado. Si un hombre ha trabajado durante diez años para poseer una pintura o una estatua, no es sorprendente que defienda su propiedad con violencia. Tal vez no desee matar al ladrón, pero lo hará en caso necesario.

—¿Debo pensar entonces que los kortanos son coleccionistas de arte?

—Muchos de ellos. Nos gusta comprar con nuestros ahorros originales artísticos. Por otra parte no tenemos música. Para nosotros la música de los otros mundos es sólo un ruido... y no demasiado grato, por cierto.

—Entiendo. Por ahora los kortanos son para mí una raza bastante curiosa. ¿Cómo se enfrentan con sus represiones?

—Con los deportes. Uno de los favoritos es la *bagata*, sale una veintena del hombres al coso, totalmente desnudos..., excepto los guantes de boxeo. El que queda en pie al final es el vencedor.

—¡Diablo! —exclamó Jan.

—Exactamente.

—¿Le importa que me refiera a un tema delicado?

Brunig sonrió.

—¿El sexo?

—Sí.

—Usted quiere saber si a los kortanos nos molestan las frecuentes relaciones entre nuestras mujeres y los intermundiales, y si esto podría ser el motivo de..., bueno, digamos asesinatos. Le aseguro que no. En el matrimonio practicamos la monogamia, pero no la fidelidad. Para nosotros la fidelidad es artificial e incómoda. Y es difícil imaginar los celos sexuales. Yo soy viudo, pero, en vida, mi esposa sospecho que tuvo, como mínimo, una docena de amoríos todos los años. Y yo otros tantos, o al menos hubiera podido tenerlos, pero aquí son las mujeres las que se interesan más por el sexo. ¿Está usted estupefacto? Pues en nuestra raza esto ha sido completamente normal a través de todas nuestras fases evolutivas. La mujer kortana sólo concibe cuando lo desea, cosa que hemos aprendido recientemente, mediante un reajuste hormonal. Únicamente tiene hijos cuando se casa, y ello si la situación económica es favorable. Las mujeres

kortanas hallan sumamente atractivos a los hombres intermundiales. Por el contrario, las mujeres intermundiales no resultan interesantes en absoluto a los kortanos. Un asunto divertido.

—Sí —asintió Jan sin convicción. Pasó a otra cuestión, abandonando una que juzgaba bastante inquietante—. Conozco a los mejores componentes raciales de la Colonia. Bien, hábleme de las minorías.

—Un poco de todo. Hay pequeños grupos de individuos procedentes de diecinueve de los treinta y dos planetas del bloque intermundial. Y, esto aparte, tenemos dos hombres de Skald.

—¿Qué hacen aquí? Si un planeta no forma parte del bloque su gente no puede ir en las naves interestelares.

—Cierto. Un transporte que ondeaba la bandera de Idris sufrió un incendio a bordo y murieron dos hombres. Ilegalmente, descendieron a Skald y reclutaron dos individuos. De poco debieron servirles. No es posible imaginarse a dos sujetos peores. Me visitan frecuentemente para rogarme que los haga regresar a Skald, en lo que yo no puedo hacer absolutamente nada.

—¿Por qué eso de «peores»? Bueno, no sé nada de Skald. Ya resulta bastante difícil aprender cosas de los lugares adonde pueden enviarte en misión. Allí ocurre algo raro, ¿verdad?

—Muy raro. Los skaldeanos son tan poco atractivos que todo el mundo los esquiva. Tienen la tez gris y pegajosa. Engatusan, gimen y se disculpan por existir, y exhalan un olor muy desagradable. Se mueven lentamente y supongo que sus respuestas a los estímulos son retardadas. Esos dos tipos son artistas, aunque carecen de creatividad. Sus obras se limitan a retratos en colores plásticos, y son reproducciones exactas del original; demasiado exactas para resultar interesantes y valiosas. La fotografía ofrece más interés. Pero no poseen bastante ambición ni resistencia para tener empleos regulares, y mucho menos para forjar una conspiración. Olvídelos.

—Muy bien, otra pregunta. ¿Cuánta interpenetración existe entre Ligord y la Colonia?

—Veamos... En la Colonia trabajan unos quinientos kortanos, y una cuarta parte de ellos también duerme aquí, aunque posean hogares permanentes en Ligord. Un puñado de intermundiales, todos de Droon y

artistas, viven en una calle de la Vieja Ligord, donde poseen sus estudios y las tiendas donde venden sus cuadros. Unos veinte colonizadores, en su mayoría profesores, trabajan y viven cerca de la universidad. Y eso es todo. Antes de estos últimos sucesos la gente de la Colonia circulaba libremente por Ligord donde incluso hay, por ejemplo, restaurantes populares.

—Todo esto parece muy natural —reconoció Jan—. Hábleme de las medidas que han adoptado ustedes. ¿Han organizado búsquedas?

—Tan bien organizadas como las que más —afirmó Brunig—. He utilizado a hombres de otros distritos y hemos explorado los túneles en una serie de movimientos envolventes. Naturalmente, en Kort éste es un trabajo agotador y casi imposible.

—¿Los túneles? —repitió Jan.

—¿No está enterado? ¿No conoce las características de nuestro sol?

—No. ¿De qué se trata?

—Es más brillante que el sol de Idris, como habrá observado, y no se comporta tan bien. Tenemos tormentas solares, a veces dos en un año, y una en especial, horrorosa, cada tres o cuatro años. Los animales y las aves kortanas se esconden en sus cuevas. Pero los hombres abandonaron las cuevas y empezaron a construir túneles hace muchos siglos. Con el descubrimiento del cemento y la cerámica los túneles se convirtieron en estructuras permanentes. Hoy día poseemos los túneles, incluso los hay privados, o bien celdas comunales donde nos retiramos en caso de tormenta. Podemos subir a las casas para efectuar breves misiones, pero evitamos las ventanas y no salimos fuera para nada. El sol nos produce ceguera y se nos freiría la piel con unos cuantos minutos de exposición a sus rayos. Nuestros túneles suelen constar de cuatro pisos o estratos, y se corresponden con toda la ciudad y la Colonia. La ley prohíbe, además, mantenerlos cerrados. Las tormentas se desatan sin previo aviso, y en cualquier momento podemos necesitar de ellos. A esto hay que añadir que todo propietario particular puede gozar de túneles cortos, sin comunicar, para formar una especie de hogar. Por todo esto nuestras búsquedas no han podido ser muy eficaces. —Brunig se puso en pie y se despezó—. ¿Cómo podemos ayudarle?

—Mañana —repuso Jan— me gustaría hablar con los amigos más

íntimos o los socios de las personas desaparecidas. Preferiblemente en sus casas o despachos. Usted puede sugerirme los nombres, disponer las entrevistas y, si lo juzga necesario, dar la nota oficial a mis visitas. Tendré que ver nuevamente a Wendell Holt y me gustaría que estuviese usted presente. Y si aún queda tiempo mañana, quisiera dar una vuelta por Ligord, sólo para pensar, para ver cómo la gente va a sus quehaceres cotidianos.

—Muy bien. Estaré en mi oficina a las ocho. ¿Puede ir a buscarme? — señaló un punto del mapa—. A dos bloques de distancia.

Jan bajó con él al vestíbulo y esperó en la acera hasta perderle de vista; luego, como que en varios días no había hecho ejercicio, subió los cuatro tramos de escaleras a pie.

Bien instalada en el centro de la cama y luciendo una sonrisa de bienvenida, en lugar de algo más sustancial, se hallaba la señorita Ota Takani.

Jan tomó diversas notas esbozadas durante las entrevistas. No esperaba nada tan concreto como horarios o hechos nuevos, sino impresiones, atisbos del carácter de las víctimas, síntomas que pudiesen ser la causa de su terrible elección. Habló con tres kortanos, y uno de ellos resultó que había conocido al profesor Stevens. Jan le interrogó a fondo. No era posible relacionar la muerte del profesor Stevens con las desapariciones, aunque era una cosa muy rara el que un ciudadano estable y bien equilibrado se cayera por una ventana para que tal hecho pudiera dejarse de lado.

Como deseaba mantener las entrevistas en tono oficioso, varias conversaciones fueron largas y no pudo completar la lista. Y fue a última hora de la tarde cuando él y Brunig llegaron a la Embajada.

Ota saludó formalmente al comisario Brunig y concedió a Jan un guiño.

—¿Tendrás mucho trabajo esta noche?

Jan miró al policía, que estaba sonriendo maliciosamente.

—De modo que usted ya ha adoptado nuestras costumbres. ¡Bravo! Cuanto antes nos conozca, tanto mejor.

Holt estaba sentado detrás de su escritorio como si no se hubiese movido de allí desde el día anterior, aunque parecía más cansado, o más enfermo,

según Jan. Tenía un color céreo. Sin embargo, estaba preparado para dar un resumen financiero de todas las personas desaparecidas. Con Brunig mostró cortesía profesional, aunque algo reservada.

Jan preguntó a Holt si tenía alguna responsabilidad hacia los skaldeanos.

—Sí y no —el embajador extendió las manos—. No deberían de estar aquí, pero carezco de fondos para enviarlos a su patria. Desde aquí sería muy costoso, pues no hay paradas programadas. Tendrán que trabajar hasta reunir el dinero necesario para pagarse el viaje. Por desgracia son incapaces de realizar ningún esfuerzo tenaz. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque constituyen un factor desconocido. Bueno, desconocido para mí.

—Confío en que no esté perdiendo el tiempo y mi presupuesto en tonterías. Esos tipos son incompetentes y no tienen la menor relación con este asunto.

Después, yendo hacia su hotel con Brunig, Jan inquirió:

—¿Cómo pudieron descender aquí esos skaldeanos? Creí que ello no era posible.

—Desertaron. Desertaron y desaparecieron hasta el día después de despegar el transporte. Incidentalmente, los de la nave reclutaron a dos jóvenes kortanos en su lugar, que recientemente habían obtenido el título de ingenieros. Supongo que regresarán algún día. No podemos permitir que nuestros mejores cerebros se marchen a otros planetas. No al menos en esta fase de nuestro desarrollo.

—¿Podría verles?

—Realmente la ha tomado usted con esos dos pobres skaldeanos. Sí, supongo que puede verles. ¿Me disculpa que esta noche no me halle a su disposición? Tenemos una reunión en una organización de abogados y policías a la que debo asistir.

—Naturalmente. Nos veremos mañana.

Jan cenó en el Vil-Kort a solas, releyendo sus notas y tratando de formarse un juicio. El doctor Carmody se detuvo junto a su mesa.

—¿Le molesta mi compañía?

—Al contrario.

Carmody tomó asiento y consideró la minuta.

—¿Ha llegado a algún resultado en lo de las desapariciones?

—Apenas he empezado. Y usted, ¿qué tal va con sus suicidios?

—No muy bien. He pasado el día hablando con un grupo de médicos kortanos y varios psicólogos. Por lo que he podido averiguar, los kortanos son una raza sana y cuerda. ¿Cree todavía que existe una relación entre los dos problemas?

—No estoy muy seguro —replicó Jan—. Es una posibilidad. Dos series de sucesos sin precedentes que ocurren al mismo tiempo invitan a una reflexión. ¿Ha visto al comisario de policía?

—No.

—Es un hombre muy capaz. ¿Vio al embajador?

—Estoy citado con los dos mañana.

—Usted es médico. Bien, tengo curiosidad por saber qué opina de Holt. A los ojos de un profano en medicina, parece un hombre muy enfermo.

—Yo no ejerzo; ni tampoco podría hacer nada debidamente.

—¿No podría traer a su propio médico si creyera que se encuentra en mal estado?

—Tal vez. Veremos. Inicialmente he de suponer que se halla bajo los cuidados médicos adecuados.

Prosiguió la charla y Jan se marchó por fin. En la conserjería le esperaba una nota para que se pusiese al habla con Brunig. Hizo la llamada desde su habitación.

—Hay novedades —respondió el comisario—. Han sido vistas dos de las personas desaparecidas; una, hoy a mediodía, en Sharvik, una población minera situada a unos seiscientos kilómetros de aquí, y la otra en Ligord, hace una hora.

—De acuerdo —asintió Jan—. De este modo el cuadro no es tan siniestro. ¿Qué dijeron?

—Los dos volvieron a desaparecer, lo que no deja de ser extraordinariamente enigmático, pero las identificaciones no dejan lugar a dudas. A ambos los vieron por la calle personas que los conocen bien, y en ambos casos hubo conversaciones breves que confirmaron las identidades.

Naturalmente, he puesto a mis hombres en su búsqueda, y, a menos que usted opine algo en contra, supongo que lo mejor será que asista a mi conferencia. Mientras tanto he pensado que usted no tiene fotografías de las víctimas. Le enviaré una serie con un mensajero. A lo mejor tropieza usted con uno de los desaparecidos.

—Muchas gracias —dijo Jan con sinceridad—. Sí, puede ser que vaya a su conferencia.

Sentado ante el escritorio, Jan extendió las notas que había tomado durante el día, constituidas particularmente por una o dos palabras que le recordaban toda la conversación. Entre aquellas notas tenía que haber algo significativo que no sabía ver. Pero no tuvo ocasión de meditar sobre ello. Sonó el timbre del teléfono.

Una voz femenina, desconocida, preguntó si era Jan Pierson.

—Yo soy Vera Marrock..., la señora Marrock. Vivo en el 314 de Norvei Avenue, la misma calle en que está su hotel, siete bloques más arriba.

—¿Sí...?

—Habitó el apartamento situado debajo del de los Stevens. La policía llamó y dijo que usted vendría a verme hoy.

—Exacto, pero lo haré mañana.

—Marty vive conmigo. Le conoció a usted en la nave.

—Sí, claro. ¿Sucede algo?

—Supongo que no. Estábamos hablando de esos secuestros, después de cenar, y de pronto Marty se vio asaltada por la idea de que tenía que comunicarle a usted algo. Casi pegó un salto; dijo que iba a verle al hotel y se marchó. La llamé para decirle que le telefonease, pero creo que no me oyó. Como ya sabe, ahora no salimos de noche, por lo que estoy un poco inquieta por ella. Soy ya vieja y no ando muy bien, de lo contrario iría en su busca. ¿Cree que está en peligro?

—Oh, seguramente no, señora Marrock —contestó Jan con un tono calculado para tranquilizar a la anciana—, pero sólo para que no sufra iré al encuentro de Marty por la avenida.

Colgó y meditó sobre la situación que, en términos estadísticos, no era alarmante; pero mientras lo hacía fue poniéndose los zapatos y la chaqueta, y

al cabo de un par de minutos estaba fuera del hotel.

No encontró a ningún transeúnte entre el Vil-Kort y el número 314 de la misma calle. Luego, a riesgo de provocar el pánico en la anciana, tocó el zumbador.

—¿Ha vuelto? ¿No? En ese caso, será mejor llamar a la policía. Rogarles que se pongan en contacto con Brunig, pero que empiecen la búsqueda sin él. Yo volveré a mirar por la calle.

Entre los objetos del equipo que llevaba consigo constantemente se contaba una diminuta linterna. La encendió y exploró todas las callejas y callejones sin salida, zigzagueando por la avenida. Para ser una comunidad con sólo sesenta y cinco años de antigüedad la Colonia poseía una cantidad sorprendente de callejuelas, la mayoría de las cuales terminaban en pequeños patios que daban acceso a un par de viviendas y, a veces, a una tienda. Era una zona próspera, aunque fuera de la calle principal no había luces o sólo las de las ventanas iluminadas. Jan caminaba lentamente. No ganaría nada corriendo, ya que podía dejar de ver a Marty o alguna señal suya.

En el segundo bloque encontró su collar, una cadena de oro que ella llevaba constantemente consigo a bordo de la nave espacial. Yacía en medio de la acera, muy cerca de la entrada a un patio. Recogió la cadena, pero lo pensó mejor y volvió a dejarla donde estaba, dispuesta aproximadamente en forma de flecha indicadora. A lo lejos divisó las luces de un aerocoche y pensó que seguramente pertenecería a la policía. Con la linterna formó el SOS universal, y luego penetró en el patio. Era más pequeño que otros, y, aunque uno de los lados estaba ocupado por una licorería, ésta y la vivienda; fronteriza estaban a oscuras.

El rayo de luz recorrió toda la zona vacía, pudiendo ser visto, de haber alguien, desde una docena de ventanas a oscuras. Mas, sin tener en cuenta este peligro, su obligación era investigar primero en el patio. Subió hasta hallarse frente a la puerta de la vivienda y giró suavemente el picaporte. La puerta estaba abierta, lo cual era una suerte. Jan había seguido un cursillo sobre cerrojos y cerraduras y llevaba consigo una simple palanqueta, aunque jamás había tenido oportunidad de utilizarla, y era dudoso que hubiese sabido servirse de ella. Las cerraduras que había observado en sus dos días de

estancia en Kort le habían parecido uniformemente complicadas, tal vez a causa de la debilidad de los kortanos por el robo. Que esa puerta estuviese abierta en una casa a oscuras implicaba una invitación a entrar en una trampa, pero Jan no tenía más alternativa que aceptarla.

Se agazapó antes de empujar la puerta. No ocurrió nada. Se incorporó, se deslizó por la abertura y cerró suavemente la puerta a sus espaldas. Sin moverse, esperó a que sus ojos se acostumbrasen a las tinieblas. Cuando, al cabo de varios minutos, continuó sin ver ni oír nada, rebajó las lentes polarizadoras de la linterna a su menor volumen, y paseó el rayo de luz por la estancia.

Ante una puerta situada en el otro extremo, tan silencioso como él, se hallaba el comisario Brunig. Era obvio que el policía le había visto entrar y esperaba a que Jan le viese, ya que se llevó un dedo a los labios indicando silencio.

Volvió a reinar la oscuridad más absoluta en tanto Jan meditaba sobre el posible significado de este imprevisto suceso. Seguía creyendo que el policía era un amigo y un aliado, aunque su presencia en la casa requería una explicación. Podía haber varias. Tal vez Brunig tenía a Marty bajo una vigilancia constante. Y que Brunig hubiese dicho que aquella noche tenía que asistir a una conferencia no significaba nada. La policía suele disimular sus actividades. Jan esperó el movimiento siguiente.

Oyó las palabras apenas susurradas.

—Sígueme.

Simultáneamente, divisó la estrella verde fosforescente en la palma de una mano enguantada de blanco. La estrella se movió y Jan la siguió con un brazo extendido para tantear los posibles obstáculos. Brunig parecía conocer el camino a la perfección. La puerta daba a un corredor estrecho y recto que, al cabo de unos veinte pasos, se convirtió en una serie de peldaños descendentes. Jan contó cuarenta escalones y se halló al principio de otro pasillo. La estrella se apagó dos veces y en ambas ocasiones Jan se detuvo. La primera parada duró sólo unos segundos, y casi medio minuto la segunda.

En aquel nivel inferior el aire era diferente, frío y muy húmedo, y la casi imperceptible corriente que azotaba a Jan en el rostro contenía un olor

indefinible que no había aún percibido en Kort. El joven oía sus propios pasos, pero no los de Brunig; y, aparte del que hacían sus pisadas, no había ningún otro ruido. Llegaron al elevado umbral de una puerta y los dedos de Jan le percataron, al pasar, que era corredera. Penetró en un pasadizo ancho, o tal vez una vasta estancia, y se detuvo. Cada vez le gustaba menos el curso que seguían los acontecimientos. Brunig parecía demasiado conocedor de aquel lugar, lo cual no servía para calmar la ansiedad de Jan ni mucho menos. La estrella verde de seis puntas volvió a desaparecer. Jan aguardó treinta lentos segundos, y al final utilizó su linterna.

La débil luz bastó para dejarle entrever que se hallaba en una habitación de regulares dimensiones y que Brunig había desaparecido, seguramente por la puerta de la pared que tenía enfrente y que estaba cerrada. No dudó, asimismo, de que la puerta por la que ambos habían entrado estaba también cerrada. No obstante, lo comprobó... y lo estaba.

Había sido un necio. Había confiado en un traidor, metiéndose en una trampa a pesar de las advertencias de Holt. Y su propio nombre aparecería al final de la lista de personas desaparecidas. Tenía que considerar distintas posibilidades.

Parecía probable que en realidad existiese una banda de secuestradores, entre los que figuraban al menos algunos policías. Marty Stevens debía de haber sido apresada a la entrada del patio, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo como para dejar caer su collar. Iba a verle a él con alguna idea que se le habría ocurrido de repente. ¿Estaría Vera Marrock al otro lado de la acera? ¿Habría comunicado urgentemente a Brunig lo que pensaba hacer Marty, o a cualquier otro, con el resultado del rapto de la joven? En tal caso, ¿habría anticipado Brunig su llegada, o simplemente improvisó sobre la marcha con el fin de secuestrarle también a él? ¿Sería Brunig quien había dejado el collar en la calle? ¿No era muy plausible que él, Jan, y no Marty, fuese el principal objeto del secuestro, y que a la muchacha sólo la hubiesen utilizado como señuelo? Según todas las probabilidades, alguien había efectuado una interferencia en el teléfono de su habitación del hotel. Bien, todas estas posibilidades tenían un denominador común: Marty estaba en el mismo apuro que él.

«Has sido un perfecto idiota», se dijo, tras lo cual empezó a registrar la habitación.

Medía unos ocho metros por cinco, y estaba desprovista de muebles. Las paredes y el suelo eran de piedra, con las losas muy juntas, y el techo parecía hecho de alguna clase de espuma acústica. Al apartarse de la pared advirtió que la habitación no formaba un rectángulo, sino una L.

El otro brazo de la L contenía cuatro literas estrechas, y en una de ellas yacía Marty Stevens, sin el menor vestigio de ropa. Por un momento. Jan la tomó por muerta. Sin embargo, respiraba, lenta pero regularmente, y su piel estaba caliente al tacto. También su pulso latía con fuerza. Jan exhaló un suspiro de alivio y luego reprimió el impulso de reír. Los sucesos empezaban a ser grotescos hasta el extremo de la irracionalidad. Era gracioso imaginarse a unos secuestradores que sólo desearan prendas de vestir.

Marty se hallaba indudablemente bajo los efectos de una de las miles de drogas narcóticas que podían encontrarse en todos los planetas intermundiales. Le cosquilleó la planta de un pie y no obtuvo más que un leve reflejo en respuesta. Jan decidió que la muchacha no podía continuar de aquella manera. Trasladó sus objetos personales de la chaqueta al pantalón y, con cierta repugnancia, casi extraña en él, cubrió a la joven con la chaqueta. No le pareció suficientemente adecuada y acabó por añadir su camisa.

Durante las dos horas siguientes se paseó por aquel cuarto, en parte para entrar en calor, y en parte con la esperanza de que se le hubiese pasado por alto algún medio de salida. Las dos puertas eran de metal, completamente liso, y sin picaporte, cerrojo o cerradura alguna. Periódicamente iba a vigilar a Marty, que permanecía en el mismo estado. Registró las otras tres literas, que eran sólo jergones sin patas, y miró debajo. Finalmente, trasladó a la muchacha a otra litera y registró la suya. No había ninguna trampilla ni salida.

Continuó paseándose.

Al fin, al palmotear las mejillas de Marty, ésta abrió los ojos.

—Hola —murmuró, demasiado débil para sentir curiosidad.

—Hola —repuso él.

La muchacha volvió a cerrar los ojos. Jan le concedió quince minutos más

de descanso, y cuando regresó a su lado la encontró casi despierta.

—¿Dónde están mis ropas? —quiso saber Marty.

—No lo sé. La hallé sin ellas.

—¡Oh...! —exclamó, dando media vuelta como para volver a dormirse.

Jan le palmeó suavemente las mejillas.

—¿Dónde dijo que estaban mis ropas?

—Supongo que la han secuestrado. Alguien se llevó sus ropas.

—Oh... ¿Me encontró usted así?

—Sí.

—¿Y me tapó con su chaqueta?

—Sí.

La joven reflexionó sobre la situación.

—De acuerdo. Al final, tendrá usted que casarse conmigo.

—Está bien. Pero ahora quiero que se despeje completamente y camine un poco.

Apagó la linterna mientras ella se ponía la camisa y la chaqueta.

—Estupendo. Ahora levántese. Ande. Siga la luz de la linterna. Muy bien... Más de prisa. Manténgase delante de mí. Uno, dos, uno, dos... Respire hondo.

—El suelo está muy frío —se quejó Marty—. Es usted un bruto y le odio.

—Lo siento, pero no puedo darle mis zapatos. Y está usted muy bonita con mi chaqueta.

—Gracias. ¿Estoy decente?

—Sí, aunque sólo lo justo.

—Está bien. No le odio.

Jan la obligó a caminar durante media hora.

—¿Vive usted con Vera Marrock? —le preguntó.

—Sí. Es como una tía para mí. Es maravillosa.

—¿Salió esta noche de su casa para ir a verme al hotel con el fin de contarme no sé qué?

—Sí, en efecto. Mi padre...

—Espere. ¿Dejó usted caer su collar como una pista en el lugar donde la atacaron?

—No. Aunque hubiese sido lista para eso no habría tenido tiempo. Me atacaron dos. Uno era un policía de la Colonia, con el uniforme rojo y gris, y el otro...

—Un momento.

—¿Por qué?

—Es casi seguro que están escuchando esta conversación. Será mejor que no diga nada que ellos no deban saber.

—Comprendo. Bien, uno era un policía de la Colonia y el otro un terráqueo. Un hombre bajito. El policía me cogió por los brazos y el otro me roció la cara con un aerosol... y no recuerdo nada más. No, no fue así. Había una mujer. Yo no podía sostenerme en pie, por lo que me cogieron y ella volvió a rociarme la cara con aquel producto. Bien, no recuerdo nada más hasta que le dije «hola» a usted.

—¿No la hirieron ni le hicieron daño?

—Que yo sepa, no. No, seguro que no. Lo que quería contarle a usted... Bueno, acérquese y se lo susurraré.

De repente se encendieron una docena de lámparas en el techo, inundando la estancia con una vivísima luz. Al mismo tiempo se abrió la segunda puerta. Brunig estaba en el umbral, mirándoles. Les hizo seña de que le siguieran, y se marchó.

—¿Le seguimos? —inquirió Marty.

—¿Por qué no? De nada sirve que continuemos encerrados aquí.

Siguieron a Brunig por un pasillo corto e iluminado, hasta una habitación más pequeña que sólo contenía seis butacas. Cuatro estaban dispuestas en semicírculo, y las otras dos estaban juntas a cierta distancia de las primeras. Brunig les indicó que tomaran asiento en las últimas, y a su vez se sentó junto a tres individuos desconocidos. Durante un minuto nadie habló, y Jan tuvo tiempo de estudiar a los tres desconocidos.

Al extremo de la fila, a su izquierda, se hallaba un hombre que, por la descripción dada por Brunig, debía de ser uno de los skaldeanos. Era muy alto y delgado. Tenía el rostro y las manos como los de un muerto, de color gris, y brillantes como el estaño. Sus párpados estaban caídos, su nariz era chata y pendular a la vez, y su boca y todo su semblante mostraba una

expresión de alarma o, al menos, de gran preocupación. Llevaba un traje kortano excesivamente grande para él, y jugueteaba constantemente con los dedos, con movimientos lentos.

Junto a él había una mujer de mediana edad, con la cara cuadrada y el colorido de los idrianos. El tercero era un hombre mayor y delgado, probablemente terráqueo puro.

A la derecha estaba Brunig.

Jan se sentía cada vez más extrañado por la conducta del comisario. Ahora estaba sentado con expresión impasible contemplando a Jan con mirada hosca, por debajo de sus pobladas cejas, con las apenas visibles negras pupilas. Su mano derecha, enguantada de blanco, estaba plantada sobre la rodilla. La izquierda sostenía una pistola de dardos de aspecto mortífero, mucho más, según ya sabía Jan, que la pistola de aturdimiento que llevaba el día anterior.

Fue el skaldeano quien habló. Su voz carecía de encanto, lo mismo que su apariencia.

—¿Habla usted kortano? —preguntó, pronunciando las sílabas separadamente.

Una pieza del rompecabezas, una pieza importante, quedó debidamente colocada.

—Un poco —replicó Jan, cautelosamente.

—Yo no hablo idriano, aunque sé inglés.

—Estupendo. Nos entenderemos en ese idioma.

—Yo soy el Hermano Vleck. Esta mujer es la señorita Chorn. Y este caballero es Walter Lester. Este hombre es Brunig, el comisario de policía. ¿Sí?

Sin apartar la vista de la pistola de Brunig, Jan se puso en pie y saludó ligeramente. La pistola quedó apuntada contra su pecho.

—Yo soy Jan Pierson. Y ésta es la señorita Stevens.

—Lo sabemos —asintió el Hermano Vleck—. Ahora deseamos conversar con sentido. No queremos violencia.

Jan volvió a levantarse.

—Yo trabajo para el Cuerpo de Paz. Tampoco queremos violencia.

—Perfecto. Yo, el Hermano Vleck, digo que nosotros somos hombres de Skald que hemos venido a Kort para traer el bien. ¿Sí?

—Bien, adelante.

—Nosotros trajimos el mikkal. Una droga muy buena.

Por el rabillo del ojo, Jan miró a Marty y vio que la joven asentía de manera imperceptible.

—Entonces —continuó Vleck—, aquí estamos cuatro personas para decirles que el mikkal es una droga excelente que hace felices a todos, fuertes y muy inteligentes. De Idris, la Tierra, Kort y Skald. Ahora planeamos llevar el mikkal a los demás mundos.

Si acaso era posible que un rostro como aquel pudiese mostrar placer, el semblante del Hermano Vleck lo demostró. Era, pensó Jan, una advertencia viviente de los beneficios producidos por el mikkal.

—Skald es el más feliz de los mundos gracias al mikkal, pero Skald no tiene muchas más cosas. —Los vacilantes monosílabos parecían notar en el aire—. Skald necesita muchas cosas buenas: máquinas, poder atómico, plásticos... ¿Sí?

Jan escuchaba, comprendiendo que aquel hombre le estaba proponiendo un trato. Los skaldeanos podían ser unos conspiradores, pero con toda seguridad eran bastante ineptos. Podían haber tenido una docena de posibilidades para anestesiarle, como habían hecho con Marty, y registrarle en busca de armas. Según la práctica del Cuerpo de Paz, no llevaba ningún arma mortal, aunque esto seguramente ellos lo ignoraban. Parecía extremadamente estúpido que el Hermano Vleck hubiese dispuesto esta entrevista frente a frente, aun siendo cuatro contra dos, sin efectuar el menor esfuerzo por desarmarle. Bien, no tenía la menor noción de cómo funcionaba el cerebro de los skaldeanos. Tal vez a través de varias generaciones, el uso del mikkal se había convertido en un arma en sí mismo. Y quizá en un arma sumamente eficaz.

Marty se estremeció. La habitación era tan fría como la otra, y la chaqueta de Jan no le proporcionaba demasiado calor, aunque, por el momento, no podían remediar esta situación.

—Hábleme del mikkal —rogó Jan.

El Hermano Vleck buscó en un bolsillo de su chaqueta y extrajo dos discos negros y planos que mostró sobre la arrugada palma de su mano.

—Mikkal. Se tiene en la boca hasta que desaparece. Y uno se siente muy bien.

La señorita Chorn y Walter Lester reaccionaron idénticamente a la vista de las tabletas. Giraron la cabeza y sus miradas fueron de la mano de Vleck a su rostro. Era evidente que les gustaba aquella droga y que no podían consumirla a grandes dosis.

—No, gracias —rechazó Jan—. Ahora no.

Se puso en pie y ejecutó su acostumbrado saludo.

—Pruebe —le invitó Vleck—. Se sentirá muy bien, feliz. Pensará que los skaldeanos pueden enviar mikkal a todos los mundos y recibir otras cosas buenas a cambio. Pensará cómo Jan Pierson puede llevar mikkal a los demás mundos y cómo el mikkal será provechoso para los miembros del Cuerpo de Paz. Con el mikkal, la gente no peleará ya nunca más.

—Dígame una cosa —pidió Jan—. Después de tomar una dosis, ¿es preciso tomar el mikkal con regularidad?

El semblante del Hermano Vleck volvió a mostrar algo semejante al placer. Presentía una perspectiva prometedora.

—No. Le gustará la primera vez y mucho más las otras. Al cabo de unos días, si no lo toma, se sentirá muy desdichado.

Jan estaba inclinado a creer al skaldeano. Tal vez aparte de ser muy malos conspiradores, no supiesen cómo o cuándo mentir. Asimismo, las palabras del skaldeano parecían concordar con las desapariciones. La gente tal vez estuviese simplemente retenida hasta convertirlos a todos en drogadictos sin remedio. Tal vez los que habían reaparecido tan brevemente fuesen ya adictos consumados, dispuestos a obedecer todas las órdenes de los skaldeanos.

—¿Cuántas personas de Kort toman ahora mikkal?

—Siéntese. Bastantes. Usted no necesita saberlo.

El skaldeano parecía obstinado, o quizá simplemente deprimido. Hay que convivir con miembros de otra raza durante bastante tiempo para comprender los matices de la expresión. Jan deseaba no tener jamás la fortuna de vivir mucho tiempo junto a los skaldeanos.

—¿Por qué nos han elegido a nosotros? Particularmente a nosotros.

—Les gustará el mikkal. Les será útil y provechoso.

—¿Por qué se llevaron las ropas de la señorita Stevens?

Vleck y Brunig intercambiaron una mirada.

—Formula usted demasiadas preguntas —gruñó Vleck.

—Lo siento, perdone —se disculpó Jan.

Volvió a levantarse y saludó formalmente, pero el saludo, de pronto, se convirtió en un impulso volador. Se abalanzó sobre Brunig y su pistola. Su cráneo entró en contacto con la cara del comisario, la butaca se rompió en mil pedazos y el arma cayó al suelo. Momentáneamente, Jan gozó de la ventajosa posición de estar sentado a horcajadas sobre su adversario y con ambas manos en su garganta. La faz de Brunig aparecía descompuesta. Estaba, en efecto, totalmente deformada, y al parecer sin arreglo posible. Un lado del rostro se despellejaba, y Jan alargó la mano y acabó de arrancar la máscara de plástico al tiempo que enviaba un tremendo puñetazo al rostro del skaldeano. No tenía idea de cuáles eran los puntos más vulnerables de su enemigo, pero los ojos tristes y húmedos y la nariz pendular atrajeron su atención.

El skaldeano chilló completamente aterrado, o dolorido, pero al mismo tiempo empezó a rodar disponiéndose a ponerse a gatas. Jan no consiguió retenerle. El aspecto del Hermano Vleck le había hecho pensar en un pelele físico, pero aquel individuo era extremadamente resistente. Jan cambió de postura encima de Brunig, y asiendo con una mano la muñeca del skaldeano, golpeó con toda su alma el rostro de su adversario. La única forma de contrarrestar la potencia del otro era aplicar fuerza a una serie de movimientos rápidos e inesperados. Los reflejos del skaldeano eran lentos, y Jan consiguió levantarle el brazo, llevándolo hacia atrás, hasta el punto de fractura. No pudo romperlo. Dentro del enguatado que simulaba la corpulencia de Brunig, el skaldeano era todo hueso y cartílago.

Sólo habían transcurrido unos segundos desde que Jan había iniciado el ataque. De repente, alguien aterrizó sobre su espalda y empezó de manera poco eficaz a golpearle la cabeza y los hombros. Walter Lester, pensó Jan, era demasiado frágil para hacerle mucho daño, pero podía prolongar la pelea, y en cualquier momento entraría en juego la pistola. Apuntó un golpe de karate

a la garganta del skaldeano, pero los golpes propinados por Lester, aunque torpes, sirvieron para hacerle desviar la puntería, y el canto de su mano entró en contacto con la nuca de su contrincante. El golpe, no obstante, produjo una convulsión monumental y el colapso completo. El skaldeano estaba muerto o inconsciente, lo mismo daba.

Se incorporó y arrojó a Lester por encima de su hombro, yendo el terráqueo a parar a un rincón, hecho un guiñapo y quedando inmóvil. Sólo entonces se dio cuenta Jan de la pelea que tenía lugar muy cerca. Marty y la mujer idria se hallaban enzarzadas en un tremendo combate. Marty se hallaba debajo, aunque ello no importaba, pues su contrincante estaba recibiendo una lluvia de puntapiés y golpes imparables. Esta vez el golpe de karate de Jan estuvo bien colocado, y la mujer se sumió en la inconsciencia. Marty rodó sobre sí y se levantó. Su rostro mostraba un par de arañazos de mal aspecto, y un ojo hinchado prometía convertirse en un enorme morado.

—Lo siento —se disculpó, jadeando la muchacha—. Debí hacerlo mejor. Ese imbécil cogió la pistola y huyó con ella. Y como la mujer se me había echado encima, no pude detenerle.

—Lo hizo muy bien —la tranquilizó Jan, probando la puerta—. Cerrada otra vez. ¿Por qué? Vleck habrá ido a buscar refuerzos, o quizá sólo pretende salvar el pellejo. Supongo que esos skaldeanos son unos cobardes patológicos. Bien, veamos si nuestro policía traidor puede ayudarnos.

Contempló las tres figuras inmóviles.

—Primero será mejor que atemos a los otros, aunque creo que antes tendría que volverse a poner mi chaqueta. Usted me distrae. No obstante, es preferible que le coja las ropas a esa Chorn, si no le importa.

Lester estaba muerto, tras haber chocado contra la pared precisamente en el ángulo más favorable para romperse el cuello. Jan ya lo sabía, y sabía también, por haberle sucedido en otra ocasión, que sentiría remordimientos por la muerte de un individuo que era sólo víctima de las circunstancias, pero por el momento no había tiempo que perder en lamentaciones. Quitaron la camisa y el cinturón a Lester, y Jan, con suma habilidad, ató a la señorita Chorn de un modo que impedía todo intento de fuga, a riesgo de lesionarse seriamente. Volvió su atención al skaldeano, el cual empezaba a dar señales

de vida.

Sus bolsillos contenían cierta cantidad de dinero kortano, pero un monedero de cuero gris, que parecía hecho con la piel de algún skaldeano, mostró varios billetes grandes; el negocio de las drogas debía de ser provechoso. También había un frasco plano, de plástico, con tabletas de mikkal.

La botarga que estaba distribuida por secciones sobre el cuerpo del hombre era de espuma plástica, flexible y muy resistente, y parecía haber sido fabricada adrede para aquel cuerpo. Jan le despojó de la botarga hasta dejar al descubierto los tobillos y las muñecas, condujo al skaldeano a una butaca y, tras desgarrar en tiras la chaqueta de Lester, ató los brazos del otro al respaldo de la silla y las piernas a los travesaños inferiores. Cuando hubo terminado esta operación, el skaldeano abrió los ojos y empezó a gemir. Jan se le plantó delante.

—Aún quedan algunas preguntas. ¿Las contestará?

Silencio.

—¿O desea que vuelva a pegarle?

—No, no...

—¿Cómo se llama?

—Hermano Vlann.

—¿Cuántas personas de Kort toman mikkal?

—Casi treinta.

—¿Cuántas de los intermundos?

—Unas quince.

—¿Todavía están en sus manos?

—No. Tres se hallan ya en sus casas.

—¿Confían en que esos tres no dirán nada de ustedes?

—Necesitan mikkal a diario.

—O sea que los otros quince también son ya drogadictos.

—Sí.

—Todos kortanos.

—Sí, y había más, pero algunos murieron.

—¿Cómo?

—Uno nos traicionó al hablar de nosotros. Entonces dejamos sin mikkal a los demás para castigarles. Se suicidaron.

—¿Permitieron que doce kortanos se suicidasen?

—Sí, era lo mejor para ellos.

—Son ustedes un par de canallas. ¿Por qué le quitaron las ropas a la señorita Stevens?

Silencio.

—Yo mismo se lo diré. Por algún motivo ignorado, ustedes no querían que ella desapareciese simplemente por dos semanas. Tal vez la policía la estuviese vigilando. Y ustedes tenían ya una mascarilla de plástico que imitaría su cara y a alguien dispuesto a ponérsela y a vestirse como ella para suplantarla. ¿Estoy en lo cierto?

El Hermano Vlann asintió de mala gana.

—Un modo de trabajar bastante complicado —comentó Jan—. ¿Todos los skaldeanos son tan tontos?

—No. —Vlann pareció ofendido—. Era un buen plan. Usted gusta a dos mujeres de Kort: la señorita Stevens y la señorita Takani. Nosotros le ponemos a la señorita Takani las ropas y la mascarilla de la señorita Stevens, y a usted le gustará mucho más la primera, y ella será un buen agente nuestro. ¿Sí?

Marty se hallaba cerca de la puerta. Jan evitó mirarla.

—Todo su plan es muy complicado —repitió Jan—. ¿Cómo pueden destruir el hábito del mikkal?

—No entiendo.

—¿Cómo pueden dejar de tomar mikkal?

El skaldeano sacudió la cabeza. Jan se le puso detrás y colocó el pulgar contra la suave abertura del cráneo.

—No, no, no... —gimió el skaldeano—. No, por favor. ¡No lo sé!

Sin gustarle lo que estaba haciendo, Jan presionó ligeramente.

—Por favor... En Skald tenemos un animal pequeño que come la planta del mikkal. No come nada más. Si un hombre se come a ese animal, ya nunca más quiere tomar mikkal.

—Bien —asintió Jan—, tal vez esto tenga sentido para un bioquímico, y

no es la clase de cuento que un skaldeano se inventaría.

—Es la verdad —afirmó Vlann.

—¿Conocía al doctor Stevens? ¿Roger Stevens?

—Sí.

—¿Lo mataron ustedes? ¿Lo empujaron por una ventana?

—Oh, no... Nosotros no somos violentos.

—¿Convencieron a un kortano para que lo hiciera? ¿Tal vez a un estudiante?

—Lo logró el Hermano Vleck. Yo no.

Por un segundo, Jan pensó que Marty iba a arrojarle encima del skaldeano. Luego, se apartó de él y fue a sentarse en la butaca más alejada.

—¿Cómo podemos salir de aquí?

Vlann comprimió los labios, mas luego, inesperadamente, miró al techo. Marty y Jan siguieron su mirada. El techo se componía de una serie de bloques acústicos de superficie rugosa, pero era fácil divisar una trampilla. Jan se subió a una silla y la halló entornada. Volvió a bajar.

—De acuerdo. Ya podemos irnos. Súbase a mis hombros.

Jan ayudó a Marty a pasar por la trampilla, y luego, asiéndose a la cornisa, se izó rápidamente. Todavía estaba de rodillas cuando le hirió en la cara una rociada líquida y fría. Instantáneamente exhaló el aire de sus pulmones y contuvo la respiración. El aerosol sólo duró un segundo largo. Jan deseaba engañar a su enemigo. Era muy gracioso que engañase a alguien, y continuó tendido en el oscuro corredor, con los pies juntos sobre la trampilla, riendo para sí. Estaba como adormilado y le parecía como si sus manos y sus pies estuviesen helados, pero tenía un profundo sentido de la realidad. Se esforzó por alejar de sí el sueño y golpeó con las manos el suelo de piedra del corredor, pero no sintió nada.

Al cabo de unos minutos consiguió arrastrarse. Marty... Decidió que debía encontrarla. Tras recorrer una distancia corta, llegó a un tramo de escalones que conducían a un nivel inferior, y entre su atontamiento, su confusión y la oscuridad absoluta, cayó de cabeza. Los golpes recibidos le habían causado algunas heridas, pero consiguió levantarse y permanecer en pie. Al cabo de un minuto comprendió dónde estaba. Al fin y al cabo, sólo

había aspirado unas gotas de aerosol.

Se maldijo por su necedad al subestimar a Vlann, que ciertamente había mirado hacia la trampilla con la esperanza de que Vleck estuviera allí, y también por haber dejado salir antes a Marty. La linterna funcionaba. Tenía dos caminos delante suyo. Eligió la escalera que conducía a la habitación donde habían estado aprisionados. Los skaldeanos no podían haber utilizado aquel enorme número de túneles y celdas.

La puerta de la vasta estancia estaba abierta y el interior iluminado. Ambos bandos podían cometer equivocaciones. Marty yacía en el suelo, y el skaldeano, agazapado encima, iba a meterle una tableta de mikkal en la boca. Jan se arrojó como una catapulta contra Vleck en el momento en que éste se incorporaba, y con inmensa fuerza le propinó un gancho hacia arriba que debía haberle dejado sin sentido. Sin embargo, sólo consiguió enviar al skaldeano al suelo, de espaldas, aunque ello, al parecer, dio por terminado el combate. Sollozando, el skaldeano se puso en pie y retrocedió lentamente hacia la puerta, donde cayó entre los brazos de un policía kortano, joven y muy recio.

—Vigílelo. Es muy fuerte —le advirtió Jan.

Luego se dejó caer de rodillas al lado de Marty y con un índice explorador localizó la tableta y se la sacó de la boca.

—¡Me hace daño! —se quejó Vleck.

Sin aparente esfuerzo se zafó del policía y avanzó al frente.

—¡Me hace daño y ya dije que no me gusta la violencia!

Pateó a Jan en el rostro.

Una aguja picó en el brazo de Jan y, de pronto, estuvo despierto. La joven kortana que le había suministrado el antiséptico, los puntos y las vendas adhesivas, sonrió encantadoramente y posó una mano acariciadora sobre el pecho de Jan.

—Váyase —le indicó el joven.

Durante un minuto miró en torno suyo, escrutando lo que obviamente era una sala de urgencia; luego, trató de ponerse en pie, y entonces experimentó

una docena de dolores y molestias casi desconocidas. Llevaba sus propios pantalones y zapatos, y la enfermera, o lo que fuese, le ayudó a ponerse la camisa.

—El comisario Brunig desea verle —le indicó ella.

—Está bien, también yo deseo ver al comisario Brunig. ¿Y Marty? ¿La señorita Stevens?

—Está bien.

Lo acompañó al despacho de Brunig. Marty estaba allí. Le miró y estalló en una carcajada.

—Lo siento —se sonrojó—. No debí reír, pero ¿se ha mirado a un espejo?

—No —replicó Jan—. ¿Y usted?

—Sí. Soy una beldad, ¿eh? Es la segunda vez que me ponen un ojo morado y me siento muy orgullosa. Ahí al lado hay un lavabo. Vaya a echar un vistazo a su cara.

Si bien Marty estaba señalada con dos largas estrías de antiséptico purpúreo, poca superficie de la cara de Jan dejaba ver su color natural. En la nariz llevaba un enyesado, y tenía los labios hinchados y cortados. Entró Brunig y se colocó detrás de la pareja, contemplándolos por el espejo con expresión divertida.

—Por lo visto se han peleado un poco, ¿eh? —comentó—. ¿Quieren sentarse y contarme qué ocurrió?

—Está bien —accedió Jan—, pero hable usted, Marty. Mis dientes no se sienten muy inclinados a la charla. ¿Cómo nos localizó, Brunig?

—Una dama cuyo nombre no recuerdo llamó a la central, declaró que habían secuestrado a la señorita Stevens y que usted la estaba buscando. Luego me llamaron a la sala de conferencias. Mucho después, uno de nuestros coches patrulla llamó dando cuenta de su SOS. Ya no había excusa para ningún retraso. Por entonces tenía ya a varios ayudantes a mano y nos desplegamos en abanico desde el punto donde habían visto las luces de su SOS. Hay muchos túneles debajo de la avenida Norvei, a ambos lados y entrecruzándose. Bien, tuvimos suerte.

—¿Tienen a los skaldeanos en su poder?

—Sí, y puesto que esto es lo más importante, ¿le molestaría aplazar la

entrevista con ellos hasta mañana? No creo que esté usted ahora en condiciones.

Jan asintió y miró a Marty. La joven demostró ser una buena narradora, empezando por el principio y sin olvidar nada de cuanto sabía.

De pronto, Brunig levantó una mano.

—Sobre los suicidios de los kortanos, el doctor Carmody está en la central hablando con nuestro forense. Tendría que enterarse de esto, pues seguramente solucionará su problema.

Llamaron a Carmody, el cual llegó con el forense. Marty volvió a contar lo sucedido.

—Debí adivinarlo mucho antes —reconoció la joven—. Mi padre me escribió poco antes de morir que estaba muy preocupado por dos estudiantes de su clase que se habían vuelto adictos a una droga. Y también sabía que la conseguían de manos de los dos skaldeanos. Y esto era lo que iba a contarle, Jan, cuando me secuestraron.

El doctor Carmody se puso en pie y se asomó a la ventana.

—Entonces, en algún lugar de esta ciudad hay una docena de kortanos adictos al mikkal, que se suicidarán si no consiguen una nueva dosis. Y otra docena aproximadamente de intermundiales cuyos síntomas de retirada ignoramos. ¿Qué piensa hacer, comisario?

—Aún nos quedan casi trescientas tabletas y probablemente tendremos más cuando sepamos dónde vivían los skaldeanos. Radiaremos que los hemos atrapado. Y tal vez los drogadictos se presenten a nosotros y podamos tratar de ir reduciendo las dosis.

—Esto es asunto para los médicos —dijo Carmody—, pero me permito ofrecerles una sugerencia que ya dio resultado en otra ocasión. Traten de tornarles adictos a la morfina. Es un narcótico de la Tierra, muy potente, pero su adicción se cura con facilidad. A propósito, Pierson, visité al embajador. Que yo sepa, no le ocurre nada. Naturalmente, tiene muchos años, pero me pareció tan sano como un potro.

Jan recordó el rostro gris y las manos cerúleas.

—¿Cómo estaba de color?

—Muy bien.

—Pues no hubiese debido ser así. Comisario, sugiero que uno de sus hombres arreste al señor Holt.

—¿Arrestar al embajador? —se horrorizó Brunig.

—Invítele a la central para mantener una conferencia. Existe la posibilidad de que lo que viera el doctor Carmody fuese un hombre con una máscara. Si lograron duplicarle a usted, también han podido suplantar a Holt, y un agente de los skaldeanos en la Embajada les habría sido muy útil.

Brunig cogió el teléfono y dio varias órdenes, y poco después, Carmody se despidió. El policía miró a Jan y a Marty con sus ojos ocultos bajo las pobladas cejas.

—Ahora, los dos necesitan descanso —murmuró—. ¿Qué piensan hacer?

—Casarnos —declaró Marty.

Jan la miró como ofendido.

—Nunca me casaré con una chica que lleve un ojo morado.

—No tiene importancia. Después del modo que me estuviste viendo toda la noche por los túneles, prácticamente sin ropas, supongo que no te echarás atrás. Lo prometiste, recuérdalo. Dijiste que sería estupendo.

—No recuerdo haber dicho tal cosa..., pero está bien.

—Ah, otra cosa —añadió Marty.

—¿Sí?

—¿Quién es la señorita Takani?

El comisario Brunig estuvo de repente muy atareado con los papeles de su escritorio.

# Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<